

Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

JÓVENES HOY

CAMBIO SOCIAL,
CARIDAD Y EVANGELIZACIÓN

Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

Enero-Marzo, 2013

Director: Ángel Galindo García

Consejero Delegado: Vicente Altaba Gargallo

Coordinador: Francisco Prat Puigdengolas

Edición: *Cáritas Española*. Editores

Embajadores, 162

28045 Madrid

Tel.: 914 441 000

publicaciones@caritas.es

suscripciones.ssgg@caritas.es

www.caritas.es

Tels.: Suscripción: 914 455 300

Dirección-Redacción: 914 441 019

Fax: 915 934 882

Suscripciones 2013:

España: 33,35 euros.

Europa: 45,50 euros.

América: 74,00 dólares.

Precio de este número: 13,30 euros.



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

JÓVENES HOY

**Cambio social,
caridad y evangelización**

Enero-Marzo 2013 / n.º 145

Director: Ángel Galindo García
Consejero Delegado: Vicente Altaba Gargallo
Coordinador: Francisco Prat Puigdemolas
Consejo redacción: José Bullón Hernández
Fernando García Cadiñanos
Juan Manuel Díaz Sánchez
Fernando Fuentes Alcántara
Santiago Madrigal Terrazas
Agustín Domingo Moratalla
Miguel Anxo Pena
Víctor Renes Ayala
Santiago Soro Roca
Antonio Jesús Martín de Lera

Consejo asesor: Emmo. Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga. Cardenal Arzobispo de Tegucigalpa y Presidente de Caritas Internationalis
Excmo. Mons. Elías Yanes. Obispo emérito de Zaragoza
Excmo. Mons. Fernando Sebastián. Obispo. Arzobispo emérito de Pamplona
Excmo. Mons. Vicente Jiménez. Obispo de Santander. Miembro de la CEPS
Excmo. Mons. Mario Toso. Secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz
SER Mons. Giampaolo Grepaldi. Arzobispo de Trieste. Italia
D. Eloy Bueno de la Fuente. Profesor de la Facultad de Burgos
Dña. Miriam García Abrisqueta. Presidenta de Manos Unidas
Dña. Isabel Cuenca Anaya. Presidenta Nacional de Justicia y Paz
D. José Román Flecha Andrés. Director del Instituto de Estudios Europeos y Derechos Humanos
D. Luis González Carvajal. Profesor de la Universidad de Comillas
D. Aldo Giordano. Secretario de las Conferencias Episcopales Europeas
D. Pedro Jaramillo Rivas. Misionero en Guatemala
D. Manuel Pizarro Moreno. Presidente de la Fundación Ibercaja
D. Segundo Pérez. Catedrático del Instituto Teológico de Galicia
D. José Luis Segovia Bernabé. Profesor del Instituto de Pastoral de Madrid
D. Manuel Gómez. Director de IMDOSOC, México D. F.
Óscar Seco Revilla. Diputado por Vizcaya en el Congreso de los Diputados. G. P. Socialista
Francisco González de Posada. Expresidente de Cáritas Española.
Fundador de *Corintios XIII*

Redacción de la Revista: Embajadores, 162. 28045 Madrid. Tel. 914 441 000/019 – Fax 915 934 882
publicaciones@caritas.es

© **Cáritas Española.** Editores

ISSN: 0210-1858

ISBN: 978-84-8440-560-3

Depósito Legal: M. 7206-1997

Preimpresión e impresión: Gráficas Arias Montano, S. A. • 28935 Móstoles. Madrid

Los artículos publicados en la revista *Corintios XIII* no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.
La revista *Corintios XIII* no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

Corintios XIII

Índice

Presentación

Ángel Galindo	5
1. El compromiso de la generación joven	
Luis Aranguren Gonzalo	11
2. El voluntariado joven ante el cambio de época: aprendizajes desde los nuevos movimientos sociales	
Óscar Mateos Martín	29
3. Educación y acción social. El vínculo del mundo de la acción social con los colegios	
Julio Rogero Anaya	43
4. La formación universitaria y el compromiso solidario: un vínculo necesario	
Carlos Prieto Dávila	61
5. Solidaridad joven y mundo educativo. El vínculo social con universidades	
Yolanda Ruiz Ordóñez	79
6. El voluntariado joven en lugares de frontera	
Alfonso de Maruri Álvarez	97

7. **La evangelización de los jóvenes ante la «emergencia afectiva»**
Mons. José Ignacio Munilla 113

GRANDES TESTIGOS DE LA CARIDAD

8. **San Juan de Ávila: maestro para todo el pueblo**
Miguel Anxo Pena González 131

EXPERIENCIAS

9. **«Apadrinar un avi» (apadrinar un abuelo)**
Cáritas Girona 147

DOCUMENTOS

10. **Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para celebrar la XLVI Jornada Mundial de la Paz (I de enero de 2013)** 161
11. **Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Cuaresma 2013** 171

Presentación

Ángel Galindo

Director

La opción por el voluntariado es tan antigua como la misma existencia humana. Los seres humanos, a pesar y junto con su tendencia al pecado, producto del ejercicio de su libertad, han practicado continuamente la ayuda gratuita y desinteresada en favor de sus hermanos. Pero, si esto es verdad, no lo es menos que el grupo humano, que ha demostrado a lo largo de los siglos la gratuidad voluntaria de forma encarnada, ha sido el cristianismo. La decisión de Dios de solidarizarse con el hombre y con la humanidad a través de la Encarnación está en el horizonte del auténtico voluntariado.

Desde esta raíz, la Iglesia ha practicado de forma individual e institucionalizada esta acción voluntaria desde su nacimiento: la creación de hospitales que acogían a creyentes y no creyentes durante los primeros siglos, el nacimiento de silos y almacenes para recoger trigo y comida para los pobres y menesterosos en el ámbito de la primera Iglesia, la potenciación de las casas de misericordia durante el siglo XV y toda la acción social promovida por grupos cristianos durante los últimos siglos están en la base de esta práctica gratuita.

Pero hoy se va institucionalizando el voluntariado desde diversos niveles de la sociedad y desde todas las edades de la vida del hombre. Es constatable cómo numerosos jubilados practican continuamente el voluntariado entre los ám-

bitos cercanos a su lugar de vida. Reconocido todo esto, el presente número de CORINTIOS XIII quiere centrarse, sin embargo, en cómo afrontan las nuevas generaciones los cambios sociales e intentan responder desde la solidaridad. Es frecuente encontrar entre las personas que vienen a las Cáritas diocesanas a algunos jóvenes. Y estamos en un momento en que se quiere potenciar la presencia de más gente joven en los equipos de Cáritas. Por ello, la reflexión que ofrecemos quiere ser un homenaje a las personas que forman parte de esta edad fuerte del hombre, cuando, pudiendo hacer otras cosas, llenas de ilusión y espontaneidad, dedican horas a esta acción generosa y gratuita.

En primer lugar, Luis Aranguren Gonzalo, director de Ediciones PPC, nos presenta un excelente trabajo sobre «El compromiso de la generación joven». Según él, la realidad de los jóvenes, que en las sociedades occidentales viven sumidos en una crisis global de proporciones desmesuradas, conlleva responderla en cuestiones de fondo. Sin duda, adentrarse en la cultura de la solidaridad constituye una buena vía de acción; sin embargo, en esta reflexión optamos por acudir, aguas arriba, a las fuentes que posibilitan construir proyectos vitales sólidos para hacer frente, con mayor garantía, a las urgencias del momento histórico que vivimos y, de esa manera, ayudar a los jóvenes a encontrar su lugar en este mundo.

A continuación, Óscar Mateos, responsable del Área Social de Cristianismo i Justicia y profesor de la Universidad Ramon Llull, ofrece su reflexión sobre «El voluntariado joven ante el cambio de época: aprendizajes desde los nuevos movimientos sociales». El presente artículo tiene por objeto analizar la interpe-lación que para los jóvenes supone, por un lado, este contexto sociopolítico y socioeconómico del todo extraordinario, y, por otro lado, la emergencia de nuevos movimientos sociales que plantean nuevas formas de articulación social. En los apartados de este artículo se abordan tres preguntas principales: 1) ¿existen vasos comunicantes entre el voluntariado joven y los nuevos movimientos sociales?; 2) ¿qué aprendizajes están dejando estos nuevos movimientos y experiencias sociales y de cuáles podría tomar nota el voluntariado joven?, y 3) ¿cuáles son los límites y contradicciones de dichos movimientos y qué experiencias podría aportar el voluntariado joven al momento actual? El artículo finaliza subrayando las urgencias del momento y destacando la necesidad de que el voluntariado favorezca espacios de reflexión para contribuir crítica y constructivamente a la coyuntura actual.

Nuestro paisano segoviano, afincado en Madrid, Julio Rogero Anaya, maestro de educación primaria ya jubilado y miembro del movimiento de renovación pedagógica de Escuela Abierta, ofrece un trabajo sobre «Educación y acción social. El vínculo del mundo de la acción social con los colegios». Desde una visión crítica del sistema educativo, el autor nos presenta una relación entre la acción social y la educación como un hecho más que incuestionable, es decir, como la

relación entre dos caras de una misma moneda. Es una evidencia que el amor y la fraternidad son dos de los elementos constitutivos del ser humano más inexplorados en nuestra sociedad y en nuestra escuela. La dimensión amorosa del ser se despliega en el cuidado mutuo y se vive en la dimensión social, comunitaria y relacional. El espacio escolar es el más adecuado para aprender y experimentar vivencialmente la dimensión social del ser humano. En el ámbito educativo, para que lo sea realmente, es necesario vivir pendiente del otro y comprometido con la defensa del respeto profundo a la dignidad humana y con los problemas que tiene la humanidad hoy. Eso se ha de plasmar en los proyectos, en los currículos y en las prácticas pedagógicas cotidianas de los centros educativos. La escuela está empezando a intuir que se ha de caminar en esa dirección con más intensidad. Son muchas las prácticas educativas que hoy van en esa dirección.

Carlos Prieto Dávila, director del Servicio para el Compromiso Solidario y la Cooperación al Desarrollo de la Universidad Comillas, incluye su reflexión sobre «La formación universitaria y el compromiso solidario. Un vínculo necesario». La universidad es un espacio privilegiado para el impulso de un compromiso ético de calado con la transformación social, pero necesita repensar tanto su misión como su estrategia docente si no quiere convertirse definitivamente en una factoría de profesionales incapaces de aunar su destreza técnica con la construcción de una sociedad más inclusiva. La clave reside en romper con la distinción entre excelencia académica y formación ética o ciudadana. El futuro profesional debe ser técnicamente diestro, pero también ha de ser capaz de entender su entorno y de intervenir en él, siendo consciente y haciéndose responsable de las consecuencias de sus actos y decisiones. Para desarrollar esta labor educativa de mirada amplia, la universidad necesita también nuevas estrategias pedagógicas, estrategias que enseñen mejor la realidad, que la metan en las aulas y que impliquen al alumnado en la búsqueda de las mejores soluciones, aunando el conocimiento académico y el compromiso solidario.

Incluimos el trabajo de Yolanda Ruiz Ordóñez, vicerrectora de Estudiantes y Acción Social de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir, con el título «Solidaridad joven y mundo educativo. El vínculo social con universidades». La intención de este trabajo es analizar la situación de los jóvenes en el ámbito universitario, poniendo de manifiesto la íntima relación existente entre la adquisición de conocimientos para ejercer debidamente la profesión y, al mismo tiempo, disponer y practicar los valores fundamentales de la persona humana, teniendo en cuenta siempre las necesidades de la sociedad. Para ello se expone en primer lugar la relación dialógica de los jóvenes en el ámbito universitario, luego se fundamenta dicha relación de solidaridad en la caridad de Cristo y se refuerza con la narración de una experiencia de voluntariado vivida en la universidad. Finalmente, se presenta una propuesta basada en la nueva evangelización con el fin de poder ayudar a profundizar el vínculo social de los jóvenes con la universidad en las ver-

tientes más sensibles hoy en día, atendiendo a la llamada del lema de la JMJ 2011: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (Col 2, 7).

Si claros son los trabajos presentados, el siguiente tiene una orientación muy especial: «El voluntariado joven en lugares de frontera». Está escrito por nuestro colega Alfonso de Maruri Álvarez, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca y actualmente capellán en la cárcel de Topas de Salamanca. Dada la situación económica actual, se necesitan voluntarios para trabajar en puestos que deberían ser ocupados por profesionales y dejar el voluntariado para otro tipo de tareas. Puede haber voluntarios de todas las edades, pero se necesitan voluntarios jóvenes que quieran comprometer su vida ayudando a los demás y pensando en los demás, sobre todo en los más necesitados. El autor propone en este trabajo cuatro tipos de voluntariado complicado, duro, «en la frontera»: voluntariado de jóvenes con jóvenes, voluntariado en barrios marginales, voluntariado en la exclusión social, marginación y pobreza, y, por último, voluntarios en las cárceles con los reclusos. Además de la tarea específica con las personas, expone la necesidad de denunciar las estructuras sociales que permiten la pobreza, la exclusión y situaciones injustas. En el caso de las cárceles, es necesario luchar para conseguir la rehabilitación de los reclusos y para que la cárcel no sea simplemente un absurdo lugar de castigo.

Al consejo de redacción de CORINTIOS XIII le ha parecido interesante ofrecer a sus lectores la magnífica conferencia pronunciada en la Diócesis de Valencia por el Excmo Sr. Obispo de San Sebastián, Mons. José Ignacio Munilla. Lleva por título «La evangelización de los jóvenes ante la emergencia afectiva». Esperamos que los lectores puedan disfrutar leyendo la reflexión del obispo responsable de Juventud de la Conferencia Episcopal, presentada en el Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de Valencia en noviembre de 2012. El autor se hace eco de la clave presentada por el arzobispo de Valencia al centrar la vida joven en torno a la clave «Para ti la vida es Cristo», libertador y sanador de los jóvenes. Don José Ignacio Munilla fabrica su conferencia con el objeto de dar respuesta y ofrecer remedio a las tres heridas más significativas de la cultura moderna que afectan a los jóvenes. Lo hace respondiendo a las siguientes preguntas: ¿cuáles son los daños principales que la cultura moderna y posmoderna ha generado y genera en la afectividad de los jóvenes?, ¿cómo presentar el Evangelio liberador, en el marco de una Nueva Evangelización, para llegar a sanar esas heridas y volver a nacer en Cristo? La herida del narcisismo, del pansexualismo y la desconfianza.

Terminamos con la presentación del personaje en la sección «Testigos». Se trata de un estudio realizado por el profesor numerario de la Universidad Pontificia de Salamanca Dr. D. Miguel Anxo Pena González, con el título «San Juan de Ávila: maestro para todo el pueblo». La espiritualidad del siglo XVI sigue ofreciendo modelos y respuestas coherentes para nuestro presente. Un ejemplo de este

hecho lo tenemos en la figura del maestro Ávila, a quien, el 7 de octubre de 2012, el papa Benedicto XVI declaraba Doctor de la Iglesia. No cabe duda de que este hecho, de fuerte significatividad, supone también una llamada de atención respecto a la figura de un santo que vivió hace más de 500 años que, si hasta ahora era un modelo ubicado en el contexto del rico perfil de la espiritualidad hispánica del siglo XVI, en el momento actual se ofrece como modelo de doctrina para la Iglesia universal. Esta realidad, que se hacía oficial por medio del reconocimiento pontificio, era ya real en la vida del santo, especialmente en su relación con figuras de un profundo calado cristiano, con un compromiso social y apostólico inserto en su tiempo. Entre ellos se cuentan santos y maestros de espiritualidad: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Juan de Dios, San Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, por citar a algunos de los más destacados

La reflexión sobre el voluntariado joven que ofrecemos refleja que es posible construir la sociedad participativa de la que Benedicto XVI habla en la encíclica *Caritas in veritate*. La juventud, con su acción espontánea y generosa, nos está diciendo que es posible un futuro y un presente mejor. El relato de Cáritas Girona que se nos presenta en la sección «Experiencias» es una buena muestra de ello. Las experiencias que aparecen en las aportaciones de todos los autores que generosamente han querido colaborar en este número de CORINTIOS XIII están diciendo que existe la esperanza en medio de la crisis y de los graves problemas del mundo de hoy. Por ello, en nombre de Cáritas Española y del consejo de redacción de esta revista, aprovecho este espacio para agradecer la reflexión de los profesionales que han hecho este estudio desde su propio trabajo y en contacto directo con la juventud voluntaria.

I. El compromiso de la generación joven

Luis Aranguren Gonzalo

Doctor en Filosofía. Director de Ediciones PPC

Resumen

La realidad de los jóvenes, que en las sociedades occidentales viven sumidos en una crisis global de proporciones desmesuradas, conlleva responderla en cuestiones fondo. Sin duda, adentrarse en la cultura de la solidaridad constituye una buena vía de acción; sin embargo, en esta reflexión, optamos por acudir, aguas arriba, a las fuentes que posibilitan construir proyectos vitales sólidos para hacer frente, con mayor garantía, a las urgencias del momento histórico que vivimos, y de esa manera ayudemos a los jóvenes a encontrar su lugar en este mundo.

Palabras clave: Jóvenes, crisis, compromiso, solidaridad, proyecto vital.

Abstract

The reality for young people living in western societies immersed in a global crisis of excessive proportions, needs to be answered by basic questions. Without any

doubt, getting into the solidarity culture constitutes a good way of action; however, in this reflexion, we choose to go upwards, to the sources that allow to build vital solid projects to face, with more guarantees, the urgency of the historical moment we live, and so to help young people to find their place in this world.

Key words: Young people, crisis, commitment, solidarity, vital project.

I. Una generación en un contexto imprevisto

«Con el paso del tiempo, la gente se acostumbró a vivir en el túnel y dejó de intentar encontrar una salida». Así describe El Roto en una magistral viñeta la situación actual de buena parte de nuestra sociedad. Dentro del túnel el dibujante sitúa a la gente paseando, leyendo el periódico..., instalada en el túnel. ¿Es así la actitud de los jóvenes españoles o de los jóvenes que viven en el mundo occidental? Sin duda, como bien sabemos, no hay juventud, sino jóvenes de muy diversas tendencias y categorías. Desde el punto de vista antropológico quisiera recuperar aquí lo que constituye la identidad del ser humano: la capacidad de extrañarse, de preguntarse, de inquietarse, de maravillarse. Con este sustrato abrimos nuestra mirada y oteamos señales de vida.

Un grupo de jóvenes catalanes escribe en el invierno de 2012:

«Como generación, somos hijos de la etapa de mayor bonanza económica que ha vivido nuestro país. Durante este tiempo, hemos crecido en una sociedad progresivamente mercantilizada, en la cual la existencia ha llegado a tomar sentido en el acto de consumir y en la cual se ha confiado a la técnica la solución de todos los problemas. Durante este tiempo, la democracia conquistada por generaciones anteriores se ha ido diluyendo en el individualismo, desapareciendo toda noción de bien común. En algún momento de este proceso dejamos de pensar qué modelo de sociedad queríamos porque no lo creímos necesario y el totalitarismo de la indiferencia empezó a hacer presencia en nuestras vidas»¹.

Sin duda, este texto nos sitúa delante de un contexto bien concreto. Estos jóvenes son los que nos ofrecen el marco a partir del cual hemos de reflexionar sobre la condición de ser joven, de ser persona en estos momentos. El contexto que vivimos, especialmente desde el año 2008, no estaba marcado por ninguna hoja de ruta concreta, aunque año tras año el Club de Roma, desde 1972, o intelectuales como Edgar Morin nos advierten que «la idea de desarrollo es una idea subdesarrollada»², puesto que ignora las circunstancias humanas y culturales. Y el tren del desarrollismo se ha desbocado troceándolo en varias partes, tal y como describen los jóvenes en su relato.

En primer lugar, estos jóvenes denuncian la *sociedad mercantilizada*, la inversión de valores que coloca por encima de todo la rentabilidad económica, y lo comprueban en los recortes en la educación, en la desaparición de la investigación, en las ayudas a los bancos y en las expulsiones de los desahuciados. Mientras que el

1. VV.AA. (2012): *No somos una generación perdida*, Suplemento del Cuaderno n.º 182 de Cristianisme i Justícia, Barcelona.

2. MORIN, E. (2011): *La vía para el futuro de la humanidad*, Barcelona: Paidós, p. 27.

sistema se afana en cuadrar números, se produce un desplazamiento de la persona hacia un lugar no visible. En todo caso, las personas se tornan en consumidores voraces de productos que representan nuevas fuentes de sentido, felicidad y plenitud.

En segundo lugar se destaca el *enaltecimiento de la técnica* como única solución. Cuando los medios eclipsan a los fines se produce una sensación generalizada de hastío que conduce a la pregunta: y esto, ¿para qué? El crecimiento, la prima de riesgo, el euro, todo eso, ¿para qué nos sirve? ¿O somos las personas las que estamos a su servicio?

A continuación se nos hace ver que esta sociedad *ha perdido el norte del bien común*. Más bien asistimos al desagradable montaje del «sálvese quien pueda», y en el caso de los jóvenes, a la sugerencia de que «el último que apague la luz», yendo cada cual a lo suyo, sin ningún sentido de acción colectiva. En un espacio, además, donde la democracia languidece y ya no representa la voluntad popular; sino, manifestamente, a otros intereses.

Por último, se señala el *totalitarismo de la indiferencia* que penaliza cualquier transgresión, y conduce a la desmoralización de la sociedad como tal, a una erosión cultural que deja por el camino sujetos desprovistos de equipaje mental y moral para hacerse hueco, dejar su palabra y construir su biografía vital.

Y, sin embargo, los jóvenes que realizan este escrito señalan que no todo está perdido, que debemos huir de la consigna paralizante de «no hay alternativa», que, a pesar de todo, hay que atreverse a vislumbrar los signos de los tiempos de este tiempo nuestro.

2. Salidas inadecuadas

El panorama señalado no es ni optimista ni pesimista, es el paisaje por el que transitamos y la atmósfera que respiramos cada día. Ciertamente, se nos disparan las alarmas y hemos de ser cautos para saber atemperar y encauzar las alternativas viables para salir adelante, poniendo en el centro de nuestros esfuerzos a las personas por encima de los criterios economicistas.

En este sentido, hemos de considerar algunas salidas poco adecuadas a esta situación, especialmente pensando en los jóvenes.

Una salida inapropiada es el *autoengaño*, la creencia de que nos encontramos ante un ciclo difícil que acabará repuntando. El autoengaño es parcializar lo que está ocurriendo y pensar que nos encontramos solo ante un problema eco-

nómico, cuando la crisis es estructural y afecta al modo en que nos entendemos los seres humanos como tales en el planeta Tierra. La crisis es sistémica y afecta al conjunto y a cada una de las partes. El barco está tocado.

Tampoco parece apropiado replegarse en el *individualismo* que reproduce la matriz neoliberal, donde solo cabe y se valora el esfuerzo personal, aislado del contexto y de otras posibilidades, que busca un pretendido éxito personal al margen de la marcha del resto. Es la imagen de marca de una sociedad que trata de atomizar a cada individuo convirtiéndole en un ser anónimo y sin vínculos personales.

Otra salida inadecuada es forzar a los jóvenes a una especie de *solidaridad «todo vale»*, mezclando el altruismo y la generosidad con parches que miran más los efectos que las causas de la pobreza. Está bien abrir y atender comedores sociales, pero habrá que despertar la inteligencia para hacerse cargo de la verdad de la realidad de la pobreza excluyente y de los nuevos precarios que dan forma al nuevo mapa de la exclusión social en España. No todo es cuestión de corazón generoso sino de mirada atenta y activación del músculo moral.

Por último señalamos como inapropiada la búsqueda del *ruido y de la dispersión* como un camuflaje que aplaza problemas y que envuelve a la persona. La distracción equivale a la desorientación y nos impide encontrar con lo más genuino que se aloja en el fondo de cada persona. Precisamente la dispersión conduce a sobrevivir en la superficie de la vida, con el riesgo de perderse de modo complaciente en ella.

2.1. Personas manejables

Las salidas en falso señaladas configuran, por otra parte, un tipo de persona funcional al orden establecido, pero que dista mucho de acercarse a modos de vida más plenos. Tan solo destacamos dos características.

En primer lugar, cabe el riesgo de desarrollar lo que Mounier denominaba una *vida inauténtica*. Esto es, una vida extrovertida a merced de los reclamos que proceden del mundo exterior: Una vida proyectada en instrumentos tecnológicos que agregan y desagregan contactos pero que va perdiendo la capacidad de generar relaciones personales. Una vida que hace de la disolución en pequeños fragmentos una manera de estar en el mundo. Sin duda, en el momento actual se fomenta este tipo de persona, a la que le será enormemente difícil generar un proyecto de vida consistente, una cosmovisión global. En definitiva, en palabras de Mounier, «una vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio, es la definición misma de la exterioridad»³.

3. MOUNIER, E. (1990): *Obras Completas*, (vol. III), Salamanca: Sígueme, p. 485.

En segundo lugar, las propuestas inadecuadas que hemos indicado fomentan un tipo de persona *heterónoma*, considerablemente dependiente de los demás. Bien sabemos, con Kant, que la persona comienza su vida biológica siendo completamente heterónoma. Desde el punto de vista moral, la autonomía es una conquista que la persona realiza desde la heteronomía en la que nace. El problema lo tenemos cuando desde diferentes formas de actuación la persona queda instalada en una suerte de dependencia permanente que le permite pasar de largo ante la responsabilidad personal de valorar, sopesar y decidir.

Instalarse en la heteronomía es deslizarse sobre una vida que late al ritmo de las normas y conductas recibidas por la autoridad que viene del exterior, sea esta autoridad la de los padres, la de los amigos, la de los medios de comunicación, etc. Supone actuar más por miedo al castigo que por convencimiento. Ciertamente, esta postura cuenta con aparentes beneficios: evitar tensiones, buscar recetas que den seguridad, seguir los pasos de la mayoría y no salirse del carril preestablecido. Pero el precio es alto: no pensar por uno mismo, que decidan otros, no responsabilizarse de la propia historia de vida que uno va construyendo.

En numerosas ocasiones he escuchado al profesor Diego Gracia la siguiente expresión: «La tumba de la ética es la heteronomía y la irresponsabilidad». De tal suerte que promover la ética en nuestro mundo radicalmente injusto es promover la responsabilidad y tratar de formar personas autónomas. Este es un enorme desafío en el campo educativo y en el mundo de los jóvenes.

2.2. Activar nuevas actitudes

Tanto las propuestas señaladas como inapropiadas para hacer frente a la crisis global que nos asiste, como el tipo de persona inauténtica y heterónoma que de tales propuestas se extraen, representan síntomas de salidas en falso que, por lo demás, están al alcance de la mano de un modo relativamente fácil. Lo que la situación actual nos demanda y especialmente demanda a los jóvenes es, a mi juicio, activar tres actitudes básicas:

- Actitud de *alerta* para desenmascarar las salidas inapropiadas, las que son soluciones parciales y no atienden a la totalidad de la persona ni a la situación global que vivimos. Alerta para que los jóvenes se sitúen críticamente ante los dictados del mercado y ante los discursos culpabilizadores que castigan sin piedad a quien protesta, a quien transgrede, a quien se moviliza.
- Actitud de *responsabilidad*, no tanto por lo que se ha hecho mal antes, sino por lo que nos queda por delante. Somos responsables del tipo de persona que ya estamos construyendo. El futuro viene a visitarnos y los

pilares de una vida con sentido, en medio de una crisis de hondo calado, hay que seguir colocándolos. Ante este reto cada joven ha de situarse porque la vida, su propia vida, le va a pedir cuentas de lo que va haciendo de y con ella. La responsabilidad que persigue una vida autónoma conlleva remar contracorriente.

- Actitud de *creatividad*, en tanto que constatamos que fórmulas viejas han topado con su límite y nos conducen a lugares inhabitables. Los jóvenes tienen por delante el deber histórico de pasar un legado distinto del que han recibido. Si la historia es la entrega de formas de realidad, tal como formula Zubiri, nunca como hasta ahora cabe decir que lo que han recibido los jóvenes de la generación de la crisis es una forma de realidad (valores, cultura, sistemas de vida, etc.) que debe modificarse seriamente desde la creatividad para que las generaciones venideras vivan en un mundo mejor que el que se les ha entregado. En este caso, la creatividad ha de estar bien presente no solo en la visión del mundo al que el joven se encamina, sino en qué tipo de vida quiere vivir para encontrar un lugar adecuado y humano en ese mundo.

Hemos de tomar conciencia de que, siguiendo el modelo de Thomas Kuhn en el campo de la filosofía de la ciencia, vivimos un periodo histórico en lo cultural, económico y político, por citar solo tres ámbitos de la vida cotidiana y de la convivencia, donde observamos no solo anomalías y fallos esporádicos en el sistema, sino que nos encontramos ante lo que él denominaba una *crisis del sistema*, es decir, estamos tocando el fondo, y este fondo nos avisa de que hemos de cambiar este sistema, encontrar un nuevo paradigma desde el cual entendernos y convivir, porque el actual no da más de sí.

Y los jóvenes han de asumir este reto con toda su crudeza y responsabilidad. Está en juego algo más que actividades generosas; está en juego la posibilidad de que cada joven encuentre su lugar en el mundo. A esta generación le toca esbozar caminos nuevos desde la autoconciencia de proyectarse como personas sólidas en una sociedad líquida; solo en esa disposición y construcción podrá asumir igualmente los retos de reinventar otra forma de hacer política, poner las bases de un sistema económico equitativo, remoralizar la vida pública y la convivencia, y revitalizar la ciudadanía.

3. Proyecto “ser persona”

De lo expresado hasta este momento creo debe concluirse que no podemos apostar en el campo de los jóvenes a que la acción, y solo la acción, por más que esta sea solidaria y bondadosa, sea la salida natural para los jóvenes que viven

en una situación de incertidumbre en lo valorativo, de injusticia en lo social y laboral o de humillación en términos de pertenencia generacional.

Cada cual debe darse la oportunidad de encontrarse consigo mismo, con lo mejor que lleva dentro; cada uno puede hacer el proceso de convertirse en persona, de hacer las transiciones necesarias que conducen desde una vida marcada por la dependencia, la extroversión y el conformismo hacia una vida autónoma, con fuerte vida interior y capaz de asumir un pensamiento crítico en el mundo en que vive. Estas condiciones harán viable que cada persona sea exigente y amable al mismo tiempo consigo mismo en orden a construir una biografía vital plena. Cada cual se transforma en un hermoso libro lleno de palabras con sentido; así lo expresa de un modo exquisito Gustavo Martín Garzo: «Cuando se afirma que el Verbo se hizo carne se nos dice que la carne, el cuerpo del hombre está lleno de palabras, y que nuestra misión al vivir es aprender a pronunciarlas. Todas ellas hablan de la felicidad que podemos encontrar al vivir»⁴. Cada persona ha de saber qué palabras le configuran como huella de vida, y esa huella será referente para las generaciones posteriores.

El primer proyecto con el que se enfrenta el joven es con su propia vida, no solo con lo que quiere o tiene que hacer, en términos de unas u otras actividades. Por ello hemos de recuperar ante todo la dimensión de persona que se halla en la base de cada cual. Parece obvio, pero no lo es. En un momento cultural donde se nos aloja permanente al precipicio de los noes: «no queda remedio», «no hay alternativas», «no existen soluciones», queda la opción de rebelarse no como actitud adolescente, sino como apuesta por las posibilidades de construcción positiva y consistente que anidan en el fondo de cada persona.

Habría que recuperar la noción de vocación, como respuesta a la llamada que la vida suscita en cada persona. «La vida de la persona es llamada y su responsabilidad es la respuesta»⁵. Esa respuesta es eminente, personal e intransferible. Y de ahí nacen esas otras respuestas parciales que abordan el campo de los estudios, del trabajo, de la familia, de las opciones políticas o de la participación social.

La persona se sabe algo más que ella misma, más de lo que hace, más de lo que sabe, más de lo que piensa. Hay que echarle valor para vivir frente a los planteamientos de inercia, de seguir la corriente y el conformismo. La vida humana, individual y colectiva, es, siguiendo a Ortega, un quehacer, porque no se nos da hecha, sino que tenemos la obligación de hacerla, de proyectarla y de gestionarla cada cual. Rescatar esta idea supone hacernos cargo de la estructura moral de la persona.

4. MARTÍN GARZO, G. (2013): Prólogo del libro de MARTÍN, E. *El cantar de los cantares*, Madrid: PPC.

5. DOMÍNGEZ PRIETO, X. (2002): *Para ser persona*, Madrid: Fundación Mounier, p. 13.

La obligación de hacer nuestra vida procede de la peculiar condición humana de tener que ajustarse permanentemente al mundo en el que vive. La persona nace inacabada, puede mejorar; crecer; en definitiva, dar de sí hacia una vida más plena en función de las decisiones que va tomando. La persona proyecta desde su realidad y se encamina siempre hacia el futuro, hacia el deseo de un llegar a ser más pleno en relación con el momento presente. No hay nada que determine a priori lo que cada cual es o debe ser. La persona no es objetualizable ni reducible a mera función. La persona se rebela ante los mensajes de «esto no puede ser», «siempre se ha hecho de este modo».

Al tener que decidir qué quiere ser, cada persona, y más en el caso del joven, es una tarea para sí misma; pero una tarea que no es preparación para (como si fuera una carrera universitaria), sino que se convierte en un quehacer permanente. Tarea y proyecto en este caso suponen un correlato de ida y vuelta.

Este tipo de proyecto nace como obligación personal a través del cual cada persona se enfrenta al mundo en el que vive, contando con sus propios recursos personales y ambientales y proyectando hacia adelante nuevas posibilidades de vida buena y plena. La realidad impele a la persona a tener que elegir; la inteligencia humana es la que nos capacita para proyectar y prever el futuro. Precisamente prever es elaborar un proyecto por pequeño que este sea: qué voy a hacer entre distintas posibilidades. Y en términos más hondos: qué estoy haciendo de mi vida, qué quiero y qué puedo hacer de mi vida.

3.1. Momentos del proyecto

Los contenidos y momentos del proyecto moral personal los podemos visualizar en los siguientes⁶:

1. *Momento de constatación de hechos.* Qué datos me aporta la realidad que vivo: datos culturales, económicos, políticos. Un dato puede ser este titular: «La sequía de trabajo expulsa a los jóvenes fuera del país y del mercado laboral»⁷. También datos de la realidad son las condiciones económicas familiares, los recursos personales de tipo físico, intelectual, emotivo, espiritual u otros. Datos son los hechos relevantes de los que uno toma conciencia, ha vivido hasta el momento presente y que le han configurado de una determinada manera, que condicionan, pero que no determinan en absoluto el futuro personal.

6. Propongo una adaptación de los tres momentos propuestos por Diego Gracia: hechos-valores-deberes. Cfr. GRACIA, D. (2011): *La cuestión del valor*, Madrid: Real Academia de Ciencias morales y políticas, pp. 158-160.

7. *El País*, 25 de enero de 2013.

2. *Momento de constatación de sentimientos.* Los datos son hechos brutos, pero también suscitan en la persona sentimientos encontrados. ¿Qué siento ante mi vida?, ¿qué porcentaje hay en ella de insatisfacción, miedo, alegría, frustración, esperanza? Los sentimientos y las emociones nos aportan una información privilegiada en orden a constatar cómo nos encontramos en un momento determinado.
3. *Momento de interpretar.* Lo propio del ser humano es su condición de buscador de sentido. ¿Cómo interpreto los hechos que vivo? Al interpretar, al reflexionar sobre la propia vida, un hecho se transforma en acontecimiento y nos aporta luces para continuar en una determinada dirección. En muchos jóvenes de la generación de comienzos de este siglo, el dato de viajar a los países del Sur y encontrarse con personas, comunidades y lugares dignos de atención y cuidado ha conducido a no pocos de ellos a una interpretación de estos hechos y a una reinterpretación de su propia existencia que en absoluto es despreciable.
4. *Momento de valorar.* Es el momento de la estimativa moral por excelencia. La valoración forma parte de nuestro uso de la inteligencia. Es conocida la distinción entre valores instrumentales y valores finalistas o intrínsecos. Los primeros son permutables y su unidad de medida es monetaria porque se puede tasar y medir. Los valores intrínsecos son aquellos que no tienen precio, los que valen por sí mismos y no por otra cosa diferente. Esa cualidad del valor es valiosa por sí misma sin necesidad de que haga referencia a algo ajeno. En el caso de los jóvenes observamos como la tendencia cultural es orientar hacia los valores instrumentales, especialmente en el caso de utilización de nuevas tecnologías, por ejemplo. Más aún: el joven observa como son los contravalores los que triunfan en la sociedad del poder financiero: el dinero, los mercados, el capital, la supervivencia del más fuerte. Por eso es importante no perder de vista los valores finalistas capaces de suscitar proyectos de vida plena. La justicia, la belleza, la paz o la solidaridad convocan como valores valiosos en sí mismos. Las decisiones se sustentan en valores conocidos y estimados.
5. *Momento de realizar:* ¿qué debo hacer? Es el momento de la realización de los valores estimados. El deber es el término del proyecto personal. No podemos quedarnos en los valores, hemos de realizarlos. Hacer el valor es sinónimo de finalización del proyecto moral, en este caso de la construcción de uno mismo como proyecto de vida.

Lo deseable es que al final la conjunción de los valores estimados y realizados conduzca al valor moral *bueno*, que es el valor moral por excelencia. Lo bueno, en términos morales, no solo es lo positivo, es lo óptimo. Solo haciendo lo óptimo el resultado es bueno. Una de

las cosas que el joven constata actualmente es que el derecho fija los límites del campo de juego reglamentario; un campo de juego cada vez más estrecho y que tiende a excluir. La ética busca la excelencia, lo óptimo, y este sentido, el deber personal que adquiere cada cual al asumir su propio proyecto vital es la realización de los valores estimados. En este momento podemos constatar que la construcción de un proyecto de vida desde la estimación de valores finalistas es un reto contracultural de enorme calado.

Al trabajar sobre el proyecto personal evidentemente no hablamos de un momento de finalización del proyecto, sino siempre de construcción. El proyecto personal, como proyecto moral, siempre se encuentra inacabado, pero en términos positivos se encuentra en feliz situación de elaboración. En la medida que se va ejecutando el proyecto, el mismo nos va pidiendo cuentas: es la responsabilidad moral. Hacemos cargo de lo decidido y proyectado. En este sentido, la responsabilidad es como la sombra: la llevas contigo y no es endosable a otra persona.

Al mismo tiempo, el proyecto se hace experiencia, experiencia de vida. Esta no se provoca ni anticipa, sino que se va hilando al ritmo del diario vivir, mediante la sucesión de acciones y decisiones que van componiendo la figura personal. Esta experiencia de la vida es la señal de que, en efecto, la persona está viviendo, va adquiriendo una sabiduría que solo emana de un estar viviendo plena y conscientemente; no se trata de un saber intelectual o heredado sino vital y personal. Importa mucho este aviso y más cuando, al decir del filósofo Paul Virilio, «nuestras sociedades han terminado por volverse arrítmicas, o más bien, no conocen más que un único ritmo, el de la aceleración continua»⁸.

4. La persona abierta a los demás

El proyecto de persona no se aísla en una burbuja. Al contrario, necesariamente hace y construye su vida con los demás. La apertura constitutiva de cada persona da cuenta de los otros como principio de personalización del yo. No somos autosuficientes. Si bien emprender el proyecto personal es tarea irremplazable para cada persona, los demás nos ofrecen nuevas posibilidades para construirnos como seres humanos.

Una de las dimensiones que ha descubierto el mundo de la solidaridad, cuando se vive desde la proximidad, es la carga moral del encuentro interper-

8. VIRILIO, P. (2012): *La administración del miedo*, Barcelona: Paidós, p. 31.

sonal. El encuentro, cuando es auténtico, respetuoso y cercano, nos acondiciona como personas. Qué bueno es facilitar a los jóvenes encuentros profundos con otras personas, vidas ejemplares, vidas cargadas de sentido desde diferentes situaciones y experiencias personales.

García Roca habla del *principio de incumbencia*. O cómo los demás afectan a mi vida desde el sentirme afectado por las vidas de los otros. Lejos de limitar, los otros nos moldean desarrollándonos y activando valores y capacidades quizá insospechados. Conviene recordar a Mounier: «La persona no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú, y en él el nosotros, preceden al yo, o al menos lo acompañan»⁹, Crecemos con los otros. Tanto es así que buena parte de lo que somos es gracias a los otros, no frente a los otros o contra ellos. Estamos abiertos a los otros y nos encontramos necesitados de los otros. Todo un camino de ida y vuelta.

El encuentro interpersonal no es neutral. En él cada una de las personas quiere que la otra llegue a ser lo que está llamada a ser; quiere lo mejor y lo más pleno. Por eso exclamamos con Buber que «toda vida verdadera es encuentro», cuando se dan las condiciones de respeto mutuo, reciprocidad y reconocimiento personal. En esa disposición el encuentro cuaja en un suelo común que identificamos como el *nosotros* en el que tanto el tú como el yo se descubren participando.

La apertura a los demás nos recuerda que el proyecto vital no termina en una vida personal acotada y clausurada en el propio ego de las satisfacciones o logros personales, sino que necesariamente debe responder a la pregunta de cómo vivir juntos hombres y mujeres diferentes en un mundo desigual. La vida personal se despliega igualmente como convivencia con los demás y entre ellos. Somos personas y vecinos, y en esta hora la vecindad incluyente va más allá de la coexistencia y de la supervivencia para abrir un espacio nuevamente *nuestro*, donde el nosotros sea cada vez más ancho, más profundo y más enriquecedor.

5. Personas protagonistas de un cambio de época

Sin duda, el fenómeno de la indignación de no pocos jóvenes ha sacudido nuestra vida cotidiana en estos últimos años. En cierto modo, ese despertar

9. MOUNIER, E.: *Obras Completas* (vol. III), op. cit., p. 475.

colectivo ha roto la inercia de un empobrecimiento personal y colectivo de una generación que ha entendido que deben hacerse las cosas de otro modo.

En efecto, los datos del *Informe Jóvenes españoles 2010* ya avisaban de un bajísimo índice en la participación social de los jóvenes. El 81% no participaba absolutamente en ningún tipo de asociación. Y lo que es peor, crecía un marcado pesimismo en tanto que más del 46% de los jóvenes declaraba «su falta de confianza en un futuro prometedor independientemente de la crisis»¹⁰. Tras el 15 M se constata esa función de despertador que representó el citado movimiento, puesto que casi el 56% de los jóvenes encuestados en un estudio del Injuve admite que ese acontecimiento despertó el interés de buena parte de la población joven. Igualmente se constata una postura mayoritariamente abierta y de aceptación hacia el movimiento y hacia las reivindicaciones expuestas a través del mismo¹¹. El 15-M ayudó a tomar conciencia —con todas las críticas que puedan hacerse— de que los jóvenes, en tanto que tales, han pasado a la condición de precarios por cuanto su situación como ciudadanos se ve sumamente deteriorada y expuesta al saqueo de medias políticas y económicas que, en buena parte, les expulsan del sistema.

En cierto modo, vivimos un tiempo en el que muchos jóvenes se están permitiendo traspasar la barrera del miedo como ideología que cercena. José Luis Sampedro ha expresado en no pocas ocasiones durante estos últimos meses, preferentemente dirigiéndose a los jóvenes, que el miedo logra que la gente no reaccione; y que el miedo es, desgraciadamente, más fuerte que el altruismo, que el amor; que la verdad. Por eso es tan importante sacudirse ese miedo, tratar de acercarse a la realidad y dejar que ella hable.

Igualmente, este acontecimiento colectivo ha modificado la morfología de la participación juvenil, que abandona el asociacionismo tradicional marcado por una pertenencia y unas acciones casi predeterminadas y se lanza a una movilización casi permanente que hace del espacio público el lugar de reunión, de expresión, de reivindicación y de incidencia pública. Coincido con Díaz-Salazar en que «déficit de democracia, obsolescencia de las organizaciones políticas y sindicales, repolitización y lucha de los ciudadanos que viven la precariedad: esto es lo que manifiesta el 15M»¹².

Posiblemente, y sin intencionalidad alguna, este movimiento, al decir del sociólogo Manuel Castells, «ha generado más debate y creado más conciencia políti-

10. Cfr. (2010): *Informe Jóvenes españoles 2010*, Madrid: Fundación SM.

11. Cfr. *Jóvenes, actitudes sociales y políticas, movimiento 15M*, Madrid: Injuve (<http://www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/jovenes-actitudes-sociales-y-politicas-y-movimiento-15-m>).

12. DÍAZ-SALAZAR, R. (2011): «15 M y 22 M. ¿Qué futuro político podemos construir?», *Iglesia Viva*, n.º 246: 112.

ca que los partidos en los últimos 20 años»¹³. Este dato no es menor: Este germen nos sitúa en una posición diversa a la de la permanente invitación a que los jóvenes hagan algo por los demás, que también. A la altura de las circunstancias que vivimos no solo hay que invitar a la acción solidaria, sino a sentirse parte activa en esta transición de época global para que los jóvenes se sientan protagonistas no solo de una vida que se hace experiencia vital y llena de sentido, sino que se configura como espacio de convivencia y de trabajo mancomunado por unas condiciones de vida dignas y justas para todos. Esto es más que voluntariado, es más que participación social, es más que pertenencia a una ONG. Es otra cosa. Los jóvenes de Madrid, de Lisboa, de Santiago de Chile, de México D. F. o de El Cairo nos muestran, desde culturas y situaciones diversas, la visión global de un final de ciclo económico, político y de civilización que reclama nuevos modos de vida. No es momento ahora de entrar en los intereses en juego, que también existen, y en los peligros absolutistas, que igualmente los hay.

Con todo, para los adultos y formadores en el mundo de las organizaciones de solidaridad este nuevo dato supone cambiar de mentalidad con el fin de salir del estrecho marco de nuestras instituciones y de nuestras mediaciones, como si fueran las únicas puertas de entrada para colaborar en la creación de un mundo más justo. Para los propios jóvenes supone tomar conciencia de que están ensanchando el campo de la participación social conduciéndola a la movilización social en el espacio público y en las redes sociales, junto con otros sujetos afectados (desempleados, médicos, profesores, funcionarios o desahuciados). La solidaridad se hace polifonía y queda desprovista de liderazgos institucionales.

En esta dirección, y posiblemente sin ser muy conscientes de ello, la parte más activa de esta nueva generación se ha hecho cargo de lo que el profesor Aranguren denominaba *desmoralización*, esto es, «la pérdida de confianza en la empresa del quehacer colectivo»¹⁴. Y de formas diversas y hasta criticables nos van dando pistas de nuevas formas de remoralizar la empresa de construirnos como sociedad incluyente, plural y justa.

6. Siempre queda la acción

Proyecto de ser persona, de abrirse a los demás, de construir algo nuevo en este mundo desmoralizado, son empresas que requieren de la acción de la persona. Una acción nueva, o al menos renovada. Lo nuevo siempre se da en oposición a las leyes estadísticas, de sus probabilidades y tendencias. Así lo expre-

13. *El País*, 18 de diciembre de 2012.

14. ARANGUREN, J. L. (1984): *Propuestas morales*, Madrid: Tecnos, p. 124.

sa Hannah Arendt: «El hecho de que el hombre sea capaz de acción significa que cabe esperar de él lo inesperado, que es capaz de realizar lo que es infinitamente improbable»¹⁵.

La acción no es un apéndice de la persona, sino que podríamos afirmar que igualmente por la acción venimos las personas a estar debidamente en el mundo, modela nuestro diálogo con él. Actuar significa tomar una iniciativa, ponerse en movimiento, de modo que lo que se significa ese instante no es el comienzo de algo sino de alguien¹⁶. De nuevo insistimos en que más que fijarnos en tareas a realizar, cosas a hacer, colaboraciones que emprender, especialmente en el caso del joven su acción primera es construirse como persona, ciertamente en vinculación con el resto de sus acciones.

Para navegar en estos mares embravecidos proponemos cuidar la acción modelándola desde diez perspectivas que, vinculadas, nos pueden ayudar a formar jóvenes capaces de afrontar con garantías los retos que el cambio de época les ha emplazado. Son propuestas que caben tanto en el mundo de las organizaciones de solidaridad como en los espacios de participación informal de otros jóvenes.

1. *Acción sana y sanadora.* La acción debe redundar en salud física y espiritual. Ha de ser sanadora hacia dentro y hacia afuera. En el campo de la acción social muchas veces el activismo ha culminado en un *burnout* o quemamiento de difícil retorno. Por eso es preciso, en la acción que especialmente cuida a otros, tomar distancia para cuidarse, vincularse con otros, encontrar espacios para el sosiego y la paz.
2. *Acción reflexionada.* La acción tiene sentido cuando se busca conscientemente, cuando nos da que pensar, cuando la confrontamos con un pensamiento sólido que vamos construyendo al hilo de la misma acción. La reflexión nos permite transformar la acción en experiencia de vida y nos ayuda a descubrir o redescubrir el manantial ético o espiritual que da sentido a toda una vida. La acción sin pensamiento produce activistas estériles, y el pensamiento sin acción configura intelectuales vacíos.
3. *Acción compartida.* Cada vez es más importante que, en el campo de la acción, se encuentren espacios de comunicación. Es preciso compartir significados y valores no como obligación forzosa, sino como necesidad que cada persona de una u otra forma también expresa. La caída del sentido de pertenencia comunitaria a una institución determinada

15. ARENDT, H. (1993): *La condición humana*, Barcelona: Paidós, p. 202.

16. Cfr: *IBI*, op. cit., p. 201.

o agota la necesidad de referencias y de sentido compartido. Puede haber indiferencia hacia la pertenencia pero necesidad de encontrar espacios de encuentro donde nos referenciamos hacia las experiencias vividas y los significados y valores que de ahí extraemos.

4. *Acción orientada*. Importa saber dónde vamos. Hay acciones y proyectos a los que hemos de saber ponerles el cartel de *fin*. En un momento de giro de las políticas sociales, de reinención del tercer sector y de reconversión profunda de las organizaciones de solidaridad, es preciso reorientar la acción para que obedezca a las leyes de los procesos de la gente que demanda respuestas y no tanto a nuestros proyectos, que necesariamente tienen fecha de caducidad.
5. *Acción transformadora*. Es un momento donde se niega la posibilidad de cambios sociales, la opción por la transformación social es más necesaria que nunca. Sin duda, la prestación de servicios e incluso el regreso a cierto tipo de beneficencia social pueden tener su sentido, pero siempre que se realicen desde la conciencia de que eso no basta y que el cambio social ha de ser el norte de nuestra acción, lo cual significa atender simultáneamente consecuencias y causas de la crisis global. No hay nada peor en estos momentos que una acción domesticada por el propio sistema, capaz de apagar la chispa de rebeldía que demanda cambios estructurales.
6. *Acción profética*. En un contexto donde la exclusión y la dualización social siguen profundizando en la brecha, la acción se torna en denuncia de los factores económicos y políticos que sacuden nuestra sociedad. Una vez más hay que reconocer la denuncia pública de Cáritas Española durante estos años. Al tiempo, el anuncio de algo nuevo, la multiplicación de iniciativas entre los sectores más desfavorecidos, configuran una acción necesaria y urgente.
7. *Acción multiplicadora*. Hoy más que nunca se hacen verdad los versos de León Felipe: «No es lo que importa llegar solo ni pronto / sino llegar con todos y a tiempo». La originalidad de la acción ha de multiplicarse en otros lugares. Es la enseñanza de las buenas prácticas. Acciones que dan buenos resultados y que, lejos de esconderse, se ponen encima de la mesa y tratan de replicarse por la misma organización o por otras. La acción multiplicadora requiere altura de miras para buscar cómplices y no competidores.
8. *Acción a escala humana*. Son cosas chiquitas que no acaban con la pobreza ni nos sacan de la crisis global, pero nos advierten de que actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea poquito, es la forma que tenemos de probar que la realidad es transformable. Esta lección que

aprendimos de Galeano hace varias décadas hoy se hace imprescindible. No es tiempo para letras mayúsculas, sino para vincular muchas minúsculas acciones realizadas a la escala de lo posible.

9. *Acción movilizadora.* Definitivamente, la calle y los espacios públicos se configuran en este tiempo como un escenario necesario que reclama nuestra acción. La movilización es una suerte de acción en movimiento dinámico a través de la cual se encauzan demandas, reivindicaciones y protestas; se vinculan esperanzas, itinerarios vitales y discursos; se fortalecen redes, presencias y alternativas.
10. *Acción esperanzada.* La acción que nace de la indignación ha de conducir a la seducción de la esperanza. Creer en lo que hacemos es condición de posibilidad para apuntar a cambios efectivos.

Escribe Rosa Montero:

«Hace años, en una deprimida zona minera del norte de España, vi una larga hilera de edificios baratos y mezquinamente feos, renegridos por la humedad y aplastados bajo la tristeza de un cielo color plomo. En mitad de ese murallón sombrío había una ventana, solo una, igual de pequeña que las demás, pero llena de tiestos. Y el verdor de esas hojas iluminaba el mundo. Quién vivirá ahí, pensé con admiración. Quienquiera que fuese, no se había rendido»¹⁷.

De eso se trata. El paisaje no acompaña, la atmósfera se vuelve a veces irrespirable, la mediocridad se abre paso por todos lados y, sin embargo, hay que poner tiestos de esperanza y de mente fresca que nos iluminen en el camino. Cada joven es un tiesto colocado en una ventana que se abre al mundo con fuerza renovada y con espíritu inquieto.

No rendirse significa construir la vida como un proyecto personal, sólido, que se abre a los demás y al mundo para transformarlo en una casa para todos, con tiestos que la verdean en todas las ventanas.

17. *El País*, 18 de diciembre de 2012.

2. El voluntariado joven ante el cambio de época: aprendizajes desde los nuevos movimientos sociales

Óscar Mateos Martín

Profesor de la Facultad de Educación Social y Trabajo Social Pere Tarrés
(Universitat Ramon Llull)

Resumen

El presente artículo tiene por objeto analizar la interpelación que para el llamado «voluntariado joven» supone, por un lado, este contexto sociopolítico y socioeconómico del todo extraordinario, y, por otro lado, la emergencia de nuevos movimientos sociales (especialmente el 15-M) que plantean nuevas formas de articulación social. En los siguientes apartados se abordarán tres preguntas principales: 1) ¿existen vasos comunicantes entre el voluntariado joven y los nuevos movimientos sociales?; 2) ¿qué aprendizajes están dejando estos nuevos movimientos y experiencias sociales y de cuáles podría tomar nota el voluntariado joven?; y 3) ¿cuáles son los límites y contradicciones de dichos movimientos

y qué experiencias podría aportar el voluntariado joven al momento actual? El artículo finaliza subrayando las urgencias del momento y destacando la necesidad de que el voluntariado favorezca espacios de reflexión para contribuir crítica y constructivamente a la coyuntura actual.

Palabras clave: Voluntariado joven, nuevos movimientos sociales, I5-M.

Abstract

This article aims to analyze the request that for «young volunteering» means, on the one hand, this extraordinary sociopolitical and socioeconomic context, and on the other hand, the emergency of new social movements (specially I5-M) that set out new ways of social articulation. On the following sections three main questions will be dealt with: i) Are there connections between young volunteering and new social movements?; ii) what can be learnt from this new social movements and social experiences and which ones could be taken into consideration by young volunteer people?, and iii) Which are the limits and contradictions of these movements and which experiences could young volunteer people contribute to this moment? The article ends highlighting the urgencies of the moment and the fact that volunteering needs to favor reflection spaces to contribute critically and constructively to the current situation.

Key words: Young volunteering, new social movements, I5-M.

La crisis está configurando un nuevo tipo de sociedades, especialmente en los países de la Europa del Sur. La fotografía social de septiembre de 2008, fecha en la que simbólicamente se establece el inicio de la crisis con la caída de Lehman Brothers, tiene poco que ver con la fotografía que muchos países europeos presentan en la actualidad, caracterizada, entre otras muchas cosas, por una pauperización acelerada de una buena parte de sus sociedades. Esta realidad se circunscribe en un marco estructural que podemos catalogar de cambio de época, es decir, de una mutación considerable de las principales coordenadas políticas, sociales, económicas y culturales que han regido nuestras sociedades en los últimos tiempos. Los procesos de transformación inducidos por la globalización (crisis del Estado-nación, por ejemplo), el declive de Occidente y la efervescencia de los países emergentes, la crisis del trabajo en las sociedades posindustriales o el impacto múltiple y todavía incipiente de Internet vienen desde hace un tiempo configurando un nuevo contexto internacional en el que se inserta la crisis actual.

En el caso español existen además otros elementos que añaden mayor profundidad a la coyuntura de crisis: se detecta un agotamiento notable de las instituciones resultantes de la Transición, del sistema bipartidista que ha predominado desde principios de los ochenta, así como una creciente desafección política manifestada una y otra vez en las diferentes encuestas sociales, que sitúan a los «partidos políticos» y a la «clase política» como los agentes sociales con peor valoración¹. Todos estos elementos fueron precisamente los señalados por el llamado «15-M» desde mayo de 2011. Este movimiento puso de manifiesto en aquel momento el estado de ánimo colectivo ante la situación social, económica y política y ha germinado desde entonces en múltiples redes e iniciativas de denuncia y organización ante la situación actual (Plataformas de Afectados por las Hipotecas², iniciativas contra los Centros de Internamiento de Extranjeros, asambleas de barrios, redes de ayuda mutua, etc.). Estos nuevos movimientos sociales³ suponen una gran novedad en el contexto actual, tanto por el tipo de reivindicaciones que plantean (apuntando al funcionamiento deficitario de las instituciones democráticas) como también por las formas de movilización y acción colectiva que han puesto en marcha en los últimos tiempos, especialmente en lo referente al uso de Internet y de las redes sociales, hasta el punto de que el sociólogo Manuel Castells (2012) los denomina como «movimientos sociales en red».

1. Véase «La preocupación por la clase política alcanza en septiembre su cota más alta de la democracia», diario *Expansión*, 8 de octubre de 2012, en: http://www.expansion.com/agencia/europa_press/2012/10/08/20121008130417.html

2. Las Plataformas de Afectados por las Hipotecas empezaron a organizarse con anterioridad al 15-M, si bien han logrado mayor amplificación a raíz de este movimiento.

3. La idea de «nuevos movimientos sociales» puede resultar ambigua, ya que cada etapa suele experimentar la emergencia de nuevos movimientos. En este caso, nos referimos a aquellos movimientos que han aparecido en el contexto de crisis y que aportan verdaderamente elementos de novedad en el discurso y en las formas de acción colectiva. En este sentido, haremos referencia tanto al 15-M como a las iniciativas que han germinado a partir de las experiencias en las plazas.

I. Voluntariado joven y nuevos movimientos sociales: ¿vasos comunicantes?

Esta primera pregunta es casi imposible de responder, por dos motivos principales. En primer lugar, porque ni el voluntariado joven ni los movimientos sociales son sujetos homogéneos y monolíticos, sino más bien espacios de entrada y salida, en los que las personas tienen diversas trayectorias, más o menos intermitentes o constantes, y aportaciones muy distintas. En segundo lugar, porque, tal y como destacan Pepa Franco y Clara Guilló (2011), en el caso del voluntariado, la información sociológica al respecto es más bien escasa, por lo que es difícil establecer cuál es el perfil predominante cuando hablamos de una u otra realidad.

Sea como fuere, existen algunos **rasgos definitorios coincidentes**. En primer lugar, tanto el voluntariado joven como los nuevos movimientos sociales son una «forma de participación social»: mientras que el primero interviene mediante distintas formas y en diversos ámbitos (derechos humanos, ocio y tiempo libre, medio ambiente, marginación social, etc.), el segundo suele intervenir en momentos determinados de una sociedad, de manera mucho más intermitente, pero mucho más intensa en el tiempo. En segundo lugar, dicha participación está motivada a priori por la preocupación, la indignación y la sensibilización hacia las necesidades o las injusticias existentes en una comunidad determinada. Tercero, esta participación es gratuita y solidaria, llevando a las personas a destinar su tiempo en las diferentes actividades que comporta cada una de las experiencias.

Un debate seguramente más polémico tiene que ver con las supuestas **aspiraciones compartidas** de ambas experiencias. Para algunos, es obvio que voluntariado y movimientos sociales comparten la voluntad de transformación social y de cambio social. Para otros, sin embargo, este hecho no está tan claro, ya que en el caso del voluntariado (especialmente en algunas modalidades de voluntariado) muchas veces el objetivo último no es tanto el de transformar, sino el de paliar o atenuar un problema determinado, sin plantearse las verdaderas causas de fondo que generaron el problema en cuestión⁴.

Para Pedro José Gómez Serrano (2011) existirían tres modelos de voluntariado que se han sucedido en España en las últimas décadas: el «modelo misionero», propio de la cultura tradicional; el «modelo militante», propio de la modernidad, y el «modelo voluntario», más característico de la posmodernidad. Según

4. En este sentido, es bastante contundente el escrito de Falcón (1997).

dicho autor; se deduciría que, mientras que el segundo modelo parte de una concepción de la realidad mucho más politizada y de un tipo de acción más dirigido a la transformación de las estructuras, el primer y tercer modelo parten de una visión más despolitizada, especialmente en el caso del primero, o bien más dirigida a las pequeñas transformaciones, pero no tanto al cuestionamiento de los problemas más estructurales, en el caso del tercero. Estos tres modelos o concepciones del voluntariado, más que sucederse, se diría que conviven y se entrecruzan en el momento actual, en el que es cierto que prevalece un cuestionamiento posmoderno de los grandes relatos que configuraron la modernidad, pero en el que también se dan, por ejemplo, dinámicas de retradicionalización. En este sentido, coexisten seguramente personas motivadas a comprometerse con un voluntariado que parten de una concepción en el que su acción es entendida como parte de un proceso de transformación social y otras en el que ese planteamiento no es tan obvio.

Un tipo de voluntariado que probablemente comparte canales de comunicación con los nuevos movimientos sociales es el voluntariado en países del Sur o «voluntariado internacional»⁵. Este tipo de experiencias suele congregarse a personas con una especial sensibilidad hacia los problemas vinculados a las relaciones Norte-Sur. Los procesos de formación previa a las experiencias de voluntariado de cooperación internacional suelen implicar una considerable formación sobre el funcionamiento de la globalización y sus consecuencias. Esta formación más de tipo estructural trata de analizar los efectos que el modelo de desarrollo capitalista impulsado por los países occidentales tiene en los países del Sur (deslocalizaciones, utilización de mano de obra explotada para abaratar los procesos de producción, etc.), el impacto de la deuda externa o de la deuda ecológica, el tráfico de armas y los conflictos armados o el funcionamiento deficitario de las grandes organizaciones internacionales, como Naciones Unidas. Los programas de formación de muchas organizaciones que gestionan este tipo de programas de voluntariado aspiran, en este sentido, a la construcción de un sujeto social y político y a la configuración de una ciudadanía global que sea consciente de las interdependencias globales y de la necesidad de cuestionar el modelo de desarrollo capitalista. De este modo, sí que podría afirmarse que al menos el voluntariado internacional, el cual suele congregarse a un perfil esencialmente joven, y los nuevos movimientos sociales comparten la aspiración de la transformación social y del cambio social.

Cabe señalar un aspecto importante respecto a los nuevos movimientos sociales que han emergido en nuestro país en los últimos años. El 15-M, pero

5. Nuevamente, existen múltiples modalidades de «voluntariado internacional», desde el misionero hasta el brigadista, el participante en un viaje solidario o incluso el estudiante que hace sus prácticas en un país del Sur. Tratándose de un análisis del «voluntariado joven», nos referimos esencialmente a aquellas que cabe diferenciar de la cooperación profesional y que implican experiencias más o menos cortas en el tiempo.

también otro tipo de experiencias, como son el movimiento V de Vivienda, las Plataformas de Afectados por las Hipotecas (PAH) o el movimiento de software libre, que impulsó campañas en la red tan importantes como la lucha contra la llamada ley Sinde, representan experiencias que de algún modo cuestionan los movimientos característicos de la modernidad. Como luego detallaremos, este tipo de movimientos se caracterizan por su trabajo en red y por su horizontalidad, contraponiéndose a la mayor verticalidad e institucionalización de otros actores, como los sindicatos o los partidos políticos, e incluso al de las ONG.

Todos estos matices son importantes para entender que tanto las experiencias de voluntariado como los nuevos movimientos sociales suponen la participación de personas de muy diferentes perfiles y trayectorias, por lo que es difícil afirmar que voluntariado y movimientos sociales son caras de una misma moneda. Seguramente, y aludiendo a la pregunta inicial, existen vasos comunicantes entre estas dos experiencias, las cuales comparten una misma esencia, si bien no siempre unos mismos objetivos y aspiraciones, tal y como hemos intentado argumentar.

2. ¿Qué aprendizajes desde los nuevos movimientos sociales?

El 15-M, así como algunas de las iniciativas que le precedieron (especialmente aquellas que tuvieron lugar a través de las redes) y aquellas que han derivado de las experiencias de las diferentes acampadas en las plazas, son el resultado de un contexto social, político y económico determinado. Este contexto se caracteriza, entre otras cosas, por una creciente polarización socioeconómica, por la frustración de una generación de jóvenes formados pero sin oportunidades (57% de paro juvenil), por la crispación social generada por la asimetría de las soluciones a la crisis (recortes sociales sumados a rescates bancarios multimillonarios) y, muy especialmente, por la percepción de agotamiento de las principales instituciones políticas y agentes sociales, en los que cabe incluir a partidos políticos y a sindicatos. Este agotamiento se ha traducido en grandes niveles de desafección política e incluso en la demanda por parte de algunos sectores sociales y políticos de iniciar un nuevo «proceso constituyente», de efectuar un «reset democrático» o de elaborar un «nuevo contrato social»⁶.

6. «El 15M, médicos, bomberos, partidos de izquierda y otros 300 colectivos se unen para protestar contra el Gobierno», Eldiario.es, 23 de febrero de 2012, en: http://www.eldiario.es/politica/bomberos-izquierda-colectivos-protestar-Gobierno_0_104289586.html

Como señalábamos en un inicio, la coyuntura es extraordinaria y el papel de los nuevos movimientos sociales está siendo muy significativo. Más allá de los posibles escenarios futuros, la actuación de estos nuevos movimientos sociales ha arrojado importantes novedades tanto de forma como de fondo, algunas de las cuales pueden ser interesantes para el voluntariado joven, en tanto que experiencia sensible a la realidad y que puede aspirar a la transformación de las injusticias. Existen al menos tres aspectos de los que cabe tomar nota.

Un primer aspecto tiene que ver con la **capacidad de los nuevos movimientos sociales de repolitizar el debate público**, es decir, de señalar causas políticas, sociales, económicas y culturales determinadas en los problemas surgidos en el contexto de crisis. Dos ejemplos concretos. En el caso del 15-M las diferentes acampadas y asambleas han subrayado que uno de los problemas de fondo del momento actual está relacionado con los déficits de la democracia actual y con la incapacidad de las instituciones de dar respuesta a los principales desafíos. «Democracia real ya» ha sido el eslogan repetido para enfatizar la necesidad de revisar el funcionamiento de dichas instituciones y, sobre todo, para plantear la importancia de otras formas de participación ciudadana que vayan más allá de las elecciones que se celebran cada cuatro años. Este grito ha influido enormemente en el imaginario colectivo, tal y como avalan las encuestas en las que la ciudadanía dice sintonizar con los mensajes del 15-M⁷. Para muchos ciudadanos, más que encontrarnos ante una crisis económica, nos encontramos ante el problema de unos partidos políticos y de algunas instituciones que han acabado funcionando de manera endogámica y sin capacidad para resolver los problemas de fondo. Otro ejemplo son las PAH o Plataformas Stop Desahucios, quienes mediante una movilización desde abajo, implicando a muchos de los afectados por el impago de hipotecas y procesos de ejecución hipotecaria e incluso de desahucio, han planteado los principales problemas políticos vinculados a este asunto, como son: las políticas de crédito fácil proporcionado por bancos y cajas, la especulación inmobiliaria impulsada por algunos actores y, en definitiva, la inexistencia de facto de un derecho humano de primera necesidad, reconocido por la propia Constitución española, como se supone que es la vivienda. A través de la propuesta de aprobar la llamada «dación en pago» (es decir, que los afectados finiquiten su deuda una vez el piso es confiscado), han logrado generar un debate social sobre las causas de fondo de la burbuja inmobiliaria, sobre el papel de los diferentes actores políticos y sociales al respecto y sobre las injusticias que subyacen en este asunto. Estas y otras experiencias están contribuyendo de alguna manera a construir otro sentido común al imperante en los últimos años. Ante problemas que pueden pa-

7. «Siete de cada diez españoles simpatizan con el 15M mientras sube la percepción negativa de los políticos», Europa Press, 6 de julio de 2011, en: <http://www.europapress.es/epsocial/noticia-ampl-cis-siete-cada-diez-espanoles-simpatizan-15m-mientras-sube-percepcion-negativa-politicos-20110706151532.html>

recer de responsabilidad individual, este tipo de movimientos está planteando un diagnóstico y unas soluciones de tipo colectivo, generando sinergias entre distintas plataformas e iniciativas sociales, y, en definitiva, apuntalando los cimientos de una sociedad diferente a la de los últimos años, que se había caracterizado por un alarmante nivel de despolitización y de desmovilización.

Una segunda aportación de los nuevos movimientos sociales tiene que ver con su **funcionamiento en red y con las nuevas formas de hacer política**. Las acampadas del 15-M han logrado posteriormente organizarse y descentralizarse en asambleas de barrio, que han generado en ocasiones nuevas sinergias con los movimientos vecinales, a veces incluso revitalizándolos. Estas redes no solo se circunscriben al ámbito local, ya que Internet ha favorecido también una conexión virtual con otros muchos movimientos internacionales de características similares (un caso significativo es, por ejemplo, el de Occupy Wall Street en EE. UU.). Existen algunos elementos que definen la forma de proceder de este tipo de movimientos. Entre otros, podemos destacar el carácter descentralizado, no violento y transparente del mismo, así como su carácter autogestionado, donde impera la lógica del «hazlo tú mismo» a la hora de organizar asambleas y movilizaciones; y la horizontalidad y autorrepresentatividad del movimiento, rechazando la utilización de etiquetas identificativas o la visibilización de líderes concretos, lo que ha desconcertado enormemente a los medios de comunicación y a las instituciones que han ido en busca de interlocutores. Un aspecto central tiene que ver con su agenda, no solo por las demandas en sí, sino por la forma en que dicha agenda se ha ido configurando. En el caso del 15-M, Manuel Castells señalaba que dicha agenda se caracterizaba por «buscar una salida de la crisis hacia un modo de vida construido colectivamente»⁸, en el que todo el mundo puede hacer aportaciones y en el que los consensos, muchos de los cuales responden a demandas tradicionales, son generados y contruidos nuevamente desde abajo, como si fueran un documento «wiki», abierto a la participación, opinión, sabiduría y subjetividad de cada uno de sus participantes. Como algunos han dicho, las acampadas y el movimiento 15-M se han convertido en una escuela de aprendizaje político para los que acaban de llegar pero también para los que llevan tiempo en esto. Un aprendizaje que es un «aprender haciendo» en el que confluyen nuevas y viejas maneras de hacer, de entender la política y la sociedad, o de convocar y organizarse. Precisamente, un elemento fundamental para entender el origen y el futuro de estos movimientos es su dimensión virtual. En este trabajo colectivo ya no solo importa la presencia física como tradicionalmente ni tampoco los indicadores habituales para medir el éxito o fracaso de una convocatoria determinada (número de manifestantes, etc.). Las calles y las plazas han sido un lugar importante de visualización y reivindicación, pero la red ha sido clave como espacio de

8. CASTELLS, M. (2011): «#Wikiacampadas», *La Vanguardia*, 28 de mayo de 2011, en: <http://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20110528/54160922879/wikiacampadas.html>

innovación y articulación del movimiento (como, por ejemplo, en la difusión, réplica y reapropiación de lemas, acciones o iniciativas realizadas entre las diferentes asambleas) y como espacio de participación política, desde el cual incluso miles de personas han seguido por *streaming* las asambleas que tenían lugar en las plazas. Todo esto ha demostrado que la intensidad del intercambio y la comunicación presencial no tienen por qué ir en detrimento de la digital, y viceversa. El binomio calle-red, la tensión analógico-digital, ha derivado no en algo dicotómico, sino en una cierta hibridación y complementariedad en el que un elemento retroalimenta al otro⁹. Así las cosas, Internet se presenta como el espacio de discusión y de articulación política clave para las transformaciones sociales y políticas que están teniendo lugar. Pero su centralidad también reside en la ruptura, seguramente irreversible, de un doble monopolio: el de la forma de hacer política, a través de los partidos políticos y de las instituciones, y el de la forma de comunicar, mediante los medios de comunicación de masas. La trascendencia de ambos factores es tal que hace pensar que verdaderamente son lo que explica que podamos encontrar ante un cambio de época, un punto de inflexión histórico¹⁰.

Un tercer y último aspecto relevante de los nuevos movimientos sociales está siendo la **capacidad de amplificar y potenciar experiencias de organización social y económica basadas en valores como la cooperación o el intercambio**. En los últimos años se han multiplicado exponencialmente las experiencias de mercados sociales, moneda social, cooperativas de consumo, bancos de tiempo, grupos de ayuda mutua, transformación de espacios públicos, microfinanciación, huertos urbanos, entre otras muchas iniciativas. Todas ellas conforman un «vivero de iniciativas ciudadanas»¹¹ y hasta cierto punto pueden interpretarse como el germen de una sociedad poscapitalista, fundamentada en valores cooperativos, en la idea del bien común y que aspiran a la desmercantilización de la vida ordinaria, al respeto del planeta y, en definitiva, a una mayor humanización. Aunque este tipo de experiencias son todavía minoritarias, los nuevos movimientos sociales están contribuyendo a expandirlas a través de Internet y de la mayor organización en los barrios y en las asambleas.

Estas tres aportaciones de los nuevos movimientos sociales pueden ser significativas para el voluntariado joven, ya que aspiran a una lectura crítica de la realidad social (repolitización), a un trabajo en red que sea creativo (nuevas formas de hacer política) y a una transformación social y personal (amplificación de nuevas experiencias de organización social y política basadas en valores coopera-

9. «El I5-M ha permitido hibridar participación digital y analógica», Eldiario.es, 22 de febrero de 2013, en: http://www.eldiario.es/catalunya/permitido-hibridar-participacion-digital-analogica_0_103939610.html

10. Algunas de las ideas de este segundo punto pueden encontrarse en Sanz y Mateos (2011).

11. Véase, entre otros: «Vivero de iniciativas ciudadanas», en: <http://viveroiniciativasciudadanas.net/>

tivos y de intercambio). En definitiva, son tres aspectos clave que buscan no solo remediar algunos de los principales problemas sociales, sino motivar un profundo cambio social.

3. Riesgos de los nuevos movimientos sociales y posibles aportaciones del voluntariado joven

Los límites y contradicciones de los nuevos movimientos sociales son numerosos, como, por otra parte, es lógico y normal al tratarse de experiencias sociales muy heterogéneas y dinámicas. Una primera limitación o riesgo importante es el peligro de **caer en cierta endogamia**, tal y como les sucede a muchos de los actores políticos y sociales. La endogamia es fruto muchas veces de la incapacidad de escuchar al conjunto de voces que interlocutan en una sociedad, de la falta de autocrítica y de la incapacidad de empatizar con aquellos que no piensan de la misma forma. La endogamia genera aislamiento hasta el punto de que uno solo se escucha a sí mismo, o bien desconsidera rápidamente las ideas y puntos de vista del otro. Caer en este tipo de dinámicas va minando paulatinamente la credibilidad y el apoyo social, hasta el punto de dejar de ser socialmente significativo o bien no contar con la legitimidad y el respaldo social necesarios para el cambio social.

Un segundo riesgo es el de **no contar con lo viejo a la hora de construir lo nuevo**. Los nuevos movimientos sociales suponen una novedad, especialmente en las formas de movilización social y de hacer política. Es importante que en el proceso de transformación social todos los actores, nuevos y no tan nuevos, puedan aportar desde sus diferentes experiencias y modos de comprender y actuar en la realidad social. En este punto es necesario el diálogo entre todos ellos y el aprendizaje mutuo, un aspecto también válido para las experiencias procedentes del voluntariado joven. Es desde este aprendizaje desde donde precisamente pueden superarse endogamias e incorporar las lecciones aprendidas en otras etapas históricas.

Un tercer riesgo tiene que ver con las formas de actuación y movilización. El papel tan relevante que Internet tiene en el nuevo contexto de activismo social y en las nuevas formas de acción colectiva puede llegar a ser sobredimensionado. Para muchos puede existir la sensación de que para lograr los grandes cambios sociales es suficiente con denunciar las situaciones de injusticia desde una cuenta de Twitter o participando en una plataforma de firmas. El **«clicktivismo» o el «ci-**

beractivismo», como algunos han señalado, es importante siempre que forme parte de una forma de movilización en la que continúen combinándose la presencia en las asambleas de barrio, en los movimientos vecinales o en las ONG con la presencia activa en Internet. De lo contrario, existe el riesgo de reducir la participación ciudadana al estar en frente de una pantalla, firmando en decenas de causas sociales, y en contacto con miles de personas de todo el mundo, pero en la realidad muy alejado de las dificultades del día a día y sin ser conscientes del impacto muchas veces incierto que este tipo de campañas virtuales tienen verdaderamente. El caso de la plataforma virtual Change.org es paradigmático. Para algunos, este tipo de iniciativas ha logrado que millones de personas en todo el mundo sean conscientes de una problemática determinada, que de otro modo ignorarían, y que canalicen su indignación y sus ganas de cambio mediante una firma para presionar a un gobierno, a una persona o a un organismo determinado. Para otros, sin embargo, el «clicktivismo» que fomentan este tipo de plataformas lo que hace es simplificar los problemas reales y desincentivar la implicación activa de las personas, que de algún modo calman su conciencia desde el sillón de su casa¹². En este sentido, el voluntariado joven puede aportar su conocimiento como experiencia que a lo que aspira es al contacto con el otro y al acompañamiento de sus dificultades y problemas, basado muchas veces en una profunda experiencia de compasión y de empatía e incluso de voluntad de empoderamiento del otro. Ese acompañamiento es a menudo el de los últimos de la sociedad, los que no tienen voz y muchas veces ni fuerzas ni energía para manifestarse en una plaza o participar en una asamblea. El voluntariado puede visibilizar esas historias personales de aquellos que se han quedado sin techo, de los que viven en plena marginación o de los que son víctimas de las drogas y de la desesperación. Tal y como destaca Enrique Falcón (1997) analizando el voluntariado de marginación, «se hace hoy urgente explicar y hacer públicas las narraciones de la exclusión (...) narrar lo invisible con seriedad y respeto a lo inviolable de la dignidad de las personas».

Existe un cuarto y último riesgo que aquí vamos, a mencionar, como puede ser el **perder de vista la realidad Norte-Sur** y las interdependencias existentes entre nuestros patrones de consumo y las condiciones de vida de muchos países del Sur. Este hecho, a mi modo de ver, es significativo, ya que entre los nuevos movimientos sociales ha predominado un relato esencialmente «occidentocéntrico», que tiene que ver con la erosión de las instituciones democráticas, pero que a menudo obvia y no cuestiona el impacto de las interrelaciones globales. Es cierto que en todo este movimiento han estado muy presentes las revueltas que se produjeron en el entorno árabe desde principios de 2011, y que, hasta cierto punto, favorecieron un estado de ánimo que influyó enormemente en la

12. Véase, entre otros, entrevista a Francisco Polo, director en España de Change.org, en: <http://www.jotdown.es/2013/02/francisco-polo-me-preocupa-que-haya-juicios-publicos-pero-no-me-siento-responsable/>

realidad española. Ahora bien, es importante rescatar el trabajo realizado por los movimientos sociales que en los últimos años han girado en torno al llamado Foro Social Mundial y que ha aglutinado a una gran parte de colectivos del Norte y del Sur que supieron poner sobre la mesa un diagnóstico compartido sobre los problemas generados por el sistema capitalista y un determinado modelo de consumo e incluso una agenda de soluciones y de propuestas de actuación. Si bien es lógico que la crisis tan profunda que experimentan países como España lleve a un planteamiento más localista, que tiene una cierta coordinación en red, es importante rescatar los aprendizajes y las sinergias creadas desde mediados de los noventa gracias al movimiento que apostó por la idea de que «otro mundo y otra globalización eran necesariamente posibles». En este sentido, el voluntariado internacional, que sigue potenciando experiencias de cooperación internacional, puede recordar la necesidad de utilizar esa mirada crítica más de tipo global, en la que el análisis de los países más pobres tiene un lugar central y prioritario.

4. Reflexiones finales

Hemos intentado desgranar las posibles interacciones entre el voluntariado joven y los nuevos movimientos sociales que han surgido en España en el contexto de crisis social, económica e institucional que atravesamos. Como se ha intentado destacar, esas interacciones son difíciles de medir. Por un lado, son inciertos los posibles vasos comunicantes existentes, ya que estamos hablando de experiencias muy heterogéneas y difíciles de encasillar, sobre las que además existe poca información. No obstante, hemos querido subrayar la experiencia del voluntariado internacional, ya que el perfil de personas que participan en este tipo de espacios hace pensar que puede compartir con los nuevos movimientos sociales un mismo diagnóstico de la realidad, así como la aspiración última de la transformación social de las injusticias. Por otro lado, hemos analizado algunos de los aprendizajes que podrían extraerse de la dinámica de estos nuevos movimientos sociales y que, según cómo, podrían ser útiles para el voluntariado joven. En definitiva, se han enfatizado las nuevas maneras de hacer política y su capacidad de amplificar nuevas formas de organización social y política que aspiran a una mayor democracia, justicia y emancipación, aspectos que sin duda deberían resultar de máximo interés para un voluntariado inconforme con la sociedad en la que vive. Asimismo, hemos analizado los límites de los nuevos movimientos sociales, ante los cuales el voluntariado puede ofrecer su experiencia de proximidad con las realidades sociales y, en el caso del voluntariado internacional, su visión de globalidad e interdependencia.

Sea como fuere, lo cierto es que tanto la excepcionalidad del momento, en el que casi una de cada tres personas vive bajo riesgo de exclusión social, como la intensidad de las movilizaciones sociales deberían ser fuentes de interpelación para

el voluntariado. En un momento en el que se están analizando las diversas y múltiples fracturas que atraviesan nuestra sociedad y que están dejando a tanta gente fuera de juego y en el que cada vez son más las voces que urgen a replantear las coordenadas de un nuevo contrato social, las plataformas que coordinan el voluntariado deberían favorecer espacios no solo de actuación y acompañamiento, sino también de reflexión sobre el mundo que está naciendo y en el que la cuestión de la justicia social, la solidaridad y la cooperación deben ser aspectos centrales.

Bibliografía

- ARANGUREN, L. A. (2001): *Los retos del voluntariado hoy*, en: <http://www.escuelassj.com/mod/resource/view.php?id=15253>
- CASTELLS, M. (2012): *Redes de indignación y esperanza*, Barcelona: Alianza Editorial.
- DÍAZ-SALAZAR, R. (ed.) (2002): *Justicia global: las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*, Barcelona: Icaria.
- FALCÓN, E. (1997): *Voluntariado. Dimensiones políticas. De la promoción al cambio de estructuras*, Cuadernos de Cristianisme i Justícia, n.º 79, Barcelona, en: <http://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/es79.pdf>
- FRANCO, P., y GUILLÓ, C. (2011): «Situación y tendencias actuales del voluntariado de acción social en España», en *Documentación Social*, n.º 160, pp. 15-42.
- GARCÍA ROCA, J. (2011): *Espiritualidad para voluntarios. Hacia una mística de la solidaridad*, Madrid: PPC.
- GÓMEZ, P. J. (2011): «Crisis socio-económica y voluntariado», en *Documentación Social*, n.º 160, pp. 43-70.
- LAGUNA, J. (2011): *Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad*, Cuadernos de Cristianisme i Justícia, n.º 172, Barcelona, en: <http://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/es172.pdf>
- RIECHMANN, J., y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994): *Redes que dan libertad: introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona: Paidós.
- SANZ, J., y MATEOS, O. (2011): «15-M. Apuntes para el análisis de un movimiento en construcción», *Revista Fomento Social*, n.º 263, vol. 66, pp. 517-545.
- VV.AA. (2012): *Tecnopolítica, internet y R-evoluciones*, Barcelona: Icaria.

3. Educación y acción social. El vínculo del mundo de la acción social con los colegios

Julio Rogero Anaya

Maestro jubilado de educación primaria.

Resumen

Desde una visión crítica del sistema educativo, el autor nos presenta una relación entre la acción social y la educación como un hecho más que incuestionable, es decir, como la relación entre dos caras de una misma moneda. Es una evidencia que el amor y la fraternidad son dos de los elementos constitutivos del ser humano más inexplorados en nuestra sociedad y en nuestra escuela. La dimensión amorosa del ser se despliega en el cuidado mutuo y se vive en la dimensión social, comunitaria y relacional. El espacio escolar es el más adecuado para aprender y experimentar vivencialmente la dimensión social del vivir humano. En el ámbito educativo, para que lo sea realmente, es necesario vivir pendiente del otro y comprometido con la defensa del respeto profundo a la dignidad humana y con los problemas que tiene la humanidad hoy. Eso se ha de plasmar en los proyectos, en los currículos y

en las prácticas pedagógicas cotidianas de los centros educativos. La escuela está empezando a intuir que se ha de caminar en esa dirección con más intensidad. Son muchas las prácticas educativas que hoy van en esa dirección.

Palabras clave: Educación, acción social, escuela del cuidado mutuo, sensibilidad, tacto, compromiso, integralidad, amor, fraternidad.

Abstract

From a critical point of view of the education system, the author introduces the link between social action and education as an unquestionable fact, as the existing link between the two faces of a coin. It is obvious that love and fraternity are two of the constitutive elements of the human being which are less explored in our society and our school. Love dimension of human being is displayed in the mutual care and is experienced in the social, communitarian and relational dimensions. The school space is the most adequate to vitally learn and experience the social dimension of the human life. On the educational field, as it should really be, committed to the defence of the deep respect to human dignity and with the problems that humanity has today. This needs to be expressed on the projects, in the curriculums and in the pedagogical daily practices at school centers. School is beginning to think that this is the direction that needs to be followed with more intensity. There are many educational practices that walk into that direction nowadays.

Key words: Education, social action, mutual care school, sensitivity, tact, commitment, integrity, love, fraternity.

Introducción

Sitúo mi reflexión en el marco de la sociedad de la quiebra del capitalismo avanzado, desbocado y salvaje como sistema global de organización social de la producción y del consumo, y de la realidad en que vivimos más allá del academismo dominante hoy en el sistema educativo. Es la realidad impuesta por el poder. Eso no quiere decir que haya una aceptación generalizada de esa realidad. Esta reflexión va unida a la de muchas personas que proponemos un rechazo radical de la misma para caminar en los procesos de transformación hacia un nuevo modo de producción, distribución, consumo y educación, avanzando hacia unas relaciones sociales basadas en principios radicalmente diferentes a los dominantes: la cooperación, el apoyo y cuidado mutuo, la solidaridad, el compartir, la austeridad, el consumo responsable, la búsqueda de la justicia, la compasión, la fraternidad...

Desde esta perspectiva entiendo que toda la educación que promueva el desarrollo integral de los seres humanos debe ir en esa dirección de contestación al sistema dominante por radicalmente injusto y de producción de la emancipación humana, de la creación de sujetos y colectivos de sujetos dueños de su vida y de su historia, de la construcción de una sociedad realmente humanizada, donde todas las dimensiones del ser humano puedan desarrollarse lo más plenamente posible.

Como consecuencia, todos los procesos de educación y acción social me parece que deben ser coherentes con la búsqueda y el compromiso de hacer avanzar los procesos liberadores y de humanización de la humanidad. Procesos que hoy están bloqueados y cortocircuitados por el poder social constituido en su propio provecho. Considero que hoy estamos en el campo de juego del poder en el que de forma acrítica juegan la educación y la universidad. Es el ámbito de la consolidación del orden impuesto.

I. La compartimentación de los mundos

El título que se me propuso, «El vínculo de la acción social con los colegios», nos muestra dos elementos compartimentados, separados. Por un lado está la «acción social» y, por otro, «los colegios». Hay que encontrarles conexión y ese vínculo que los une.

Creo necesario aclarar desde el comienzo de mi reflexión que no quiero separar la educación, al menos en mi discurso, en los distintos ámbitos en que

está hoy dividida por el poder (educación formal, no formal, informal) y que aceptamos de forma generalizada. Tampoco quiero separar, desde una concepción holística e integral del ser humano, las dimensiones de la personalidad humana ni los ámbitos donde se desenvuelve su vida. Por tanto, tampoco la «acción social» como algo que de una manera, quizás ficticia, se ha separado de la educación y de los espacios de socialización donde se desarrolla y ahora tengamos que buscarles una conexión.

El gran triunfo del poder es la fragmentación del ser humano y del conocimiento. Fragmentación que se ha realizado para destruir al sujeto, para sujetarlo, dividirlo, manipularlo y someterlo. Hoy se ha logrado, desde una educación profundamente fragmentada, que el ser humano sea un ser fraccionado y cosificado. Que cada una de sus dimensiones vayan por caminos diferentes e inconexos, como si no tuvieran nada que ver entre sí. Por un lado, lo físico; por otro, lo intelectual; por otro, su dimensión emocional; por otro, su dimensión social y ciudadana; por otro, su dimensión espiritual... Esa fragmentación y parcelación del ser humano y de la realidad educativa creo que nos hace daño para conseguir el objetivo central de la educación: el desarrollo pleno de todas las capacidades y potencialidades del ser humano. Entre ellas, la dimensión más importante: la dimensión social.

Los que nos movemos dentro de la educación reglada (formal) y de la no reglada (no formal) tenemos la sensación de que la acción educativa dentro del aula está confinada al ámbito, en el mejor de los casos, del desarrollo intelectual como razón instrumental, porque se nos dice constantemente que lo que se ha de hacer es instruir como transmisión del conocimiento científico y cultural de la sociedad en que el sujeto se socializa. Pero no podemos olvidar que, de hecho, los niños y los jóvenes son actores sociales con frecuencia invisibilizados pero que están activos en la vida privada y en la estructura social modificando, construyendo y contribuyendo a los cambios que se producen en la sociedad.

La dimensión social, emocional, relacional, convivencial, ciudadana, reflexiva, crítica, espiritual... son dimensiones situadas en otros ámbitos de socialización fuera del marco de la enseñanza-educación reglada, por tanto fuera de los colegios donde se enseña y «des-educan». Así se significa a la educación del ámbito escolar como una educación ajena a muchas cosas, entre ellas a la acción social, porque se ha de mover dentro del ámbito de los aprendizajes académicos fundamentalmente. Así observamos que la enseñanza y la acción social son dos campos de la educación que se ignoran mutuamente y, con demasiada frecuencia, se niegan el uno al otro. La acción y dimensión social se ha entendido como algo ajeno a los aprendizajes y a la educación porque esa acción social ha sido significada como acción «política» y la educación «ha de estar ajena y debe ser neutral políticamente». Por ello entiendo que necesitan redescubrirse para recuperar la

unidad de perspectiva y tomar conciencia clara de que la educación social y, por tanto, la acción social forman parte constituyente del hecho educativo. También sabemos que no hay educación neutral y ajena a la acción social.

Una cosa es que diferenciamos los distintos ámbitos en que desarrollamos la acción educativa, conscientes de que están unidos, y otra que asignemos a cada ámbito objetivos educativos diferentes. ¿Pero de qué educación social hablamos cuando nos referimos a la persona humana como ser social, imposible de ser comprendido sin esta perspectiva?

Cuando hablamos de «educación para el compromiso y la acción social» entendemos que está dentro de la educación que forma parte de la educación integral y holística del ser humano. Así proponemos una educación no fragmentada por la especialización y los intereses. No hay pedagogía ni educación si no es social y si no tiene entre sus fines centrales el desarrollo del compromiso ético y político con las personas concretas con las que convivimos y con la sociedad en la que se desenvuelve nuestra vida.

Muchos consideramos que la educación social, como parte de la educación integral y emancipadora, no es, en absoluto, referente de las actuales políticas educativas y sociales¹. Hoy domina, en todos los ámbitos, la educación antisocial, quizás también en determinadas prácticas de acción social: las que promueve la sociedad neoliberal. En ella los ciudadanos son expropiados de su capacidad de ser sujeto. Es la sociedad sin sujetos, del individualismo, del «sálvese quien pueda». Hoy se nos plantea un enorme desafío: cómo pasar de un enfoque educativo economicista que domina nuestras reformas educativas a un enfoque de desarrollo y educación integral de todos los seres humanos. Esta es una de las revoluciones silenciosas que hay que hacer hoy para que sea una auténtica acción social que incida de forma generalizada en la sociedad. Es muy diferente educar para competir en el mercado que educar para la vida. Es necesario analizar el impacto de la educación en su dimensión social en la sociedad neoliberal y de la crisis del capitalismo salvaje. Pero no es nuestro tema aquí.

2. Mundo de la acción social

Cuando preguntamos por la «acción social» a las páginas de Internet nos aparecen en primer lugar las organizaciones de caridad dedicadas a dar respues-

1. Ver el preámbulo del actual proyecto de Ley Orgánica de Mejora de la Calidad de la Educación (LOMCE) en sus tres primeras versiones y también en la última (3-12-2012).

tas a las necesidades más perentorias del ser humano, cuando este se encuentra desprotegido y en situación de graves carencias de todo tipo. Relacionado con la relación de ayuda a quien tiene carencias para poder tener una vida digna. Ligada a situaciones de pobreza, exclusión, marginación...

Por eso se entiende que las organizaciones dedicadas a la acción social son todas la que se dedican a la ayuda de una u otra forma a las personas de todo tipo que tienen necesidades que no pueden cubrir por sí mismas, o que no se las cubren los servicios sociales de las diferentes administraciones del Estado.

Se ha entendido el mundo de la acción social de forma restringida por parte de sociólogos, antropólogos, psicólogos y demás expertos en el conocimiento científico del ser humano como ser social.

El ser humano es un ser de relación consigo mismo, con los demás, con el mundo del que forma parte. El mundo de la relación social es el mundo de la relación humana dirigida por los derechos humanos y los valores que se desprenden de la pertenencia a la especie humana.

Aquí queremos entender la acción social en sentido amplio como toda acción cargada de sentido que tiene una incidencia en el otro. Se realiza desde la conciencia clara de que toda acción humana tiene incidencia en los demás. «La **acción social** es toda acción que tenga un sentido para quienes la realizan, afectando la conducta de otros, orientándose la acción mencionada por dicha afectación»².

En sentido positivo, es toda acción que incide de forma favorable en la vida de los demás. Todos sabemos que son muchas las acciones de tipo social que inciden en la vida individual y colectiva, pero no todas lo hacen de forma favorable.

Primero los seres humanos se exiliaron de la Tierra y rompieron el pacto natural que tenían con ella³. Crearon entre sí el pacto social para poder convivir, pero también lo rompieron y se entregaron a la lógica salvaje del capital⁴, que destruyó las posibilidades de convivencia en una guerra sin cuartel de los fuertes y expropiadores contra los débiles y expropiados de la naturaleza y de sí mismos. Esta es la lógica que la acción social comprometida en los procesos de humanización ha de romper para poder caminar en otra dirección. La educación tiene mucho que decir en la producción de estos procesos de transformación.

2. Tomo la definición de *acción social* de Wikipedia por ser la que está hoy más al alcance de la mayoría: http://es.wikipedia.org/wiki/Acci%C3%B3n_social

3. BOFF, L. (2002): *El cuidado esencial: Ética de lo humano, compasión por la tierra*, Madrid: Trotta.

4. Muy interesante el análisis en OSORIO, J. (2012): *Estado, bipoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*, Barcelona: Anthropos y UAM., de la lógica del capital hoy como generador de procesos de exclusión.

3. Mundo de la educación

El ser humano es un ser sociable. No puede vivir fuera de la sociedad y del encuentro con los demás. Concibo la educación como el proceso de desarrollo permanente de todas las capacidades y dimensiones de la personalidad humana. Entre ellas está una que envuelve a todas las demás, es la dimensión social del ser humano. La formulación que hace la Constitución española en el artículo 27.2 refleja perfectamente que «la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales».

El problema de la educación en el seno del sistema educativo es que se cultiva de forma casi exclusiva la racionalidad instrumental. Se dejan de lado casi todas las demás dimensiones y potencialidades del ser humano. Se deja de lado el mundo de los afectos, de las emociones y de los cuidados. No importa la convivencia y el cuidado de las relaciones humanas cuando la educación, si es algo, es relación humana. La acción educativa es, en sí misma, acción social. Por eso no llega a entenderse bien el afán instructivo como único elemento importante de la enseñanza. Teilhard de Chardin decía que «el progreso de una civilización se mide por el aumento de la sensibilidad hacia el otro»⁵, y yo diría que la calidad de la educación se mide por el crecimiento de la sensibilidad y el cuidado hacia el otro. Este es un elemento esencial de la educación que se ha olvidado de forma generalizada con maravillosas excepciones. El academicismo dominante y fragmentador del conocimiento y la persona abandona la dimensión social de la educación. Hoy, en las reformas educativas neoliberales, solo interesa poner el acento en los elementos destructores de la convivencia humana (la competitividad como cultura de guerra de todos contra todos) y en el desarrollo de la individualidad más egoísta y primitiva. Por eso se insiste tanto en las competencias para la competitividad en el mercado, en el esfuerzo para conseguir la excelencia frente a la debilidad de los demás, emprender para competir, no para compartir, en los talentos que se han de rentabilizar, en los resultados y el éxito de los fuertes. El primer párrafo del anteproyecto de la LOMCE (2012) es muy revelador: «La educación es el motor que promueve la competitividad de la economía y las cotas de prosperidad de un país; su nivel educativo determina su capacidad de competir con éxito en la arena internacional y de afrontar los desafíos que se planteen en el futuro. Mejorar el nivel de los ciudadanos en el ámbito educativo supone abrirles las puertas a puestos de trabajo de alta cualificación, lo que representa una apuesta por el crecimiento económico y por conseguir ventajas competitivas en el mercado global»⁶.

5. BOFF, L. (2002): *El cuidado esencial: Ética de lo humano, compasión por la tierra*, Madrid: Trotta, p. 51.

6. Preámbulo de la LOMCE en las tres primeras versiones del proyecto de ley. En la última versión del proyecto de ley del 3-12-2012, este párrafo ha quedado suavizado.

Los colegios, espacio donde se concretan los ideales educativos a través de proyectos de centro, están en su mayoría en la dinámica instructiva centrada en la transmisión del conocimiento dominado por el academicismo más rancio y decimonónico. Los aspectos convivenciales se limitan con frecuencia a la eliminación de conflictos que alteren la buena marcha de lo académico. Además, los elementos dominantes son la competitividad, la obediencia, la sumisión, el individualismo, un pensamiento dependiente de la autoridad, la eliminación de la capacidad crítica y creadora... Normalmente no se trabaja con propuestas y metodologías cooperativas, de trabajo en equipo. No suele haber proyectos de participación en el barrio o en el territorio. Los centros educativos están ensimismados y cerrados en sus cuatro paredes y en la cárcel del currículo oficial, organizado para ignorar la realidad y la sociedad en la que viven los propios alumnos. Y lo peor es que producen el peor analfabetismo, que es el analfabetismo social y político en cuanto el aprendizaje de que ser ciudadano hoy implica un ineludible compromiso con los demás a través de la acción social. Hay un silenciamiento y hasta persecución de las pedagogías comprometidas con la transformación personal y social (Freire, Freinet, Lorenzo Milani, como ejemplos). Con frecuencia el problema también está en un profesorado ausente de este compromiso.

4. La dimensión social de la educación y la educación integral

Ya lo hemos dicho anteriormente y no nos vamos a extender mucho más. La escuela de la acción social es la escuela del cuidado amoroso de todos hacia todos los que componen la comunidad educativa y la comunidad humana, cercana y lejana. Vivir la escuela del aprendizaje-servicio-compromiso exige tener claros los fines de la educación y ser coherente con ellos.

Es necesario poner en el primer plano que la educación conlleva el aprendizaje y la experimentación que niños y jóvenes han de tener en la cotidianidad de la vida del centro educativo en la convivencia positiva, de la relación educativa como relación social profundamente humana y amorosa, la educación como acción social que impele a tener en cuenta, a prestar atención y cuidado al otro, al próximo (como prójimo), al diferente, al diverso, para hacer real el espacio y el tiempo educativo como espacio de convivencia humana fraterna. Es el desarrollo constante y permanente de la sensibilidad hacia el ser del otro a través de la cooperación, del compartir, del apoyo mutuo, del tratamiento de los conflictos como oportunidad pedagógica para el crecimiento humano y convivencial.

Ello requiere la creación de una escuela que contemple la educación integral como fundamental y cuide el desarrollo del ser humano como sujeto en

proceso. Se requieren experiencias cotidianas de conocimiento y tratamiento de los problemas que tienen los seres humanos cercanos y lejanos en una sociedad globalizada e interconectada.

Entiendo que hoy la educación está castrada en sus dimensiones más importantes para el desarrollo humano, especialmente en las dimensiones afectivo-amorosa y espiritual del ser humano. Hay quien dice⁷ que la educación actual está poniendo en peligro el futuro de la humanidad, y no le falta cierta razón.

5. El compromiso social de la educación en un mundo convulso

Sin ese desarrollo, tratamiento y cuidado de la dimensión social no hay educación. Se requiere una escuela que eduque ciudadanos comprometidos con los demás seres humanos, que lo experimente como un componente central de su quehacer cotidiano en las aulas y fuera de ellas.

Requiere unos educadores comprometidos socialmente, con la sensibilidad y conciencia crítica necesaria para entender que la educación para serlo lleva consigo la adquisición por parte del educando de la sensibilidad necesaria para conocer los problemas de la humanidad hoy, en los ámbitos más cercanos y lejanos, para comprometerse con ellos y avanzar así en los procesos de humanización individual y colectiva.

La educación como espacio y tiempo de inclusión social efectiva y real, donde el derecho a la educación y al éxito educativo sea una realidad incuestionable. Hacer realidad que los niños y niñas y la juventud sean incapaces de vivir en un mundo lleno de injusticia y desigualdad sin que se despliegue (desate) en ellos la compasión (pasión por una vida digna compartida) y el compromiso por la transformación de la sociedad. «El voluntariado es una obligación ética»⁸. Por eso es importante su experimentación y aprendizaje desde muy pequeños. Pero quizás lo sea más aprender la importancia de la adquisición de la concepción del otro como parte de mí, en quien confiar y por quien vale la pena vivir una rela-

7. GUTIÉRREZ, F. (2006): *La educación actual pone en peligro el futuro de la humanidad*. Consultado en http://www.caordia.org/efecto-mariposa/emariposa/?page_id=32

8. AMARTYA, S., y KLIGSBURG, B. (2007): *Primero la gente. Una mirada desde la ética del desarrollo a los principales problemas del mundo globalizado*, Bilbao: Deusto.

ción que nos lleve a un compromiso permanente por lograr el buen vivir⁹ y el buen convivir de todas las personas.

Aprender a vivir con la austeridad que requiere hoy la sociedad del decrecimiento en la construcción de «una sociedad de la abundancia frugal»¹⁰. Eso precisa que nuestros jóvenes, abocados a la incertidumbre y la precariedad, aprendan en la escuela que es necesario vivir con lo básico para desarrollar una vida digna y compartida con todos los seres humanos.

6. La escuela de la acción social es la escuela del cuidado mutuo

Necesitamos una escuela que cultive la razón cordial y la inteligencia sensible, pues hasta ahora se ha centrado en la razón instrumental, porque «la esencia del ser humano está en el corazón»¹¹ y la clave para ser feliz es pensar en los demás realmente¹². Para ello el desarrollo de la empatía es central: «deja que la gente viva en tu corazón».

Desde esta perspectiva parece necesario crear una nueva cultura basada en el amor¹³, en prestar atención al otro desde lo más genuino de la dignidad humana. Es la relación de respeto, atención y cuidado la que plasma el amor como la emoción central, que dirige todo el proceso educativo. Eso solo se puede hacer en una escuela que se sustraiga a las demandas del mercado neoliberal y genere una cultura alternativa tan necesaria en la sociedad de hoy y que promueva unas relaciones «basadas en el amor; las relaciones sociales constituyen aperturas para compartir y colaboración en el placer de hacerlo, y bajo ninguna expectativa de retribución»¹⁴.

9. VIGIL, J. M., y CASALDÁLIGA, P. (coords.) (2012): *Agenda Mundial Latinoamericana 2012. Buen vivir/ Buen convivir: SUMAK KAWSAY*. Edita para España Comité Óscar Romero de Aragón. Esta agenda nos muestra una gran riqueza de perspectivas desde sus múltiples artículos. La concepción del «buen vivir» (SUMAK KAWSAY) de los pueblos de América Latina me parece una buena comprensión del significado de una vida digna para todos en una sociedad fraterna radicalmente diferente a la del mercado neoliberal.

10. LATOUCHE, S. (2012): *La sociedad de la abundancia frugal. Contrasentidos y controversias del Decrecimiento*, Barcelona: Icaria-Antrazyt.

11. BOFF, L. (2012): *El cuidado necesario*, Madrid: Trotta.

12. Es lo que nos dice la experiencia de la escuela japonesa Minami Kodatsuno. http://www.youtube.com/watch?v=f9WzX5Svi3k&feature=player_embedded#!

13. La esencia del cristianismo es el amor y la entrega generosa y desinteresada a los demás. Y se ha olvidado con demasiada frecuencia, aun entre los mismos cristianos.

14. MATURANA, H. (2002): *Transformación en la convivencia*, Santiago de Chile: Dolmen Ediciones.

«Es la creación de una nueva cultura basada en el cuidado mutuo que también se ha de reflejar en la escuela del cuidado donde sea central el desarrollo y la promoción de seres humanos sujetos de su propia vida y su propia historia. Personas que se construyen, en una relación de autocreación y autoorganización, como sujetos en proceso autónomo, cooperadores, justos, equitativos, libres, críticos, compasivos y fraternos. Pero en esta situación, la realidad (como todo lo existente) nos lleva a que, de forma autónoma, desde la defensa de lo común y lo colectivo, promovamos espacios y tiempos de vida y educación alternativa. En ellos el aprendizaje del saber y del ser se convierten en una tarea colectiva, comunitaria y permanente, como la misma vida. Creemos que cuando todos los indicios nos dicen que las cosas, en la profunda crisis sistémica que vivimos, están yendo a peor es cuando surgen bifurcaciones y caminos alternativos en la vida humana que nos pueden llevar a la creación de una nueva sociedad y una nueva educación, que hemos de diseñar¹⁵ entre todos». «Es importante dar un nuevo significado al tema del cuidado, más ajustado al reconocimiento del “cuidado esencial” (Boff, 2002) constitutivo del ser humano para, asumido por todos y para siempre, poder cuidarnos mutuamente y cuidar el nicho ecológico que el universo nos ha proporcionado para dar sentido a la vida. En esta tarea, la escuela del cuidado mutuo es imprescindible»¹⁶. En esa otra escuela que queremos, y que muchos están practicando ya, la escuela de y para la vida, es ineludible aprender permanentemente, como seres aprendientes¹⁷ que somos, el amor incondicional y el cuidado mutuo como fundamento de toda acción social.

7. Una realidad esperanzadora

En los centros educativos, para que lo sean, se requiere que se cree un clima estable y constante donde las experiencias de aprendizaje estén enraizadas en la dimensión social y convivencial compartida. No hay aprendizaje, lo explícito una vez más, sin la proyección social del mismo, igual que no hay educación si no se contempla la dimensión social de la misma.

Podemos decir que existen colegios de todos los ámbitos educativos que tienen clara la dimensión social de la educación y la aprenden, la experimentan y la viven en la acción educativa cotidiana. Son centros educativos que entienden el

15. *Diseñar*, palabra compuesta de *diseñar* y *soñar*.

16. DOLZ, A., y ROGERO, J. (2012): «Amor y cuidado, claves de la educación para un mundo nuevo», *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, n.º 74, pp. 97-114. Se desarrolla la perspectiva amorosa, de cuidado y atención mutua que implica toda relación educativa.

17. ASSMAN, H. (2002): *Placer y ternura en la educación. Hacia una sociedad aprendiente*, Madrid: Narcea. Hace una propuesta muy sugerente de cambio de perspectiva desde los seres humanos como aprendientes permanentes.

aprendizaje y la educación siempre conectados con el desarrollo de un modelo convivencial que implica apoyo mutuo, cooperación, experiencias de aprendizaje individual y colectivo conectados a los problemas internos de los miembros de la comunidad educativa y con los problemas del territorio al que están unidos por la apertura del centro a su entorno social. Además se saben conectados a la globalidad de la humanidad y del cuidado de la naturaleza, de la madre Tierra. Saben que vivir con austeridad, que cuidar el entorno y que cuidarse entre sí se aprende y se experimenta en la cotidianeidad de la vida escolar. Y quien experimenta esa dimensión social de la educación durante su infancia y juventud es capaz de tener ese referente cuando se incorpora a la vida social como ciudadano de pleno derecho.

Son muy diversas las formas de vivir la acción social en los colegios. Quiero citar brevemente algunas sin entrar en su descripción detallada. «El “Aprendizaje-Servicio” es una propuesta educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un único proyecto bien articulado en el que los participantes aprenden a la vez que trabajan en necesidades reales del entorno con la finalidad de mejorarlo»¹⁸. Así lo presenta la página de los colectivos que desarrollan esta propuesta en sus centros educativos.

El Aprendizaje-Servicio puede ayudar a muchos centros educativos y a la educación no formal¹⁹ a restablecer su relación con el medio y con la dimensión profunda que conecta con lo humano desde una perspectiva nueva, la que demanda la educación para una ciudadanía comprometida con la transformación de la sociedad desde la justicia, la solidaridad y la sabiduría. Son muchas y muy diversas las experiencias que, siendo, con frecuencia, muy puntuales y con grupos reducidos de alumnado, están haciendo una tarea muy positiva al generar una cultura nueva en los centros educativos, ligada a la concepción de que el aprendizaje puede y debe estar conectado con la vida y con la acción social, mucho más allá de lo puramente académico. Es una forma de incorporar la «razón sensible y cordial» al aprendizaje.

Hay multitud de experiencias anónimas de fomento y desarrollo del voluntariado en el seno de los centros educativos de alumnado que se compromete de forma generosa y desinteresada en la mejora de la convivencia en el seno de la propia comunidad educativa²⁰. Lo planes de convivencia de muchos

18. <http://aprendizajeserviciom.wix.com/apss-madrid>

19. Son muy ricas las experiencias que se extienden por todo el país. Algunas han sido recogidas en MARTÍN GARCÍA, X., y RUBIO SERRANO, L. (2010): *Prácticas de ciudadanía. Diez experiencias de aprendizaje servicio*, Barcelona: Editorial Octaedro.

20. La asociación Convives, formada, sobre todo, por profesorado, recoge en su web y en la revista que publica gran cantidad de documentación y experiencias concretas de esta propuesta. <http://convivenciaenlaescuela.es/?p=5>

centros recogen esa dimensión de acción social que todo proyecto educativo debería tener. Es muy importante que se explicita con propuestas concretas que se desarrollen de forma estable y constante. Conocemos experiencias de todo tipo que implican a toda la comunidad educativa: mercadillos solidarios, tiendas de intercambio y reciclaje, fondos de solidaridad, tienda gratis, acuerdos de cooperación e intercambio con escuelas y proyectos de países con carencias básicas, colaboración con ONG de solidaridad, apoyo escolar entre alumnado de diferentes ciclos y etapas educativas, acompañamiento de mayores a pequeños...

Hay redes de apoyo mutuo entre centros²¹ que se reúnen sistemáticamente para poner en común sus aprendizajes y sus experiencias de todo tipo para mejorar todos los aspectos de la acción educativa. Centros que se preocupan de que entre los miembros de la propia comunidad educativa se generen redes de apoyo y cuidado mutuo en la vida cotidiana del centro, de modo que se cultiva la sensibilidad y la atención al otro para detectar, conocer y dar respuesta a las necesidades y carencias que se viven hoy con más intensidad en muchas familias.

En todo esto es muy importante que el profesorado tenga una formación y una sensibilidad especial que se debería tener en cuenta cuando se incorpora a la tarea docente. En algunos países cuando preparan y seleccionan al profesorado «... además de valorar el rendimiento miden también el grado de sensibilidad. Por muy brillante que sea el alumno, si no ha estado nunca en un grupo de ocio o no ha hecho nunca de voluntario en una red de apoyo a inmigrantes, por ejemplo, es probable que no lo seleccionen»²². Si los colegios, con frecuencia, están cerrados (muchos físicamente parecen auténticas cárceles) al barrio, al entorno porque no tienen ninguna conexión con él, porque entienden que su tarea es otra, estamos hablando de centros cuya carencia educativa es preocupante, por mucho que sus resultados académicos sean «excelentes».

Los colegios, para que sean también auténticos centros de educación social, tienen que estar enraizados y abiertos al entorno. Han de estar en el corazón de la comunidad local como comunidad de convivencia y aprendizaje. Así la escuela se convierte en un motor social, un centro cultural, el lugar más importante del pueblo o del barrio y allí donde se destinan los primeros recursos al servicio, también, de la comunidad. Podemos pedir, sobre todo a las escuelas públicas, que

21. En el ámbito de la escuela de titularidad pública hay diversas experiencias de coordinación entre centros como la «Red de centros innovadores» en la Comunidad de Madrid o la «Red de centros 3-12» en Cataluña.

22. MELGAREJO, X. (2013): Nos dice que «la escuela finlandesa está abierta y al servicio de la comunidad, aquí todo son puertas cerradas». En http://www.eldiario.es/diarieducacio/Xavier-Melgarejo-finlandesa-servicio-comunidad_6_90001003.html

estén abiertas y al servicio de la colectividad: donde los padres participen, se puedan formar para ayudar, con actividades extraescolares y culturales para todos, y muchos de los recursos (espacios deportivos, biblioteca, ordenadores...) quizás puedan estar al servicio de todos los ciudadanos. Se trataría de que el alumnado se viera implicado en experiencias de vida comunitaria más allá de lo estrictamente académico.

8. Construir otra escuela posible y necesaria: la escuela de la fraternidad.

La escuela de la acción social

La escuela que hoy diseña el poder está en los antípodas de la utopía que pensaron y practicaron, en un intento de acercamiento a ella, los mejores educadores de la historia de la humanidad y de la actualidad. Buscaron y buscan un sistema educativo que reconoce y hace efectivo el derecho de todos a la educación de máxima calidad y excelencia para todos. Esto es una utopía hoy, pero sabemos que solo hay educación si está ligada a la utopía posible (como «inédito viable» del que hablaba Freire) con la que muchos estamos comprometidos. Esa escuela requiere hoy:

- Romper las mordazas que nos imponen los condicionantes de la sociedad del capitalismo salvaje y sus leyes educativas reformadoras que en lugar de avanzar nos parece que retroceden y limitan los procesos de humanización.
- Que el profesorado tome conciencia de que no puede seguir callado y al margen de los dinamismos sociales, culturales y políticos en una sociedad dominada por la exclusión de los más débiles. Tomar conciencia de que podemos hacer una aportación vital a la sociedad si aprovechamos nuestra libertad de cátedra para producir en cada persona que pasa por la institución escolar (y son todas) ciudadanos y sujetos responsables, libres, justos, fraternos y comprometidos con la «polis» en que les ha tocado vivir. Y eso se hace posible si el propio profesorado está comprometido éticamente con su tarea educativa.
- Que los padres y tutores quieran que sus hijos sean personas y ciudadanos responsables, críticos, cultos, solidarios y comprometidos con una sociedad basada en la cooperación, la equidad, la justicia y el cuidado mutuo.

- Que los alumnos y alumnas sean tratados y cuidados (Rogerero, 2010) en su dignidad más profunda como personas a las que se facilitan experiencias vivas de aprendizaje compartidas y ligadas a lo que exigen los procesos de humanización.
- Hacer realidad que los centros educativos sean espacios y tiempos convivenciales de vida compartida, de relaciones siempre renovadas y de aprendizaje del diálogo y la comunicación, del respeto y de la toma de conciencia de que solo con los demás nos hacemos personas. Conciencia de que es en la convivencia y en el amor donde nos transformamos.

Esa es la escuela que se propone el desarrollo de la personalidad y las capacidades de todos los seres humanos hasta el máximo de sus posibilidades (art. 27.1 de la Constitución española de 1978).

Es la escuela que se propone desarrollar a cada ser humano como sujeto libre, justo, igualitario, autónomo, crítico, fraterno... No discrimina a nadie por ser diferente, sino, al contrario, es una escuela profundamente respetuosa con la diversidad y sabe que se enriquece con ella.

Es una escuela inclusiva que reconoce que solo desde el respeto a la dignidad y la identidad de cada uno es posible trabajar para hacer real la vida plena (excelencia) de todos y cada uno. Trata con tacto, paciencia y exigencia a todos para sacar lo mejor de cada ser humano fomentando proyectos colectivos a través del trabajo cooperativo y compartido. En ella se presta atención y se cuida a todos, especialmente a los más débiles. Es la escuela del cuidado mutuo que prefigura y prepara para hacer real y eficaz la sociedad del cuidado y de la fraternidad que ineludiblemente hemos de crear para garantizar la supervivencia y calidad de vida de la humanidad y de la vida que le acompaña. Desarrollar la pedagogía del tacto²³, la sensibilidad y el cuidado porque hoy es más necesario que nunca educar en el cuidado²⁴ (cuidar-nos), en «prestar atención», en la compasión, en la ternura, en la responsabilidad, esto es educar en la fraternidad rompiendo el cáncer de la indiferencia.

23. MANEM, M. van. (1998): *El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica*, Barcelona: Paidós. Recoge la aportación más significativa sobre este tema que adquiere hoy especial relevancia en la práctica educativa.

24. Especial atención nos merece la cuestión de abrir caminos en una necesaria pedagogía del cuidado. Lo he tratado en algunos artículos (ROGERO, J. [2010]: «La escuela del cuidado mutuo», *Aula de Innovación Educativa*, n.º 191, pp. 59-62; ROGERO, J. [2012]: «Relación educativa, escuela del cuidado y organización escolar», *Organización y Gestión Educativa. Revista del Forum Europeo de Administradores de la Educación*, n.º 5, septiembre-octubre; pp. 27-30). También son apasionantes las aportaciones en BOFF, L. (2012): *El cuidado necesario*; Madrid: Trotta; y COMINS, I. (2009): *Filosofía del cuidar. Una propuesta co-educativa para la paz*. Barcelona: Icaria-Antrazyt.

Es la escuela en la que se aprende a vivir en la diversidad (no solo a tratar la diversidad), y desarrollar la pedagogía de la diferencia²⁵, ya que ello implica educar en y para el respeto, la comprensión y el reconocimiento del otro como alguien en quien confiar:

En ella se promueve el tiempo y el espacio escolar como tiempo y espacio de compartir; se rompe el individualismo y el egoísmo generado en los otros ámbitos de socialización. Es una educación en el convivir dialógico y en el comprenderse. Es la escuela de la desaceleración y de la calma donde las experiencias vivas de aprendizaje se reflexionan e interiorizan de forma que se consoliden los aprendizajes vitales a medio y largo plazo, y la pasión por el conocimiento al servicio de los demás. Es el espacio para aprender a gestionar con humildad la ignorancia creciente en que cada uno nos encontramos ante el descomunal avance en la acumulación de conocimientos desde la inteligencia colectiva. Es una escuela donde se estimula la creatividad en todos y se aprende que la autoorganización y autocreación son vitales para lograr la autonomía y la cooperación en los procesos de humanización hoy.

Sitúa a los niños, niñas y jóvenes como verdaderos protagonistas de la educación y da a los centros escolares su verdadero carácter educativo, muy diferente a las actuales propuestas de hacer de ellos factorías de conocimientos-resultados-rendimiento para el mercado que giran en torno al currículo académico.

Una escuela que ama profundamente la vida y la naturaleza, reconoce los límites de la acción humana. En ella se aprende a conocerla, a respetarla, a cuidarla con responsabilidad aprendiendo modos de vida en sintonía con la Madre Tierra y el cosmos al que pertenecemos. Por eso entendemos la escuela como uno de los espacios donde se aprende a gestionar la relación armónica con la naturaleza y se comprende al ser humano como parte esencial de la misma y no como dominador caprichoso que la pone en peligro y la destruye. Se cultiva la conexión con toda la Vida.

Queremos una nueva escuela transformadora de la realidad social que ponga en el primer plano los procesos de humanización. Esta es la escuela del encuentro comunicativo convivencial y conversacional humano, es la escuela de la fraternidad, es la escuela que promueve el bien común, lo colectivo y lo público. Cultiva la conexión profunda con el misterio y el sentido de la vida desarrollando al máximo la dimensión espiritual del ser humano.

Esta, y no otra, es nuestra aproximación a la escuela de la excelencia para todos. Es la escuela que queremos y la escuela por la que muchos trabajamos.

25. Este es un tema tratado con profundidad en SKILIAR, C. (2002): *¿Y si el otro estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia*, Buenos Aires: Miño y Dávila.

Algunos recursos interesantes

- <https://www.youtube.com/watch?v=i3tmWMDjSik>
- <http://www.youtube.com/watch?v=YaFxfiLHZkM>

Amar la vida:

- https://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=pb9bQ-l-aV4

«Por una buena educación»:

- https://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=oSQUTIV299Y

4. La formación universitaria y el compromiso solidario: un vínculo necesario

Carlos Prieto Dávila

Director del Servicio para el Compromiso Solidario y la Cooperación al Desarrollo. Universidad Pontificia Comillas

Resumen

La universidad es un espacio privilegiado para el impulso de un compromiso ético de calado con la transformación social, pero necesita repensar tanto su misión como su estrategia docente si no quiere convertirse definitivamente en una factoría de profesionales incapaces de aunar su destreza técnica con la construcción de una sociedad más inclusiva. La clave reside en romper con la distinción entre excelencia académica y formación ética o ciudadana. El futuro profesional debe ser técnicamente diestro, pero también ha de ser capaz de entender su entorno y ser capaz de intervenir en él, siendo consciente y haciéndose responsable de las consecuencias de sus actos y decisiones. Para desarrollar esta labor educativa de mirada amplia la universidad necesita también nuevas estrategias pedagógicas; es-

trategias que enseñen mejor la realidad, que la metan en las aulas y que impliquen al alumnado en la búsqueda de las mejores soluciones, aunando el conocimiento académico y el compromiso solidario.

Palabras clave: Universidad, transformación, inclusión, educación integral.

Abstract

University is a privileged space to boost a deep ethical commitment with social transformation. But the university needs to rethink both its mission and its teaching strategy if it does not want to definitely become a factory of professionals unable to combine their technical skills with the creation of a more inclusive society. The key lies in breaking with the differentiation between academic excellence and ethical or civic training. Professional future must be technically skilled but also able to understand the environment and able to take part in it, able to be conscious of and responsible for the consequences of its actions and decisions. To develop this open-minded training, university also needs new teaching strategies; strategies which will better show reality, which will bring this reality to the classrooms and which will involve the students in the search for the best solutions, joining academic knowledge and supportive commitment.

Key words: University, transformation, inclusion, integral education.

«[La universidad es] una comunidad académica que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales».

(Carta Magna de las Universidades Europeas. Bolonia, 1988)

I. La promoción de la solidaridad, ¿responsabilidad de la universidad?

Al menos sobre el papel, la universidad parece ser un espacio privilegiado para la promoción del voluntariado y del compromiso ciudadano. Condiciones, desde luego, no faltan: hablamos de un espacio educativo de excelencia cuyo público mayoritario es joven y, supuestamente, inquieto y activo. La edad de acceso normal a la educación superior coincide más o menos con la llegada de los alumnos a la mayoría de edad, límite que la legislación española establece para el reconocimiento de derechos y deberes en muchos ámbitos. También en el del voluntariado.

La realidad, sin embargo, no nos depara tantas alegrías. Si bien es cierto que la institución universitaria aporta investigación y conocimiento experto sobre realidades sociales, que ha desarrollado en los últimos años espacios explícitos de promoción del compromiso solidario —tanto local como internacional— y que una parte de su alumnado encuentra en ella espacios explícitos de movilización y formación para la intervención social, también lo es que la academia reproduce en su seno algunas de las tensiones y de las contradicciones de la sociedad de la que forma parte.

La universidad no vive aislada del mundo. De hecho, es en parte víctima de una visión instrumental de la realidad, una visión en la que los criterios de eficacia y eficiencia (entiéndase eficacia y eficiencia *económicas* o *productivas*) parecen ser los únicos válidos, excluyendo a los demás. Así, incluso en aras de su propia supervivencia en un mundo crecientemente competitivo, la universidad se está convirtiendo en un mero «fabricante» de mano de obra experta que atiende, o intenta atender, las necesidades del mercado laboral. De esta manera, el espacio para la reflexión, para la formación integral y transversal y para el desarrollo del espíritu crítico queda progresivamente reducido. En este contexto, pedir además que la universidad considere como misiones propias la formación ética y el impulso de

un compromiso ciudadano parece una quimera —aunque ya adelantamos que no lo es y que la propia institución demuestra alguna capacidad de nadar a contracorriente.

Además, la universidad encierra dentro de su propia alma un peligroso enemigo interno: ensimismada en ocasiones en su propia ciencia y convencida de la posibilidad, y hasta de la conveniencia, de un modelo de docencia pretendidamente objetivo e imposiblemente neutral, se desliga a menudo de las cuestiones éticas y morales, rechazándolas como algo ajeno a su propia naturaleza. Según este planteamiento, la educación en valores y la promoción de la ciudadanía son labores sin duda loables... pero ajenas a la misión de la universidad y contrarias a una particular visión de la excelencia académica. Como diremos inmediatamente, esta visión del mundo desde una inexistente «torre de marfil» resulta no solo reduccionista, sino del todo imposible; y lo que es más, atenta contra su propio objetivo de excelencia.

1.1. Misión nuclear de la universidad

Hace ya años que se escuchan de forma recurrente expresiones como «responsabilidad social corporativa» (RSC) o «responsabilidad social empresarial» (RSE). Efectivamente, el mundo empresarial ha empezado a reflexionar sobre su papel y su responsabilidad como agente social y ha puesto en marcha —con preocupación profunda y genuina en ocasiones, de forma interesada en otras— procesos de cambio en sus modelos de producción y comercialización, en su política interna de recursos humanos, en su impacto medioambiental... De forma un tanto mimética, la universidad española ha comenzado también un proceso de profunda reflexión sobre su propio papel social y ha encontrado una etiqueta similar con la que identificar ese rol: la de la «responsabilidad social universitaria» (RSU).

Parece un intento loable: identificar el espacio de relevancia social de la universidad, detectar los ámbitos en los que puede actuar como un agente de progreso, reflexionar sobre las posibles estrategias para lograr un mayor impacto...

El problema es que hay un «defecto de forma» en el propio planteamiento de la cuestión. Dicho de otro modo: ¿qué hace la universidad reflexionando sobre su responsabilidad social? ¿Es que las universidades —al menos las universidades públicas y las privadas sin ánimo de lucro— tienen una función *distinta* a la del servicio a la sociedad?

Las dos tareas con las que se suele identificar a la universidad, y que la misma institución considera sus labores básicas, son la formación (docencia) y

la generación de conocimiento (investigación), dos tareas que suponen en sí mismas un servicio a la sociedad. La universidad no es una entidad creada para su propio interés, como lo son las empresas en un sistema de libre mercado; ni representa los derechos, las ideas o los objetivos, siempre legítimos, de una parte de la sociedad, como los sindicatos, los partidos políticos o las ONG. Sin su función social, la universidad queda completamente vacía de contenido.

A pesar de lo dicho, es evidente que la institución universitaria sí tiene pendiente una reflexión profunda sobre su modelo de enseñanza. Como apuntábamos más arriba, la universidad se sigue viendo a sí misma, al menos en parte, como un espacio neutral. Por supuesto que busca la excelencia académica; es decir, quiere formar a los mejores profesionales. Pero no le preocupa tanto, o incluso considera que no forma parte de su misión, la formación de ciudadanos.

¿Es esto posible? ¿Se puede ser neutral en la enseñanza, centrarse únicamente en «facturar» para el mercado profesionales altamente cualificados sin preocuparse de formarles como personas solidarias?

Para algunos la respuesta no es solo que sí, que se puede, sino que se debe. La calidad educativa y la excelencia académica no pueden estar contaminadas por cuestiones ideológicas, por más estimables que sean. Según esta visión, además, existe cierto nivel de competición entre la formación excelente y la labor de sensibilización social. Primero la una y después, complementariamente y en todo caso de forma voluntaria, la otra. El tiempo es escaso y las prioridades son las que son.

La visión alternativa cuestiona este planteamiento en su mismísima base. Para quienes pensamos que la formación ética es un componente ineludible de la educación superior; su ausencia en los planes de estudios, su exclusión de las prácticas profesionales ofertadas desde la universidad y la escasa oferta de compromisos concretos facilitados por la institución son un ataque frontal al mismo concepto de excelencia académica. Dicho de otra manera: no formaremos de ninguna manera a buenos profesionales si les hurtamos estos elementos.

Porque ¿qué es calidad, qué es excelencia? ¿No es la universidad el lugar del conocimiento al más alto nivel? ¿No es el templo del saber, del conocimiento, del pensamiento, de la investigación, de la innovación? ¿O la estamos convirtiendo en una academia?

¿No tiene la universidad por objeto el mundo y sus problemas? ¿No debería querer conocer mejor y más analíticamente que nadie las cuestiones más relevantes para nuestra sociedad? ¿No tiene por misión generar respuestas nuevas, soluciones a los problemas que detecta? Y ¿no es la injusta e innecesaria desigual-

dad y la falta de respeto a la dignidad humana el mayor de nuestros problemas como sociedad global y como país?

Como explicaremos con más detalle un poco más adelante, si un estudiante universitario sale de las aulas sin ser capaz de conocer y entender su entorno, sin herramientas –técnicas, pero también sociales y éticas– para intervenir en su mejora, sin capacidad para percibir el alcance de sus actos, sin conciencia de que sus decisiones influirán en otros y sin estar preparado para hacerse responsable de las consecuencias de su quehacer profesional, habremos fracasado. Y no solo como educadores de ciudadanos, también como formadores de profesionales. La sociedad, pero también esa parte de ella constituida por el llamado «mercado laboral», necesita otro tipo de actores.

1.2. ¿Puede la universidad sustraerse a su misión?

Como le ocurre a casi todas las instituciones, la universidad corre el riesgo –y muchas veces cede a la tentación– de elevar lo instrumental a la categoría de central. Así, por ejemplo, el conocimiento científico que nace de la investigación puede acabar justificándose en sí mismo y olvidarse de su sentido último, que es el de ser útil a la sociedad. De la misma manera, el docente universitario puede instalarse en la pura transmisión de conocimientos técnicos, renunciando a sacar a relucir las cuestiones sociales que atraviesan ese conocimiento.

A pesar de la pretendida neutralidad de estas maneras de investigar y de enseñar, lo cierto es que entrañan un riesgo que no es precisamente menor. En el mejor de los casos podríamos estar formando profesionales exitosos para una sociedad *fracasada*; en el peor, agentes activos del fracaso de esa misma sociedad.

1.3. ¿Son buenos tiempos para una universidad comprometida?

Demos por supuesto que, con mayor o menor entusiasmo, existe un cierto consenso sobre la responsabilidad de la universidad a la hora de formar a futuros profesionales comprometidos con su entorno y capaces de poner al servicio de otros, particularmente de los más desfavorecidos, el saber superior que les otorga la institución. ¿Lo tiene fácil nuestra universidad?

La respuesta es «no» y «sí». Por una parte, el escenario externo no es el más halagüeño: el plan de convergencia impulsado por el llamado Espacio Europeo de Educación Superior (el «proceso de Bolonia») está trufado por una

cierta obsesión por la «empleabilidad» de los universitarios y convierte a la universidad en una institución al servicio del mercado laboral y de las demandas de las empresas. Por supuesto, la universidad no debe, tampoco en este caso, vivir aislada de la realidad: parte de su utilidad radica en su habilidad para ofrecer a la sociedad los profesionales que esta demanda. Pero no debe hacerlo a costa de otorgar títulos de habilitación profesional a ciudadanos incapaces de hacerse cargo de nada que no tenga que ver con la formación académica recibida, «inteligentes ciegos» (Morin, 1995) o «microsabios macroignorantes» (Vilar, 1997), en expresiones recogidas por Vicente Manzano-Arrondo en su libro *La universidad comprometida* (disponible gratuitamente en <http://personal.us.es/vmanzano/LaUniversidadComprometida.pdf>). Paradójicamente, en una sociedad crecientemente compleja cada vez educamos menos en una visión general de las cosas y apostamos más por la especialización, reduciendo la formación a la técnica, a ser un buen ejecutor. En un mundo complejo formamos ciudadanos simples. Pero muy eficaces.

La esperanza viene dada por la conciencia creciente de que la universidad tiene que recuperar su misión de servicio a la sociedad y de que buena parte de su responsabilidad reside en la formación de un alumnado crítico, consciente y hasta militante. Obras como la citada o *Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos. Un cambio de mirada desde la universidad* (Francisco Esteban Bara, Desclée, Bilbao, 2004) son reflejo de una reflexión de fondo que nace en el propio ámbito universitario. Los dos libros apuestan por una universidad transformadora que forme ciudadanos igualmente transformadores y ambas obras proponen estrategias concretas para avanzar en el modelo. Este artículo recoge varias de sus reflexiones éticas y de sus sugerencias estratégicas. Como afirma el propio Manzano-Arrondo, «las ideas pertenecen a la Humanidad en la que se gestan» e, imbuido por su generosidad y su clarividencia, aprovecho sus reflexiones y las de otros. Al fin y al cabo, la «universidad comprometida» es una tarea colectiva.

2. Cómo debe afrontar la universidad la educación integral de sus alumnos

No se puede afirmar que la universidad española se despreocupe de la promoción del voluntariado o del compromiso solidario de sus alumnos. Casi todas las universidades españolas han generado espacios explícitos de movilización social, sea en forma de servicios (la Oficina de Acción Solidaria de la Universidad Autónoma de Madrid), de fundaciones (la Fundación Autónoma Solidaria de la

Universitat Autònoma de Barcelona), de organizaciones adscritas (Solidarios para el Desarrollo, vinculada a la Universidad Complutense) o incluso de vicerrectorados (Vicerrectorado de Asuntos Sociales y RSC de la Universidad del País Vasco). El propio autor de este artículo dirige el Servicio para el Compromiso Solidario y la Cooperación al Desarrollo en la Universidad Pontificia Comillas.

Son, desde luego, esfuerzos loables y necesarios. Pero comportan un doble riesgo.

El primero es el de desligar el compromiso ciudadano y profesional de la formación académica ofrecida por la propia universidad. Si la oferta «solidaria» se percibe como despegada de la actividad propia de la universidad, si es vista y vivida como un complemento, como una actividad «extraescolar» —o más bien extraacadémica—, estaremos lanzando el mensaje que hemos afirmado querer combatir: que la formación universitaria no incluye necesariamente en su seno la formación ética y solidaria.

Otro riesgo, común a cualquier espacio de promoción del voluntariado pero particularmente perverso en el caso de la universidad, es el de convertir estos espacios en simples oficinas de «colocación» de voluntarios, sin una reflexión de fondo sobre el elemento transformador y crítico que debe suponer la acción voluntaria. Carlos Ballesteros, profesor de Comportamiento del Consumidor en Comillas, lo explica así en el encabezado de su blog *Los jueves de 7 a 9* (<http://www.21rs.es/>): «Cambia tu vida para cambiar el mundo, que decía el eslogan de una ONGD hace pocos años. Que lo demás son parches que le ponemos a un sistema injusto e imperfecto y que la revolución, la transformación, hay que hacerla todos los días con nuestros actos cotidianos y que no puede dejarse el espacio de un par de horas el jueves por la tarde siendo voluntario en una ONG. Solo desde el compromiso político, social y económico de todos y cada uno de los ciudadanos del mundo, especialmente de la parte de arriba y a la derecha, del hemisferio Norte, de Occidente (lo que comúnmente se conoce como “los ricos”) podremos transformar el mundo en un sitio más justo y más agradable para vivir. Solo desde nuestros actos cotidianos, desde lo cercano y diario se podrá transformar la realidad».

Decíamos que en la universidad este riesgo de desligar el compromiso social de su elemento transformador es particularmente preocupante. Efectivamente, no podemos pretender formar gigantes en lo profesional y enanos en su percepción de la injusticia. No debería ser precisamente la universidad la institución que, pudiendo formar cirujanos (capaces de diagnosticar las causas del mal, intervenir, hacer seguimiento y, finalmente, curar), invite a sus egresados, tras dotarles de las mejores herramientas técnicas, a que se dediquen a la cirugía plástica; es decir, a que maquillen el aspecto del problema sin pensar siquiera en solucionarlo.

Porque ¿vale con comprometerse con cualquier cosa? ¿Cualquier actividad voluntaria produce por sí misma resultados positivos? ¿No es necesario, per se, el elemento *transformador*? ¿O hacer algo entregándose generosamente es condición suficiente para garantizar un buen resultado? ¿No puede haber actividades de voluntariado que, paliando momentáneamente necesidades, contribuyan a afianzarlas?

¿Y no deben ser los universitarios, armados con las mejores armas de formación y análisis crítico de las que una sociedad puede dotarse, quienes se hagan estas preguntas con mayor profundidad?

Preguntas que, por cierto, serán relevantes también en su quehacer profesional futuro. ¿O todos los problemas profesionales que enfrentarán los alumnos formados en la universidad van a requerir únicamente de conocimientos técnicos? ¿No se les plantearán dilemas morales, problemas que requerirán de soluciones creativas, retos con implicaciones sociales?

Hay que educar para una ciudadanía activa y, como diremos más adelante, uno aprende a ser ciudadano ejerciendo como tal. Esta educación ética tiene tanta importancia como la profesional; no solo porque los futuros profesionales serán también ciudadanos, sino porque requerirán igualmente de ese bagaje moral en su desarrollo laboral. Como nos recuerda el profesor Esteban en la obra citada más arriba, «el maestro Aristóteles nos decía que de la misma forma sabe hacer veneno un médico que un asesino, la única diferencia es el objetivo con que ambos lo elaboran».

Queda pendiente una cuestión que no es precisamente menor: ¿cuál debería ser el contenido de esa formación ética que queremos brindar a nuestros alumnos universitarios? Lo cierto es que resulta relativamente fácil armar un discurso que se comprometa con una sociedad mejor. Basta con cuatro palabras: «Otro mundo es posible».

¿Pero cuál es ese «otro mundo»? Si hay un consenso en nuestra sociedad actual es que las cosmovisiones que han soñado en un mundo mejor han fallado estrepitosamente. No tenemos un plan, no hay un modelo hacia el que dirigirse. En este contexto, huérfanos como estamos de utopías en las que poner nuestras esperanzas, el autodenominado «liberalismo» (que en realidad es «neoliberalismo») se siente capaz de erigirse nada menos que en el abanderado de la justicia social: su modelo, afirman sus adeptos, es el que libera.

Pero el neoliberalismo deja fuera de la ecuación un elemento clave: reivindica un modelo de sociedad libre de injerencias externas, particularmente de las obligaciones colectivas impuestas desde el Estado, pero obvia que la sociedad en

la que vivimos no reconoce en la práctica la posibilidad de una libertad real para todos, en la que cada uno pueda ser dueño de su propio destino. Y si *no puedo* hacer algo, lo cierto entonces es que *no soy libre* de hacerlo.

Esta cosmovisión a la que hemos llamado neoliberalismo ha acabado penetrando en todos los espacios de nuestra sociedad y ha influido de hecho en todo el espectro ideológico. Ante esta perspectiva, e imbuidos como estamos de esta ideología instalada, ha decaído la capacidad de movilización social y transformadora: si no hay un plan al que apuntarse, si no se puede luchar por un mundo mejor, si de hecho este es el mejor de los mundos posibles, ¿qué motivos hay para hacer nada? Incluso si pensamos explícitamente en la construcción de una sociedad mejor y de un mundo más justo, solo alcanzamos a imaginar un horizonte en el que todas las personas dispongan de una capacidad de consumo equivalente a la nuestra. Nos cuesta pensar en alternativas.

En el discurso imperante todo es competencia, todo hay que ganárselo. Según esta lógica, reelaborada pero muy antigua, el que es pobre lo es porque se lo merece y, por lo tanto, cualquier acción voluntaria responde a un impulso personal de compasión, no a un imperativo ético de justicia. Un voluntariado de estas características, aunque sin duda es bienintencionado, pretende paliar las consecuencias, no incidir en las causas. ¿Cómo podría pretender atacar las causas, si estas son intrínsecas al desposeído o, como mucho, resultado de la fatalidad?

Parece claro que, si pretendemos formar futuros profesionales comprometidos con la realidad del otro y que apuesten por una sociedad inclusiva que ofrezca oportunidades reales a todos, tenemos un enemigo a batir. ¿Significa eso que la educación ética de la que estamos hablando tiene un componente ideológico? ¿Nos veremos compelidos, si apostamos por una educación universitaria integral que incluya la solidaridad, a convertirnos en abanderados de una opción política?

La respuesta es no, en buena medida porque la base misma de la reflexión ética que subyace a esta visión es la del valor intrínseco de una sociedad plural y diversa. Crear las condiciones para que *todos* puedan participar de forma efectiva y para que *todos* disfruten de los derechos que hemos puesto por escrito en diversos documentos no es una opción ideológica; o, mejor dicho, sí que lo es, pero es una opción ideológica transversal.

Así pues, la apuesta es la de educar en la preocupación por el otro, en la necesidad de incorporar el componente ético a la hora de tomar decisiones, en la percepción de la *existencia* del derecho del otro. Estos son principios que pueden defenderse desde cualquier lugar del espectro ideológico democrático. Y todo ello sin renunciar a un modelo de sociedad concreto: una sociedad justa y buena, inclusiva, en la que la libertad no sea una idea imposible de concretar para muchos.

En resumen, se trata de educar a nuestros alumnos universitarios en trascender el medro personal y hacerse cargo de lo colectivo, en asumir las necesidades del otro como un proyecto propio. Ignacio Ellacuría, SJ, rector de universidad y mártir por la causa de la justicia en El Salvador; lo resumió en estas expresiones: «hacerse cargo de la realidad» (caer en la cuenta de lo que sucede y de por qué sucede), «cargar con la realidad» (asumir que soy responsable de lo que suceda) y «encargarse de la realidad» (trabajar por el cambio social). Peter-Hans Kolvenbach, también jesuita y de hecho prepósito general de la Compañía cuando pronunció estas palabras en la Universidad de Santa Clara en el año 2000, consideraba que «la “persona completa” del mañana no podrá ser “completa” sin una conciencia instruida de la sociedad y de la cultura, con la que contribuir generosamente en el mundo tal cual es. La “persona completa” del mañana debe tener, por resumirlo, una solidaridad bien informada».

3. ¿Cómo son los estudiantes universitarios de hoy en día? ¿Cómo queremos que sean?

Las características sociológicas de la juventud, la de ahora y la de cualquier época, están en relación directa con la sociedad en la que se ha formado, con el contexto en el que vive y con sus expectativas de futuro. Podemos lamentarnos de la falta de compromiso social y solidario de los jóvenes de hoy en día (repitiendo, por otra parte, un discurso tan viejo como la humanidad), pero no podemos extrañarnos. Para tener una juventud comprometida, ¿no necesitaríamos tener una sociedad comprometida, una prensa comprometida, una universidad comprometida, una escuela comprometida, una familia comprometida? ¿Y qué decir de las instituciones públicas, de las empresas pequeñas, medianas y grandes, de los colegios profesionales, de la clase política?

Tenemos los mimbres que tenemos, aunque la responsabilidad de la universidad es tejer el mejor cesto posible con ellos; en definitiva, educar. En todo caso, ¿cuáles son esos mimbres?

3.1. Análisis sociológico de la juventud actual

En lo que se refiere a cuestiones relacionadas con la equidad y la justicia, el compromiso social de la juventud contemporánea es, a la vez, más difuso y más integrado que el de generaciones anteriores. La juventud actual, que ha crecido en un mundo unipolar en el que se afirmaba sin tapujos el «fin de la Historia» y que está impregnado de esa no-ideología «neoliberal» de la que hablábamos antes, no

crea en los grandes discursos políticos o religiosos ni construye sus cosmovisiones en torno a utopías sociales; de hecho, no existen cosmovisiones: las respuestas a las grandes preguntas no interesan porque las preguntas ni siquiera se plantean. Dicho esto, de forma aparentemente paradójica, los jóvenes de hoy en día se suman sin grandes resistencias a la denuncia contra las desigualdades injustas, que en general no consideran aceptables, y se agrupan con sinceridad en torno al eslogan que mencionábamos antes: «Otro mundo es posible». En resumen: los jóvenes actuales, incluyendo los universitarios, dan por hecho, al menos en teoría, una serie de valores relativamente nuevos (igualdad entre hombres y mujeres y entre etnias, ecologismo, rechazo de la violencia), pero no se adscriben a una ideología concreta ni tienen en su horizonte la participación en proyectos de cambio social.

Algunos hechos recientes, y en particular la movilización en torno al 15-M, parecen apuntar de alguna manera hacia un cambio de rumbo, al menos de parte de la juventud. El tiempo lo dirá. En todo caso, la misma reivindicación de los llamados «indignados» era difusa y transversal: se exigía más un nuevo modelo de participación en la toma de decisiones que un cambio de modelo social. Aunque quizá ese potencial nuevo modelo participativo supone un cambio mayor de lo que somos capaces de ver a día de hoy...

3.2. Posibles «productos» de nuestra educación universitaria

La preocupación por las características de la juventud actual es relevante: no podemos utilizar las mismas herramientas pedagógicas que en otras épocas con unos estudiantes que han cambiado mucho en su forma de ver el mundo y su percepción del presente y del futuro. Pero no debe ser nuestra única preocupación. Es importante cómo llegan nuestros alumnos a la universidad, pero es responsabilidad nuestra, al menos en parte, cómo salen de ella. En función de nuestro modelo educativo —que interactuará con las propias decisiones personales de los alumnos—, podemos lanzar al mundo profesional y a la vida diferentes perfiles de universitarios en función de su compromiso con la realidad de su entorno:

- El ignorante:

«No es inculta la piedra porque no acierte con las soluciones sino porque no tiene sensación de problemas».
(Ortega y Gasset, 1930, *Misión de la Universidad*)

Sería el universitario que, tras su paso por las aulas, vive completamente ajeno a los problemas del mundo y a las necesidades de su prójimo. En la lúcida expresión de Ortega y Gasset, recogida en el libro

de Francisco Esteban, estamos ante una piedra. Y es culpa, entre otros actores, de la universidad, que le dejó pasar por sus aulas sin abrir nunca las ventanas hacia el mundo exterior:

- El indiferente:

«El no ser consciente de lo que pasa a nuestro alrededor, o el serlo y no preocuparse por ello, que es todavía peor, no nos convierte en personas sino más bien en piedras».

(Francisco Esteban, 2004, *Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos*)

A efectos prácticos este universitario es otra piedra, solo que en este caso hay un elemento volitivo: él o ella decide vivir como si los demás no existieran pero sabiendo que existen. La responsabilidad es suya y de la sociedad en su conjunto, que no censura esta actitud y que incluso considera que hay algún valor moral en «no hacerle mal a nadie».

- El cínico:

«Pero, eso sí, los sicarios no pierden ocasión de declarar públicamente su empeño en propiciar un diálogo de franca distensión que les permita hallar un marco previo que garantice unas premisas mínimas que faciliten crear los resortes que impulsen un punto de partida sólido y capaz, de este a oeste y de sur a norte, donde establecer las bases de un tratado de amistad que contribuya a poner los cimientos de una plataforma donde edificar un hermoso futuro de amor y paz».

(Joan Manuel Serrat, 1983, *Algo personal*)

Un modelo peligroso, y lamentablemente común: conoce el discurso ético y lo retuerce, utilizándolo a su favor: Un modelo alternativo de cínico es el que reconoce públicamente la injusticia pero afirma estar convencido de que no tiene solución y con ello justifica su inacción.

- El tibio:

«Así, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca».

(Apocalipsis 3, 16)

Un «modelo» cada vez más corriente en nuestra sociedad. Ante la ausencia de grandes discursos a los que sumarse...

- El «buenista»:

«De buenas intenciones están llenos los panteones» (refrán mexicano).

Este universitario supone un fracaso del sistema. Como hemos dicho antes, el problema no es su compromiso ético, sino su incapacidad para analizar, diagnosticar y actuar sobre las causas de los problemas de su entorno.

- El comprometido:

«Hombre soy; nada de lo humano me es ajeno» (Publio Terencio Africano, 165 a. C., *El enemigo de sí mismo*)

El nuevo perfil profesional que demandan las empresas, la Administración pública y la sociedad en su conjunto es completamente distinto al del funcionario o el empleado clásico, capaz de ejecutar una función definida de una forma competente. Al profesional de hoy en día se le exige ser dinámico, adaptable, reciclable, analítico, propositivo, capaz de aprender de forma continua, innovador y responsable de sus ideas, decisiones y actos. Y ¿no le armamos mejor si le damos la perspectiva global? Un profesional como el descrito, ¿no necesita, sobre todo, saber *pensar*? ¿No necesita para ello conocer aquello en lo que piensa? ¿Y no necesita saber calibrar la consecuencia de sus actos, tener criterio propio y fundamentado? ¿Y no necesita, por último, tener conciencia de que es responsable de sus actos y que forma parte de un entramado en el que sus acciones también tienen consecuencias?

4. Modelos y prácticas pedagógicas para la promoción de una ciudadanía activa y solidaria

«Si queremos ciudadanos solidarios y voluntariamente comprometidos con la comunidad, deberíamos incorporar en la amalgama curricular universitaria contenidos educativos que formen en la interdependencia, y no en la independencia, que formen en la acción voluntaria y no en la acción interesada, que formen en la cooperación y no en la competición. En otras palabras, deberíamos abrir las aulas de la universidad y las puertas del campus universitario a la comunidad social, escuchar las voces de los más necesitados de esta y atenderlas con soluciones razonadas y racionales propias de profesionales con bagaje cultural» (Francisco Esteban, 2004, *Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos*)

A lo largo de los años que llevo trabajando en Comillas ocupándome de la promoción del voluntariado y de la participación social he escuchado en no pocas ocasiones decir a mi rector que la universidad no es una ONG.

No puedo estar más de acuerdo. Y es precisamente porque no es una ONG, sino una universidad, y dando por bueno —y hasta por intrínsecamente necesario, como venimos diciendo— que debemos fomentar el compromiso solidario del alumnado, este compromiso tiene que atarse a su experiencia de formación.

Una universidad que quiera fomentar seriamente entre su alumnado un compromiso ético profundo con el prójimo no puede quedarse en ofertar posibilidades de voluntariado *los jueves de 7 a 9*. Por el contrario, se echa una misión seria a las espaldas.

4.1. Educar en ciudadanía

Soy consciente de lo equívoco del término y sé que puede generar incomodidades. Soy el primero en lamentar que el término haya quedado marcado por la polémica y no pretendo provocar. Pero, más allá del contenido de la dicha asignatura, hay que educar en ciudadanía.

Vale decir que hay que educar en la preocupación por lo público, en el compromiso activo por la suerte del otro, en la construcción de una sociedad válida para todos. *Justicia, equidad, participación, derechos, solidaridad...* no pueden ser términos ajenos para un estudiante universitario.

Hay que educar, entre otras cosas, las conciencias. Conviene recuperar el sentido de comunidad e incluso el de familia humana; ser consciente de que existe una responsabilidad colectiva; aprender que hay que compartir porque es lo justo... Recuperar una visión en la que la suerte del otro sea tan relevante como la propia, una actitud ética en la que lucho por intereses ajenos porque los vivo como propios. Y no como una opción enmarcada en mi quehacer individual pero completamente excluida de la forma en la que trabajo, en la que consumo, en la que negocio... Hay que descubrir que el bienestar propio está ligado al bienestar de los demás.

Esta labor es sobre todo una labor de aula. Venimos afirmando que el docente universitario no puede ser ajeno a las cuestiones morales o éticas que planteen los contenidos curriculares que imparte. Ya es hora de poner un ejemplo:

Imaginemos a un profesor de una facultad de Ciencias Empresariales que enseña a sus alumnos el marco legal en el que se mueven las sociedades mer-

cantiles. Tendrá que explicarles, por ejemplo, las leyes que rigen la competencia y por qué la norma establece límites al abuso de posición dominante. Tendrá que hablarles de los derechos de propiedad industrial, que protegen las inversiones en innovación y luchan contra el espionaje. Tendrá, en fin, que enumerar y explicar la legislación que afecta a las empresas, pero también cuál es el motivo por el que existe cada norma.

En este marco, nuestro hipotético profesor podría dar un paso más allá. ¿Por qué explicar solo la legislación existente? ¿Por qué no decir que muchas personas y colectivos consideran que los costes del transporte de mercancías no están computando las llamadas «externalidades medioambientales», es decir, el coste de la degradación de nuestro entorno? ¿Por qué no explicar que, igual que se protege la propiedad industrial, se podría proteger un bien público como el medio ambiente, y esto a favor sobre todo de las generaciones futuras?

4.2. Educar en el conocimiento de la realidad

Para llegar al compromiso con *algo* hay que sentirse responsable de ese *algo*, de cabeza y de corazón. Y para eso hay que conocerlo. Hace falta un aprendizaje práctico, tocar la realidad, meter los pies en el barro.

La universidad tiene herramientas más que suficientes para derribar los muros de la academia y promover a la vez un aprendizaje académicamente relevante y socialmente comprometido. Las prácticas curriculares, cada vez más relevantes, son un espacio privilegiado: no todo tienen que ser despachos prestigiosos o firmas exitosas, también cabe aprender de la mano de ONG o de empresas del tercer sector. Igualmente, los trabajos de investigación pueden ligarse a necesidades reales del entorno universitario: estudiar la realidad y enfrentarse al reto de encontrar soluciones de la mano de personas reales con necesidades reales no disminuye el aprendizaje, probablemente lo aumenta. Y, a la vez, se forma en el compromiso.

4.3. Educar en el conocimiento y el uso de las herramientas para el cambio

Con lo dicho hasta ahora no es suficiente: uno puede sentirse responsable de algo y tener la percepción de que carece de las herramientas para cambiarlo. El voluntario (y el profesional) necesita formación, acompañamiento y orientación. Y no solo respecto de la «técnica», sino también de la «cosmovisión», del objetivo a alcanzar con su acción solidaria, del análisis de las causas. El voluntario debe

sentirse parte de una estrategia con sentido, saber lo que hace, para qué lo está haciendo, dentro de qué estrategia, en el marco de qué visión de las cosas.

Cualquier voluntario, pero con más motivo el voluntario universitario.

Preguntas

1. ¿Cuáles podrían ser las estrategias para abordar conjuntamente una formación académica de calidad con una formación ética transformadora?
2. ¿De qué manera involucrar en estos procesos de transformación social a los jóvenes universitarios actuales?
3. ¿Qué riesgos asumiría una universidad que se involucrara a fondo en un modelo formativo que incluyera un proyecto de transformación social?
4. ¿Qué ventajas tendría este modelo para la propia universidad? ¿Y socialmente?

5. Solidaridad joven y mundo educativo. El vínculo social con universidades

Yolanda Ruiz Ordóñez

Vicerrectora de Estudiantes y Acción Social. Universidad Católica
de Valencia «S. Vicente Mártir»

Resumen

La intención de este trabajo es analizar la situación de los jóvenes en el ámbito universitario, poniendo de manifiesto la íntima relación existente entre la adquisición de conocimientos para ejercer debidamente la profesión y al mismo tiempo disponer y practicar los valores fundamentales de la persona humana, teniendo en cuenta siempre las necesidades de la sociedad. Para ello se expone en primer lugar la relación dialógica de los jóvenes en el ámbito universitario, luego se fundamenta dicha relación de solidaridad en la caridad de Cristo y se refuerza con la narración de una experiencia de voluntariado vivida en la universidad. Finalmente, se presenta una propuesta basada en la nueva evangelización con el fin de poder ayudar a profundizar el vínculo social de los jóvenes con la universidad en las ver-

tientes más sensibles hoy en día, atendiendo a la llamada del lema de la JMJ 2011: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (Col 2, 7).

Palabras clave: Solidaridad, gratuidad, voluntariado, don, universidad, justicia, evangelización.

Abstract

The intention of this work is to analyse the situation of young people in the university field, showing the intimate relation existing between the knowledge acquisition to practice their profession and at the same time to have and practice the fundamental values of human being, always taking into account society needs. For that, it is stated in first place the dialogical relation of young people in university field, after such relation of solidarity in Christ charity and it is strengthened with the explanation of an experience of volunteering lived at university. Finally, a proposal is introduced based on the new evangelization with the aim of helping to go in depth in the social link of young people with the university in the most sensitive aspects today, paying attention to the YWD motto of 2011 «Rooted and Built Up in Jesus Christ, Firm in the Faith» (Col 2, 7).

Key words: Solidarity, free-of-charge, volunteering, gift, university, justice, evangelization.

I. Poniendo en valor el vínculo dialógico

I.1. El hombre como imagen de Dios

Solidaridad, juventud y universidad son términos habituales y bien conocidos en el mundo de hoy, pero expresan realidades y relaciones que bien merecen ponerlas en el valor relevante que les corresponde. Curiosamente forman una relación trinitaria que, sin duda alguna, nos recuerda la imagen de Dios en el mundo, pues la infinitud de la esencia divina, inabarcable para nuestra pequeña mente, se despliega en la comunión de las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, poniéndonos de manifiesto que cuanta más carga de solidaridad y comunión pongamos en todos los proyectos a lo largo nuestra vida, más nos vamos acercando a Dios, es una regla muy fácil para conocer nuestro estado de cercanía o alejamiento del Creador. Reflexionando sobre la belleza trinitaria, el cardenal C. M. Martini considera al hombre «creado para dedicarse a otros, para vivir por otros; de no ser así, se encierra dentro de sí mismo y acaba marchitándose. El hombre es reflejo de la imagen de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo» (Martini: 1998, 474). Es, pues, en la imagen trinitaria divina donde se fundamenta el concepto cristiano de solidaridad y que aparece muy bien recogido en la Doctrina Social de la Iglesia.

I.2. La Iglesia «mira a los jóvenes con confianza y amor»

¿Y la juventud? Es la etapa donde casi siempre se tejen los grandes proyectos de futuro y se ponen la inteligencia y el corazón en pos del desarrollo de los valores y derechos humanos. Se camina con ilusión en busca de la verdad, el amor, la justicia y la paz. Se hacen sinceras propuestas y generosos esfuerzos para erradicar el hambre del planeta mediante la justa distribución de los bienes, desterrar para siempre las guerras y la violencia haciendo uso de la razón en la resolución de todo tipo de conflictos y generar un clima de convivencia y fraternidad. En el *Mensaje a los jóvenes* del Concilio Vaticano II se destaca su gran responsabilidad: «Vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia». Y, además, la Iglesia les invita a poner solidariamente sus energías al servicio de todos los seres humanos y los «mira con confianza y amor». A su vez, Benedicto XVI en el prólogo del *Youcat* de la JMJ 2011 les anima a disponerse a «estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder

enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión», y recuerda a los jóvenes: «Vosotros mismos sois el Cuerpo de Cristo, la Iglesia», pidiéndoles al mismo tiempo que tengan el coraje de introducir «el fuego nuevo y lleno de energía de vuestro amor en la Iglesia, por más que algunas personas hayan desfigurado su rostro».

1.3. Universidad: «la casa donde se busca la verdad»

Por su parte, la universidad es el ámbito de la búsqueda sin término de la verdad y la mejora y ampliación del conocimiento humano de tal manera que se le posibilita al hombre incrementar las esferas del saber, ensanchar su mundo y darle sentido a la vida. El Papa recordaba a los profesores universitarios en la basílica de San Lorenzo de El Escorial: «En el lema de la presente Jornada Mundial de la Juventud: *Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (Col 2,7)* podéis también encontrar luz para comprender mejor vuestro ser y quehacer. En este sentido, y como ya escribí en el *Mensaje a los jóvenes* como preparación para estos días, los términos *arraigados, edificados y firmes* apuntan a fundamentos sólidos para la vida». Y luego se pregunta dónde encontrarán los jóvenes dichos puntos de referencia en nuestra sociedad y exhorta al profesorado universitario a tener siempre presente que la universidad es «la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana» y resalta lo importante que es la misión de transmitir ese ideal universitario. Con ello está abriendo la puerta para que los jóvenes descubran en las aulas universitarias, además de la verdad, también los valores fundamentales de la persona humana y especialmente en la invitación a que «no se puede seguir a Jesús en solitario» (Benedicto XVI, Homilía en la Misa JMJ, aeropuerto de Cuatro Vientos). En la historia, encontramos cercana esta reflexión con las posturas humanistas del «hombre soy, nada humano me es ajeno» de Terencio, o al «no se accede a la verdad si no es a través del amor» de San Agustín, y más recientemente al pensamiento de V. Frankl de que el sentido de la vida propia se encuentra «ayudando a los demás a encontrar en sus vidas un sentido». Y nos aleja de las concepciones que conciben al ser humano enfrentado al otro, como en el «homo homini lupus» de Hobbes, en la lucha de clases de Marx y Engels o en «l'enfer c'est l'autre» de Sartre. En el pensamiento cristiano, la relación de los seres humanos se concibe y explica como un vínculo o diálogo de amor capaz de ver el rostro de Cristo en el otro ser humano. Y es esta relación dialógica la que pienso debe reinar entre la juventud en la universidad porque pone de manifiesto que seguir los caminos de la verdad conlleva al mismo tiempo estar atentos y abiertos a los demás compañeros y también al Creador. Entendido de esta manera, el vínculo social de los jóvenes con la universidad debe manifestar los sólidos valores de solidaridad y gratuidad a nuestra inestable sociedad, fascinada por el poder, la riqueza y el éxito, pero olvidada de la admiración hacia las conductas humildes, justas y honestas.

A este respecto, J. H. Newman (1996: 81-83) habla del «círculo del saber» para indicar la interdependencia existente entre las diversas ramas del saber; pero advierte que solo Dios tiene relación con la totalidad de lo real y, por consiguiente, eliminar a Dios significa romper dicho «círculo del saber». Mensaje este que Benedicto XVI transmitiría a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica (lunes, 7 de febrero de 2011), insistiendo en que «desde esta perspectiva las universidades católicas, con su identidad muy precisa y su apertura a la totalidad del ser humano, pueden realizar una obra valiosa para promover la unidad del saber orientado a estudiantes y profesores a la *Luz del mundo, la luz verdadera que alumbra a todo hombre (Jn 1,9)*».

2. Fundamentos de la solidaridad

2.1. El principio de gratuidad

La solidaridad, sin duda, hunde sus raíces en la gracia o gratuidad. Solo nos basta contemplar la Creación: el inmenso universo lleno de galaxias, cada una de ellas repleta de estrellas y, observando nuestro planeta, admiramos las maravillas de los montes, los ríos, las selvas y los mares. Todos ellos pregonan, como le gustaba recordar a S. Agustín, que «Él nos ha hecho». Ahora tendemos la mirada a los seres humanos, y en la imagen armoniosa de la persona humana se refleja la comunión existente en todas las cosas que, como decíamos antes, radica en una relación trinitaria. Significa ello que el sentido de la comunión atraviesa todo lo creado, de manera que nada ni nadie puede existir aisladamente y todo necesita del otro para permanecer en la existencia. El Concilio Vaticano II nos dice: «Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (GS, 32). A veces nos hacemos preguntas respecto a que si cometemos pecados o no nos comportamos bien con Dios y queremos pedirle perdón para recuperar su amistad y su amor; ¿no sería más correcto confesarnos directamente con Dios? ¿Por qué tenemos que contarle nuestras miserias a otro hombre para que nos perdone Dios? Podemos aquí percibir con claridad el sentido de la confesión, pues lo mismo que para venir a la vida necesitamos de los otros, para lograr el desarrollo de nuestro proyecto humano indudablemente hemos de contar con los demás; también para recibir el perdón de Dios necesitamos recurrir a otro ser humano, en este caso a los representantes de Cristo en la Tierra, e incluso cuando partimos de este mundo necesitamos el recurso de los demás. Y seguimos, de acuerdo con el dogma de la Comunión de los Santos, en un intercambio de gracias y bienes.

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II leemos: «A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones *específicamente cristianas* de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la *imagen viva* de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor; y por él se debe estar dispuesto al sacrificio, incluso extremo: «dar la vida por los hermanos» (1Jn 3, 16)» (SRS, 40). Claramente nos está mostrando que la solidaridad tiene sus raíces en el concepto cristiano «Dios es amor» (1Jn 4,8), de modo que quien participa de la fe y esperanza cristianas no puede menos, «si quiere ser auténticamente humano, [que] dar espacio al *principio de gratuidad* como expresión de fraternidad» (CV, 34). El Creador, por tanto, nos ha dejado escrito este principio en su creación y en su revelación.

2.2. El gran acontecimiento de la Encarnación de Jesús

Benedicto XVI, en la Audiencia General del miércoles 9 de enero de 2013, insiste en la trascendente importancia que tiene la Encarnación de Jesús con la siguiente reflexión: «*El Verbo se hizo carne* es una de esas verdades a las que estamos tan acostumbrados que casi ya no nos asombra la grandeza del acontecimiento que expresa. Y efectivamente en este periodo navideño, en el que tal expresión se repite a menudo en la liturgia, a veces se está más atento a los aspectos exteriores, a los “colores” de la fiesta, que al corazón de la gran novedad cristiana que celebramos: algo absolutamente impensable, que solo Dios podía obrar y donde podemos entrar solamente con la fe». Ciertamente, si nos detenemos a pensar en la verdadera realidad de quién es Jesús, Hijo de Dios y, como tal, Creador de todas las cosas, vino a nuestro mundo, caminó por las tierras de Palestina, predicó el mensaje de salvación para todos los hombres, siendo inocente fue condenado y crucificado, pero en sus manos tenía todo el amor; toda la razón y, por supuesto, todo el poder; y con un ligero gesto suyo, con una tenue mirada o con unas breves palabras podría haberse librado de todos los que le ajusticiaron y le llevaron a la cruz; más aún, podría haberlos destruido y eliminado. A este respecto, ¿qué habríamos hecho cada uno de nosotros si nos hubiéramos encontrado en esa circunstancia y con esa misma naturaleza? A Jesús ni por asomo se le ocurrió recurrir al poder o a la venganza o a la destrucción; al contrario, aceptó fielmente el destino que le había trazado el Padre y con un inmenso gesto de generosidad y amor proclamó: «Perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Tiene razón Benedicto XVI cuando nos dice que hemos perdido la capacidad de asombro y de admiración ante el hecho de que Jesús, Hijo de Dios, tomara parte de nuestra historia y de nuestra carne: misterio este que por mucho que lo meditemos nunca llegaremos a comprender plenamente cuán grande

es «la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (Ef 3,18). Es en la encarnación, crucifixión y resurrección de Jesús por amor al hombre donde se hace visible de una manera transparente a todos los ojos el don de la gratuidad, es decir, la gracia de Dios que lo inunda todo y, como se expresa en el libro de Jeremías, nos seduce por la atracción generosa del Creador: «Me has seducido, Yahveh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido» (Jr 20, 7). S. Agustín lo denomina la *delectatio victrix* poniendo el énfasis en que las criaturas son seducidas libremente y sin coacción alguna por la fuerza poderosa de la gracia de Dios.

2.3. Ejemplos de gratuidad

También en la historia de la vida y pensamiento humanos encontramos multitud de ejemplos personales, como los de S. Francisco de Asís, Martin Luther King o la Madre Teresa de Calcuta. Y en el ámbito de conocimiento sucede lo mismo. Bernanos repetía innumerables veces que «todo es gracia». Sócrates consideraba admirable enseñar gratuitamente a los jóvenes a pensar y recriminaba a los sofistas porque cobraban dinero por sus lecciones (Platón, 1995: 24-25). Einstein en 1931 invitaba a los estudiantes en un discurso pronunciado en el Instituto Tecnológico de California a tener presente que «la preocupación por el mismo hombre y su destino debe siempre constituir el interés principal de todos los esfuerzos tecnológicos [...] con la finalidad de que las creaciones de nuestra mente sean un beneficio y no una maldición para la humanidad. Nunca olviden esto en sus diagramas y ecuaciones». Torralba expresamente sitúa el ejercicio de educar en la lógica del don insistiendo en que «lo propio de un educador, sea cual sea su condición, nivel, esfera o ámbito de intervención, es dar lo que sabe, lo que conoce, lo que ha aprendido a lo largo de su vida a sus oyentes, a sus receptores con el fin de que tal transferencia de conocimientos, saberes, lenguajes y habilidades sea fecunda en el proceso de su construcción personal» (Torralba, 2011: 117-118).

Desde la época moderna estamos acostumbrados a concebir la ciencia y el conocimiento como descubrimiento de las leyes de la naturaleza para dominarla. Así, en el *Discurso del método*, Descartes, tratando de explicar las nociones y causas de todas las cosas, nos dice que si pudiéramos encontrar un medio para conocerlas «como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podríamos aprovecharlas del mismo modo en todos los usos a que sean propias, y de esa suerte hacemos como dueños y poseedores de la naturaleza» (Descartes, 1970: 68). En la vida cotidiana se suele admirar a los hombres de poder y riqueza, aunque sean injustos y acaparadores de bienes, ocultando la auténtica admiración por los hombres justos, honrados y humildes alejados de la actitud de dominio sobre los demás seres humanos. Esta visión «fomentadora de la justicia y la honestidad, acentúa todos los aspectos del don, de la gratuidad y de la solidaridad, tal como

lo desarrolla de manera brillante la encíclica *Caritas in veritate*, en el capítulo tercero «pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don. La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad. El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente» (CV, 34). Dicha concepción no impide el desarrollo ni la investigación ni el progreso, todo lo contrario, busca conocer todos los ámbitos del saber pero teniendo siempre presente como núcleo fundamental el ponernos a disposición del bien común siendo capaces de alejar la perspectiva meramente mercantilista para entrar en un enfoque más amplio que dé cabida a la solidaridad fraternal de la existencia humana. ¿Cómo lograrlo? Cuando a Aristóteles le preguntaban cómo llegar a ser uno virtuoso, él respondía que mirando a los hombres virtuosos y ejercitando la virtud. El cardenal Martini dice: «Estas actitudes se traducen, en lenguaje humano, con las palabras *humildad* y *amor*, que por ello son el signo de la Trinidad. Y Jesús, al enseñarnos a vivir con humildad y amor pone en el mundo el signo de Dios trinitario» (Martini, 2011: 110).

Este don de la gracia y gratuidad debe emparar todas las relaciones de la juventud en el itinerario académico y personal porque conllevaría una formación integral de los estudiantes.

3. Ser solidario en la universidad

3.1. El objetivo de la universidad católica

La universidad está inserta en la sociedad y, por tanto, sujeta a constantes cambios. En este sentido, debe estar atenta y no dejarse llevar únicamente por el progreso tecnológico y por una ciencia dirigida exclusivamente a dicho progreso, pues toda universidad católica debe desarrollar su misión en un proyecto educativo cristiano que esté comprometido con el mundo actual y vele por la formación integral de los estudiantes. La constitución apostólica sobre universidades católicas nos dice: «El objetivo de una universidad católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura (ECE, 13)». Desde este marco, queda patente que la misión de la universidad es educar, formar y aprender a vivir en una sociedad donde impera una escala de valores a veces ajenos e incluso contrarios a la misión que debemos promover. Y, por eso, es un reto universitario que todo estudiante aprenda a ser, a mejorarse logrando una formación integral. La educación universitaria debe impulsar conductas en las que el alumno sea capaz de entender y situar la solidaridad como un valor prioritario que supere actitudes y enfoques

individualistas y egoístas. Se requiere, pues, formar ciudadanos íntegros y capaces de configurar una percepción de la vida y del mundo en la que la dimensión intelectual no se sienta desligada de la moral. La *Ex Corde Ecclesiae* nos indica: «En una universidad católica, por tanto, los ideales, las actitudes y los principios católicos penetran y conforman las actividades universitarias según la naturaleza y la autonomía propias de tales actividades. En una palabra, siendo al mismo tiempo universidad y católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital (ECE, 14).

Este planteamiento implica desarrollar y poner en práctica una antropología que fomente la humanización, pues nunca debemos perder de vista los valores de la rectitud, honestidad y sinceridad demandados por una ética personal. Esto lo explica muy bien Agustín Domingo Moratalla, que, comentando el concepto de solidaridad en la encíclica SRS de Juan Pablo II, dice: «Una ética de la solidaridad se transforma en una *cultura de la solidaridad* en la que siempre será importante la distinción entre *ser* y *tener*. Si se llega a identificar el ser con el tener —continuamente— más, se corre el peligro de olvidar el necesario parámetro interior del desarrollo, haciendo que la cultura sea un puro adorno de consumo y dominará la barbarie informada únicamente acerca de las posibilidades y tácticas de tener-más-quemando-etapas» (Domingo Moratalla, 2000: 123).

Podemos afirmar que la universidad tiene la misión social fundamental de formar a personas íntegras y favorecer la aplicación de los valores a conductas concretas. En este sentido, para lograr la formación de dichas personas íntegras es importante trabajar desde los contenidos, pero tal vez sea más relevante desde la caridad y el amor, capaz de favorecer la rectitud de conciencia y de abrirse a los demás. Así lo ratifica Benedicto XVI en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* del 1 de enero de 2012: «Todo ambiente educativo debe ser un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior; y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna».

3.2. Una experiencia: voluntariado en la Universidad Católica de Valencia

Recurriendo ahora a mi experiencia universitaria, como vicerrectora de Estudiantes y Acción Social, he observado la importancia que tiene en la educación fomentar en los estudiantes un deseo de formarse y adquirir aquellos conocimientos que les permitan ejercer con excelencia su profesión, y al mismo tiempo

crear espacios y encuentros en los que vivan la experiencia del don, de la gratitud y de la solidaridad. Un modo de propiciar estas experiencias en la Universidad Católica de Valencia es a través de la acción social y concretamente del voluntariado, entendido como un lugar de encuentro entre las personas de la comunidad universitaria y las personas que padecen cualquier forma de empobrecimiento, ya que se trata de responder al llamamiento de Benedicto XVI en la *Deus caritas est* cuando alude a la organización de la acción sociocaritativa (DCE, 29). Desde mi situación, quiero dejar patente que la identidad de la acción social en la universidad debe ser católica, universitaria y disponer de la acción sociocaritativa como motor principal de la conducta voluntaria. Es decir, se trata de intervenir en la realidad social con el fin de transformarla, y cuando nos referimos a la solidaridad saber que no solo aludimos a un «activismo» o «hacer sin sentido», sino más bien a «ser solidarios» desde la perspectiva del humanismo cristiano, que coloca siempre en primer lugar el valor y desarrollo del «ser» ante el «tener» y el de «ser junto a» antes que el «estar frente a».

Toda acción solidaria en una institución católica debe estar impregnada por su carácter de catolicidad y alimentada por la fe. De aquí que ha de ser el estudiante quien debe salir al encuentro de los más débiles y necesitados, proclamando la dignidad de cada hombre y abriendo nuevos caminos que conjuguen actividad profesional y amor auténtico. En definitiva, el eje fundamental de la acción social como ejemplo de solidaridad es la caridad de Cristo (Mt 25,35-36). Esta caridad debe llegar a toda la humanidad, tal como nos pide Juan Pablo II en la exhortación *Ecclesia in Europa*: «*el amor por todos los hombres fomenta auténtica solidaridad en toda la vida social. Cuando la Iglesia sirve a la caridad, hace crecer al mismo tiempo la cultura de la solidaridad, contribuyendo así a dar nueva vida a los valores universales de la convivencia humana*» (EE, 85).

Al mismo tiempo, hablar de solidaridad universitaria implica desarrollar la capacidad del estudiante de responder a desafíos y retos para que llegue a conocer la verdad sobre el hombre y sea capaz de comprender el sentido de solidaridad desde la interculturalidad tan presente en la sociedad actual. Por eso, la solidaridad se convierte en un estilo de vida que hace posible un encuentro que no excluye a nadie y que nos conduce hacia las personas que nos necesitan. Los agentes implicados son habitualmente la comunidad universitaria, formada por personal docente e investigador, personal de administración y servicios, y especialmente por el estudiantado. Y además debemos incluir a todas aquellas personas que sufren el empobrecimiento y la exclusión, de modo que cuando proponemos a nuestros alumnos que vivan una experiencia solidaria tenemos que hacerlo prestando atención a la realidad social para detectar las necesidades más sensibles a cubrir y dar respuesta. Esta postura lleva a conseguir que el joven universitario contribuya eficazmente a la transformación de la sociedad mediante la acción sociocaritativa.

Para que la solidaridad cristalice en la comunidad universitaria se deben ofrecer espacios formativos permanentes, al mismo tiempo, diversificados según las necesidades de los estudiantes o de sus ámbitos de actuación, de tal forma que si deseamos implementar un modelo solidario en la universidad siempre hay que considerar el proceso personal de los estudiantes jóvenes que ejercen la acción solidaria. Ello supone que atendamos a las diferentes realidades y que nos adaptemos a los nuevos métodos de intervención desde la dinámica de las organizaciones. A este respecto quiero destacar que cada curso académico realizamos para toda la universidad unas jornadas de voluntariado con el fin de sensibilizar, informar sobre los diferentes programas y formar a los estudiantes en la urgencia de atender las necesidades de las personas empobrecidas. Nuestro proceso formativo se complementa mediante otro tipo de cursos que les proporcionan herramientas y estrategias para poder afrontar su intervención sociocaritativa, atendiendo de modo particular a las necesidades planteadas desde cada una de las áreas de acción social local (infancia y juventud, prisión, discapacidad, inmigración, etc.) ofertadas en el voluntariado.

La experiencia solidaria puede realizarse tanto local como internacionalmente. Esto supone cuidar el itinerario formativo para aquellos alumnos que deseen vivir una experiencia internacional, puesto que la realidad a la que deben responder es sustancialmente diferente a la desarrollada en un ámbito local. Paralelamente, es preciso atender y acompañar de forma personalizada al estudiante que desea vivir una experiencia voluntaria, independientemente del ámbito de acción. Por esta razón, no solo se les atiende, sino que se les acompaña de modo vivencial para que aprendan a incorporar las experiencias de acción social y solidaridad en su desarrollo personal y espiritual, y también físicamente acudiendo con ellos al lugar de la acción voluntaria para concienciarles de la relevancia que tiene su intervención y de velar para que las tareas o acciones se desarrollen con el sentido y la eficacia correspondientes. Se realizan también diferentes acciones de sensibilización, como sesiones informativas en todas las aulas, exposiciones itinerantes en las diferentes sedes de la universidad, difusión en los medios de comunicación social, web y redes sociales.

En resumen, la Universidad Católica incardinada en la Diócesis sitúa la prioridad en los programas dirigidos a cubrir las necesidades propuestas por la Diócesis. Cubiertas dichas necesidades, se atiende a aquellos proyectos que, una vez evaluados en consonancia con la misión de la Universidad Católica, se consideren más apropiados.

Como ejemplos concretos quiero destacar la misión diocesana de Perú, cuyas acciones se desarrollan primordialmente en un colegio parroquial atendiendo a niños en el comedor, prestando refuerzo educativo, ofertando espacios de ocio y tiempo libre, y realizando acciones pastorales. Igualmente, se ofrece formación a los padres y al profesorado.

Otras acciones locales son las referentes a campañas ocasionales, como la participación en actividades deportivas con fines solidarios, la participación en la feria de primavera para niños y jóvenes con discapacidad, y la asistencia a la población reclusa en fechas significativas, como Semana Santa, Navidad y Reyes.

Con este conjunto de acciones solidarias creemos estar respondiendo sincera y adecuadamente a las peticiones de la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* concernientes a la promoción de la justicia social: «El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada universidad católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer. El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización» (ECE, 34).

4. Jóvenes, universidad y nueva evangelización

Después de haber reflexionado sobre la solidaridad y gratuidad guiada por los textos bíblicos y documentos de la Iglesia, al mismo tiempo que recurriendo a la experiencia enriquecedora del proyecto del voluntariado vivido en la Universidad Católica, me atrevo a ofertar con humildad una propuesta que ayude a profundizar el vínculo social de los jóvenes con la universidad. Y atendiendo a la llamada del Concilio Vaticano II, así como a la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, a la encíclica *Caritas in veritate* y a la invitación de nuestro arzobispo, Carlos Osoro, a los jóvenes en la *Carta* del domingo 18 de noviembre de 2012, pidiéndoles ser misioneros en todos los ámbitos de la vida. Esta propuesta se fundamenta en el principio básico «Dios es amor y fuente de gratuidad», que debe impregnar todos los ámbitos de la vida universitaria. Aquí trataré de aplicar este principio a algunas áreas o vertientes que considero fundamentales en la sociedad actual.

En el discurso de bienvenida en la plaza de Cibeles de Madrid, Benedicto XVI, al saludar a todos los jóvenes allí congregados, les exhortó a que escucharan las palabras del Señor para que sean para ellos «Espíritu y vida» (Jn 6, 63). Las palabras del Señor; sigue diciendo Benedicto XVI, son «raíces que alimentan vuestro

ser, pautas de conducta que nos asemejan a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz. Hacedlo cada día con frecuencia, como se hace con el único Amigo que no defrauda y con el que queremos compartir el camino de la vida». Este modo de vida es el que debe llenar todos los instantes de los jóvenes en la universidad, bien cuando desarrollan su capacidad de aprendizaje, su incansable búsqueda de la verdad, su cooperación y solidaridad con el resto de sus compañeros y con la sociedad. El lema de la JMJ 2011, «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (Col 2,7), recoge y expresa la misión evangelizadora de los jóvenes y al mismo tiempo ofrece seguridad y esperanza en el desarrollo de las tareas cotidianas, pues «al edificar sobre la roca firme —recuerda Benedicto XVI en el mismo discurso— no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz de Cristo sobre vuestros coetáneos y sobre toda la humanidad, mostrando una alternativa válida a tantos como se han venido abajo en la vida, porque los fundamentos de su existencia eran inconsistentes». Como señalé anteriormente, el soporte fundamental que debe sostener en la práctica el modo de vida de los jóvenes universitarios ante las realidades sociales es el principio evangélico de que «Dios es amor» (1Jn 4,8). «Si permanecéis en el amor de Cristo, arraigados en la fe, encontraréis, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, la raíz del gozo y la alegría. La fe no se opone a vuestros ideales más altos, al contrario, los exalta y perfecciona» (discurso de Benedicto XVI en la vigilia de oración de la JMJ 2011. Aeropuerto Cuatro Vientos). Este principio debe iluminar el escenario de los jóvenes en la universidad en todas sus vertientes, de las cuales analizaré brevemente algunas.

Búsqueda de la verdad. En el encuentro de Benedicto XVI con jóvenes profesores universitarios en la basílica de S. Lorenzo de El Escorial proclamaba que «la universidad ha sido, y está llamada a ser siempre la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia la que promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos porque en todo fue hecho (Jn 1, 3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado que ve al hombre como mero consumidor». De aquí se desprende una conducta clara de actuación para todos los jóvenes, puesto que cuando aprenden contenidos académicos, cuando investigan en la diversidad de las áreas de conocimiento, cuando dedican todos sus esfuerzos a lograr más y mejor conocimiento siempre deben estar guiados por la transparencia de la verdad sin dejarse llevar por actitudes reduccionistas o servilistas en torno a intereses personales, institucionales o ideológicos. Buscar la verdad es amar la verdad, es tratar de llegar a la esencia de las cosas, aunque, como nos señalaba Kant, nos va a resultar muy difícil,

pero se trata de establecer un diálogo con los buscadores de la verdad, profesores y estudiantes, en una conversación perenne que nos ayude a acercarnos lo máximo posible a la esencia de las cosas; más aún, los jóvenes universitarios no deben conformarse con adquirir contenidos académicos o comprender leyes o teorías científicas, sino aplicar también los conocimientos teóricos en un servicio generoso para solucionar necesidades de la sociedad. Es lo que se conoce hoy como aprendizaje servicio, una innovación metodológica que ayuda a mejorar el rendimiento académico al mismo tiempo que fomenta la educación en valores.

Relación fe-ciencia. A lo largo de la historia esta relación está llena de encuentros y desencuentros, incluso a veces de enfrentamientos, llegándose a hablar de ciencia versus fe y viviendo «el drama de la separación entre fe y razón», como lo califica la encíclica *Fides et ratio* de Juan Pablo II. Encontramos una esclarecedora luz en la constitución *Gaudium et spes* cuando nos dice: «Si por autonomía de lo terreno entendemos que las cosas y las sociedades tienen sus propias leyes y su propio valor; y que el hombre debe ir las conociendo, empleando y sistematizando paulatinamente, es absolutamente legítima esa exigencia de autonomía, que no solo la reclaman los hombres de nuestro tiempo, sino que responde además a la voluntad del Creador. Pues, por el hecho mismo de la creación, todas las cosas están dotadas de propia firmeza, verdad y bondad, y de unas leyes propias y un orden que el hombre está obligado a respetar; reconociendo el método propio de cada una de las ciencias o artes. Por eso, cuando la investigación metódica en todos los campos del saber se realiza en forma verdaderamente científica y conforme a las normas de la moral, nunca se opondrá a la fe, porque tanto las cosas profanas como las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios» (GS, 36). Nunca, por tanto, deben tener dudas los jóvenes ante posibles desavenencias entre el ámbito de la ciencia y la profesión de fe, pues no hay en ellas confrontación porque Dios es el Creador de ambas: son dos instrumentos que Dios ha puesto en manos del hombre para alcanzar la verdad del mundo y la verdad de la salvación; más aún, se complementan porque la fe ayuda a perfeccionar la razón y la razón también ayuda a profundizar la fe.

Humanismo. En la *Populorum progressio*, Pablo VI afirma: «Por su inserción en el Cristo vivo, el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental, que le da su mayor plenitud; tal es la finalidad suprema del desarrollo personal». Según Benedicto XVI, «este es el mensaje central de la *Populorum progressio* válido hoy y siempre» (CV, 18). De modo que el auténtico humanismo abarca la visión inmanente y trascendente de las cosas y de los seres humanos. Si cercenamos alguna de las dos partes, estamos desvirtuando la validez del verdadero humanismo, pues se debe contemplar tanto el plano natural como el plano sobrenatural. Es el hombre integral lo que debemos tener siempre presente y en el ámbito diario debemos convivir con la diversidad de culturas, lenguas y tradiciones de tal modo que se respeten siempre los derechos humanos.

Atención al entorno social: justicia, solidaridad e igualdad. El joven universitario vive en la sociedad con todos sus problemas, inquietudes y afanes. La nuestra es una etapa de crisis donde se pone el énfasis en la producción y el consumo, en ser el mejor y tener más éxito. Se admira a los ricos, dominadores y triunfadores. ¿Qué hacer? Pues sustituir la admiración anterior por otra fascinación o admiración: de personas con virtudes cívicas, del desarrollo de la solidaridad, la atención a los humildes y honestos, la lucha por la igualdad y la justa distribución de los bienes, el esfuerzo en la erradicación del hambre y de las políticas armamentísticas; en definitiva, como lo expresa muy bien la profesora Martha C. Nussbaum (2012: 40-43), se trata de sustituir la ética utilitaria por el desarrollo o logro de las capacidades o aptitudes humanas. De manera brillante lo resume Carlo M.^a Martini diciendo: «Cuando nos liberamos del egoísmo, de la búsqueda del éxito, del poder, de la gloria, y nos dedicamos a los demás, es cuando de verdad somos seres humanos» (Martini, 2011: 110).

La lógica del don. Teniendo presente el principio de que Dios es amor o caridad podemos afirmar que la experiencia de la gratuidad viene a ser un rasgo fundamental del ser humano, ya que mirando a Dios con claridad comprendemos que por gratuidad hizo todo lo creado, por gratuidad creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza, por gratuidad vino a visitarnos, amó, padeció, fue crucificado y resucitó. Como nos dice S. Pablo: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?» (1 Cor 4,7). Todo nos ha sido dado sin ninguna contrapartida, todo se nos ha entregado sin pedirnos nada a cambio, tal vez si reflexionáramos un poco nos maravillarían las cosas que nos rodean: recibimos el agua, la luz, el oxígeno y nada nos pide como intercambio. Este concepto de donación radica, como decíamos al principio, en la misma esencia de Dios que es comunión, y hacia la mayor lógica del don debemos tender porque nos lleva a una mayor perfección que abarca a todo el ser humano. El profesor Torralba sostiene que «la lógica del don es una posibilidad enraizada en el ser humano, una potencia que mana de su naturaleza, porque él es don, está hecho para el don y su plenitud radica en el acto de darse» (Torralba, 2011: 93). La lógica del don no anula la justicia equitativa ni distributiva ni tampoco la regla de oro del *do ut des*, sino que lo complementa y lo amplía de manera que se haga uso de la sobreabundancia que permite «superar la estrechez de la lógica de la equivalencia» (Torralba, 2011: 148).

5. Conclusión

Sin duda alguna, el vínculo social de los jóvenes con el mundo educativo y concretamente con la universidad debe estar presidido por el principio «Dios es amor» para iluminar las mentes en busca de la verdad y guiar los corazones en pos de ver siempre en el otro ser humano la imagen viva de Cristo. Y mantenién-

dose «firmes en la fe», la Palabra de Dios les ayudará a comprender mejor los contenidos académicos y a discernir con claridad las necesidades del entorno en el que desarrollan sus actividades.

Ello les motivará a poner su inteligencia y sus valores a favor de una sociedad más justa, más pacífica y más solidaria en la que los bienes materiales, culturales y espirituales no queden encerrados en un grupo minoritario o parte de la humanidad, sino que lleguen a todos los hombres y mujeres de la Tierra en igualdad de oportunidades, de tal manera que seamos capaces de percibirnos como un cuerpo místico en el que sintamos las penas y alegrías de los demás como nuestras y donde todos logren el pleno desarrollo de sus capacidades, derechos e ilusiones.

En definitiva, que hagan realidad el pensamiento antes citado de V. Frankl de que «el sentido de la vida propia se encuentra ayudando a los demás a encontrar en sus vidas un sentido».

Preguntas para ayudar a reflexionar

1. ¿Consideras que en el ámbito universitario expresamos habitualmente con claridad nuestras creencias cristianas o tal vez las ocultamos por miedos sociales o intereses personales?
2. Partiendo de haber superado ya el drama de la separación fe-razón, ¿cuáles serían los modos de actuar para que la fe ayudara al progreso científico y, a su vez, la ciencia contribuyera a profundizar más en la fe?
3. Las experiencias de acción social y solidaridad ofertadas en el itinerario formativo de tu universidad, ¿responden a la llamada de la Nueva Evangelización?
4. Teniendo en cuenta la realidad social española con tantos desempleados y la alta tasa de estudiantes egresados en paro, y con el fin de ser coherentes y practicar la solidaridad y la lógica del don para mejorar la situación, ¿qué propuestas y medidas crees que debería hacer la universidad y el alumnado en este momento?

Referencias bibliográficas

BENEDICTO XVI (2006): *Deus caritas est*, Madrid: San Pablo.

— (2009): *Caritas in veritate*, Madrid: San Pablo.

- Concilio Vaticano II. Constituciones, decretos y declaraciones*, Madrid: BAC, 1965.
- DESCARTES (1970): *Discurso del método*, Madrid: Espasa Calpe.
- DOMINGO MORATALLA, A. (2000): *Ética y voluntariado*, Madrid: PPC.
- «Einstein Sees Lack in Applying Science», *New York Times*, 17 de febrero de 1931, p. 6.
- JMJ Madrid 2011. Una aventura con Benedicto XVI*, Madrid: Ediciones Palabra.
- JUAN PABLO II (1987): Encíclica *rei socialis*, en *Encíclicas. Doctrina Social de la Iglesia* (1996), Valencia: ISE, pp. 83-151.
- (1990): Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*.
- (1998): Encíclica *Fides et ratio*, Madrid: San Pablo.
- (2004): Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, Madrid: Palabra.
- MARTINI, C. M. (1998): *L'amico importuno*, Bolonia: EDB.
- (2011): *La libertad de los cristianos según la Primera Carta de Pedro*, Basauri: Sal Terrae.
- NEWMAN, J. H. (1996): *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Pamplona: Eunsa.
- NUSSBAUM, M. C. (2012): *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*, Barcelona: Paidós.
- PABLO VI (1995): Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi. La evangelización del mundo contemporáneo*, Madrid: San Pablo.
- PLATÓN (1995): *Apología de Sócrates. Banquete. Fedro*, Madrid: Planeta DeAgostini.
- TORRALBA, F. (2011): *La lógica del don*, Madrid: Khaf.
- Youcat. MJM 2011*, Madrid: Encuentro.

6. El voluntariado joven en lugares de frontera

Alfonso de Maruri Álvarez

Univesidad Pontificia de Salamanca. Capellán de la cárcel de Topas en Salamanca

Resumen

Dada la situación económica actual, se necesitan voluntarios para trabajar en puestos que deberían ser ocupados por profesionales y dejar el voluntariado para otro tipo de tareas. Puede haber voluntarios de todas las edades, pero se necesitan voluntarios jóvenes que quieran comprometer su vida ayudando a los demás y pensando en los demás, sobre todo en los más necesitados. Cuatro tipos de voluntariado complicado, duro, «en la frontera» propongo en este trabajo: voluntariado de jóvenes con jóvenes, voluntariado en barrios marginales, voluntariado en la exclusión social, marginación y pobreza, y, por último, voluntarios en las cárceles con los reclusos.

Además de la tarea específica con las personas, expongo la necesidad de denunciar las estructuras sociales que permiten la pobreza, la exclusión y situaciones injustas. En el caso de las cárceles es necesario luchar para conseguir la rehabilitación de los reclusos y para que la cárcel no sea simplemente un absurdo lugar de castigo.

Palabras clave: Voluntario, voluntariado, exclusión, marginación, denuncia profética, cárcel, rehabilitación, acompañar, proceso, trabajo en equipo, formación permanente.

Abstract

Given the current economic situation, volunteers are needed to work in positions that should be held by professionals while volunteering is kept for other type of jobs. Volunteer people may be of all ages, but we need young volunteers who want to commit to use their life helping others and thinking about others, above all about those who are more in need. Four types of volunteering complex, hard, «in the border». I suggest this task: young people volunteering for young people, volunteering in marginalized neighbourhoods, volunteering in social exclusion, in marginalization and poverty and last, to volunteer in jail with the prisoners.

Apart from the specific task with people, I explain the need of reporting the social structures which allow poverty, exclusion and unfair situations. In case of jails it is necessary to fight and achieve the rehabilitation of prisoners and to manage to make prison not to be an absurd punishment place.

Key words: Volunteer, volunteering, exclusion, marginalization, prophetic report, jail, rehabilitation, accompany, process, team work, permanent training.

Considero que hoy por hoy en cualquier país del mundo es necesario que existan voluntarios. En países ricos los voluntarios se encargarán de tareas relacionadas con el medio ambiente, con aspectos variados y no absolutamente necesarios, por ejemplo, como hacen en Noruega, se encargarán de hospitales de focas, limpieza de bosques, etc. En países más pobres o empobrecidos el voluntariado tendrá que encargarse de tareas necesarias, incluso de necesidades primarias, por ejemplo atender a niños en hospitales, a ancianos en residencias, etc. Trabajos que deberían estar atendidos por profesionales y no por voluntarios, pero que mientras no haya medios para dichos profesionales, los voluntarios tendrán que hacer tareas de suplencia, estemos de acuerdo o no.

La suplencia terminará cuando nuestra sociedad tenga los medios suficientes, o se empleen bien, para pagar a los profesionales necesarios. Eso no significa que la tarea de los voluntarios no sea necesaria. Siempre tendrá que existir una amplia red de voluntariado, aunque su tarea sea distinta a la actual.

En el voluntariado cabemos todos: jóvenes, menos jóvenes y ancianos. Hombres, mujeres, ricos, pobres, nacionales, inmigrantes, religiosos, ateos, sanos, enfermos, trabajadores, en paro... Todos, absolutamente todos sin ningún tipo de distinción. Varios aspectos a tener en cuenta: cada uno ha de buscar su «nicho ecológico», es decir, el voluntariado en el que pueda desarrollarse como persona y ser verdaderamente útil. Otro aspecto es que su tarea de voluntario no le quite a nadie un posible puesto de trabajo.

Me voy a referir de manera especial al voluntariado juvenil. Y voluntariado en lugares de frontera, pero quiero partir de unos principios válidos para todos los voluntarios, tengan la edad que tengan y ejerzan el voluntariado en el lugar más fácil o más difícil. Voluntariado en general, aunque después entre con profundidad en algunos voluntariados muy complicados: «Voluntariado joven en lugares de frontera». Hablaré de voluntarios y de voluntariado sin añadir cada vez el calificativo *joven*. Naturalmente me dirijo en esta ocasión de manera especial a jóvenes voluntarios, aunque no exclusivamente.

Una cualidad clave en el voluntario es que predique con el ejemplo, es decir, que lo que diga lo haga y lo contrario, que lo que hace sea lo que dice. Lo podríamos llamar vida coherente y transparente. Un texto evangélico nos lo aclara:

«Le preguntan a Jesús: Maestro: ¿Dónde vives? Les dijo: Venid y lo veréis... Vieron dónde vivía y se quedaron con él»¹.

Malo cuando tenemos que dar muchas explicaciones. Simplemente «venid y lo veréis». El testimonio de vida es lo que más puede convencer a cualquiera,

1. Jn 1, 35-39.

más aún si hablamos de jóvenes. Lo que vieron aquellos discípulos del bautista les convenció y se quedaron con él. Posiblemente una larga palabrería no les hubiese convencido y hubiesen pasado de largo.

De lo anterior podemos sacar una consecuencia que considero importante: el voluntario ha de dar ejemplo de vida, por lo tanto el joven estudiante y voluntario ha de ser eso, estudiante y estudioso. La persona adulta trabajadora y si es casada buen cónyuge, buen vecino, buen ciudadano... No buscamos personas perfectas, simplemente personas coherentes que primero hagan sus obligaciones y después sean voluntarios coherentes en su vida y en su voluntariado.

«Si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te das cuenta allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda»².

Parafraseando el texto de Mateo podríamos decir: si no has hecho bien tus obligaciones, si has dejado enfadado a alguien de tu familia o de tus amigos, si no has cumplido tus obligaciones de estudiante, si no has terminado tu trabajo o lo has hecho mal, si ensucias tu ciudad, si no haces tus obligaciones en el piso de estudiante..., deja el voluntariado, haz bien lo que deberías haber hecho y cuando hayas terminado vuelve y sé un buen voluntario³.

Otro aspecto importante es tener en cuenta que nadie da lo que no tiene, por muy buena voluntad que tenga. El voluntario debe transmitir autoestima, lo veremos más adelante, alegría, ganas de vivir, coherencia, felicidad, capacidad de acompañar, de escuchar, etc. ¿Puede transmitir todo eso quien no lo tiene? Mi respuesta es no, o al menos no suficientemente bien. Ten autoestima, sé feliz, pero para los demás, no para ti mismo. Cuando yo era muy joven, hace..., había un programa en televisión que terminaba siempre con la misma frase: «Sed felices para hacer felices a los demás». No he olvidado nunca la frase y puedo asegurar que la he tenido en cuenta.

Dos aspectos más y terminamos con esta parte general del voluntariado. El voluntario ha de ser suficientemente sincero con él mismo como para reconocer que siendo voluntario se siente bien, siente una satisfacción interna, se siente feliz, aunque al mismo tiempo su tarea le suponga un trabajo, un sacrificio y a veces sea dura su función. Es lo mismo que la adopción de un niño, sin duda hace un bien al niño que va a recibir el cariño y la educación de una familia. Pero... esa familia se siente realizada por haber adoptado al niño. Ciertamente no lo hace solamente

2. Mt 5, 23-24.

3. En el número 139 de *Corintios XIII*, en las páginas 172 y 173, explico esto mismo con más detalle, es el caso del voluntario al que llamo esquizofrénico, que tiene una conducta prácticamente bipolar.

por el bien del niño adoptado. Casi nada en la vida es totalmente gratuito ni altruista, pero hay que reconocerlo. No me parecería válido que un voluntario buscase solamente su bien personal, sentirse realizado o volcase su afectividad con los que reciben su tarea, aunque todo eso suceda, pero no solamente eso.

Unido al punto anterior he de decir que el voluntario tiene que trabajar en equipo. Respetar las decisiones del grupo. Participar en la programación, toma de decisiones y reparto de tareas del equipo de la asociación a la que pertenezca. Tiene que participar en las reuniones y asambleas de la organización y hacer que su voz y opinión se oiga siempre para mejorar al grupo y su tarea. Asimismo, tiene que participar en las reuniones de formación que se establezcan. Cada voluntario es un pequeño engranaje dentro de la maquinaria del equipo de voluntariado, si una pieza, por pequeña que sea, se desajusta, la maquinaria no funciona o produce chirridos y roces innecesarios que terminarán con toda el funcionamiento adecuado.

I. Una frontera que no lo parece pero que sí lo es

El joven voluntario con los jóvenes. He aquí la gran dificultad: ser levadura en la masa, con el inconveniente de que la levadura es un polvillo que no se ve, a veces del mismo color y textura que la misma harina. Pasa desapercibida pero actúa, ya lo creo que actúa.

No sé si es por suerte o por desgracia, tengo mucha experiencia con jóvenes. He sido durante cinco largos años director de un colegio mayor en Salamanca. Ciento cincuenta chicos y chicas de 18 a 28 años con los que he convivido a todas horas, con los que en general me he llevado muy bien y con los que he hablado mucho. Mucho y de todo. Muchos años en campamentos volantes y campos de trabajo también con jóvenes, mis clases en la Universidad Pontificia, 130 cursos de monitor de tiempo libre... y muchas más actividades con jóvenes que me llevaría mucho tiempo detallar. Siempre me han aceptado y se han fiado de mí. Por eso han hablado conmigo de todo, sí, insisto, de todo y durante mucho tiempo. Una conclusión he sacado: están como ovejas sin pastor, sin guías, sin referentes. Se sienten incomprendidos por casi todos los mayores. Los mayores tampoco, en general, les comprenden a ellos. Es muy corriente que las personas mayores piensen que los jóvenes actuales son como ellos cuando eran jóvenes. Terrible error. No tienen nada que ver. Son mundos opuestos. También los mayores tienden a generalizar: «Todos los jóvenes son iguales». Mentira. Tan mentira como decir que todos los hombres son iguales o todas las mujeres

iguales o... Cada uno tiene su propia personalidad, cada uno busca su felicidad y frecuentemente no la encuentra, pero cada camino es distinto. Cada joven es distinto, con la adolescencia adelantada y atrasada, se es antes adolescente y se termina mucho más tarde que hace algún tiempo, pero cada uno distinto, único, irrepetible.

En esta situación solamente veo una salida válida: jóvenes líderes, formados, que quieran trabajar con jóvenes, estar con ellos, siendo unos jóvenes más en todo, en clase, en el piso o en la residencia y también en la fiesta. Esas fiestas que los mayores criticamos porque son excesivas: jueves, viernes, sábados y algunos los martes... Son excesivas, pero nos hablan de su frustración, de su vacío. La semana se divide en dos partes: de lunes a jueves muy aburrida, en clase, con los profes... y la felicidad aparente del fin de semana. ¡Fiesta!

En ningún caso se me ocurrirá decir que es malo ir de fiesta, lo mismo que no diré que es bueno... Depende del planteamiento y del «saber estar», como casi siempre sucede en todo.

Si uno vive con orejas y ojos bien abiertos y es capaz de interiorizar lo que vive, se da cuenta antes o después de que no existe nada totalmente neutro, menos aún la educación, ni nada que sea solamente bueno o solamente malo. Muchos jóvenes piensan que salir de fiesta es lo mejor de lo mejor. Otros, y sobre todo adultos, opinan que salir de fiesta es lo peor de lo peor. Insisto, ni lo uno ni lo otro.

Un cristiano es la persona que intenta vivir como Jesús vivió; actualizando la vida y la sociedad, distintas situaciones, 2.000 largos años después. Pero se trata de vivir como Jesús vivió. Las fuentes las tenemos en el evangelio. Hay un relato⁴ en el que Jesús, María y discípulos van a una boda a Caná de Galilea. Las celebraciones de las bodas judías duraban siete días: beber, comer, bailar. ¡Fiesta! Tanto debieron de beber los invitados que se les acabó el vino, lo cual suponía un ridículo espantoso para los novios. María se da cuenta y Jesús a regañadientes hace su primer milagro al convertir agua en vino. Se resolvió el problema. Que siga la fiesta. Si leemos el evangelio veremos que Jesús hace que haya 600 litros de vino más.

Conclusiones: ¿se puede ir de fiesta? Evidentemente sí, pero sabiendo estar. No conformándonos con no ser un borracho, ni un porrero, ni un broncas. Algo más difícil: sabiendo estar como hace María; se da cuenta de que hay un problema y llama a su hijo para que lo resuelva. ¿Cuántos problemas podemos nosotros

4. Jn. 2, 2-12.

detectar en las fiestas? Muchos y de todo tipo: bebida, peleas, sexuales, drogas... Todo eso se suele dar en fiestas y botellones cuando el alcohol ha desinhibido a unos cuantos, eso que los jóvenes suelen llamar «tener el puntillo». Los jóvenes, y no tan jóvenes, en esa situación, se sienten ¿libres? y hacen lo que en condiciones normales jamás harían. En esos momentos hace falta gente que sepa estar, que vea el problema y lo resuelva con ayuda de sus colegas que también saben estar. Como María, como Jesús y sus discípulos en Caná de Galilea. Esos son los jóvenes voluntarios que se necesitan.

¿Qué pretendo decir con lo expuesto? Muy sencillo. Hacen falta jóvenes voluntarios que desarrollen su voluntariado en ambiente de fiesta: discotecas, botellones, fiestas en pisos, guateques, naves alquiladas, etc. Jóvenes que «sepan estar» como María en la boda de Caná de Galilea. Que sepan ver los problemas y que con ayuda de otros, como Jesús, los resuelvan; impidan que alguien beba más de la cuenta, que otros se droguen, que una pareja lleve a cabo una rápida, absurda y vacía relación sexual en los servicios... Hacer que la fiesta, la diversión pueda ser sana, sin comas etílicos, sin perder el sentido. Que sea pura diversión, diálogo con los iguales, descanso de los quehaceres semanales, estar juntos y compartir, en definitiva, todo aquello que les haga crecer y desarrollarse como personas. Nada más... y nada menos.

En la misma línea, y tal y como decía más arriba, es necesario convencer a muchos jóvenes, insisto, no a todos porque no todos son iguales, de la necesidad de ser responsables, de que estudien, asistan a clase, se tomen en serio su carrera y no estudien para aprobar, sino para aprender. De nuevo jóvenes voluntarios, conscientes, pueden perfectamente organizar jornadas de profundización, de debate, de estudio organizado y compartido. Animar a otros a que asistan, a que se olviden de la división de la semana que antes hacían, a que intenten sacar el máximo jugo a la vida. Sin duda hay muchos profesores que ayudarían en esta tarea, desde el bachillerato hasta la universidad. Todo es proponérselo e intentarlo. Se trata de hacer ver que la juventud es un periodo privilegiado para formarse, para aprender, para ser útiles a la sociedad en un futuro muy próximo.

He llamado a este apartado «Una frontera que no lo parece pero que sí lo es» por la sencilla razón de que en otros mundos más conflictivos sí se encuentran jóvenes trabajando como voluntarios. A continuación hablaré de otras tres fronteras conflictivas: barrios marginales, el mundo de la exclusión social y cárceles. Siendo mundos fronterizos, duros, encontramos jóvenes. En el mundo de los jóvenes no he encontrado nunca voluntarios jóvenes que quieran trabajar con otros jóvenes iguales que ellos pero menos responsables. Frecuentemente el joven trabaja con niños, con ancianos, con enfermos, en comedores sociales, en muchos aspectos, pero no con otros jóvenes como ellos pero que necesitan de manera habitual o puntual su apoyo, una mano amiga a la que agarrarse en mu-

chas ocasiones. Muchos grupos juveniles creyentes o no frecuentemente forman su grupo cerrado en el que están muy bien entre ellos, muy calentitos, de ahí su nombre de «grupos estufa», pero casi nunca salen al exterior a encontrarse con otros jóvenes y su mundo.

2. Voluntariado en barrios marginales

También aquí una consideración previa: el voluntario que trabaja en estos voluntariados de frontera no puede limitarse simplemente a paliar determinadas carencias o problemáticas. Ha de ser un auténtico educador que, después de un largo proceso y siempre con una clara intención de educar, es decir, de insertar a los individuos con los que trabaje en la sociedad de una manera crítica, consiga que den el paso de lo que son a lo que deben ser. En ese paso del ser al deber ser se ha de centrar la tarea educativa del voluntario en barrios marginales, en la exclusión social, en cárceles y en general en mundos conflictivos. Pero, además de esta tarea educativa, ha de buscar el cambio de estructuras necesario para que no vuelvan a darse este tipo de situaciones que siempre son injustas. Es necesaria la denuncia profética y comprometida para que la sociedad tome conciencia de que no todo es como nos lo pretenden hacer creer nuestros dirigentes y medios de comunicación social. El enriquecimiento salvaje de unos lleva ineludiblemente a la pobreza de otros. Los que ocupan las capas sociales más altas en la sociedad siempre pretenderán hacernos creer que las cosas están bien como están, no sea que un cambio de estructuras les haga descender de su privilegiada posición. Para eso es necesaria la denuncia y el cambio de estructuras que nos lleve a una sociedad más justa y humana. Desde el mundo de la exclusión social esto se ve muy claro.

He sido bastantes años profesor de la carrera de Educación Social. Siempre he hablado de un trabajo muy difícil de llevar a cabo, aunque abunden los que se dedican a él, de manera frecuentemente desafortunada. Me refiero al educador de calle. Tal y como decía al principio, este trabajo debería ser remunerado, una profesión difícil pero necesaria. Dada la situación de escasez y penuria en la que nos movemos, es posible que en muchos casos deba hacerse como tarea de suplencia, pero tendiendo siempre a la profesionalización del educador de calle.

Podríamos poner un anuncio que dijera más o menos esto: «Se necesitan voluntarios para educadores de calle. No dispondrán de ningún local ni de especiales medios materiales. Solamente de su habilidad para encontrarse y entablar relaciones con jóvenes y niños excluidos de la sociedad en barrios marginales de

la ciudad de... (póngase el nombre que corresponda). La tarea a realizar será según las características de cada joven o niño, sin que se lleve nada preparado de antemano...».

Esa es la tarea del joven voluntario educador de calle: encontrarse con jóvenes o niños, entablar conversación, verse de cuando en cuando y a partir de ahí descubrir sus necesidades y hacer que el joven o niño también las descubra. Más o menos lo que Jesús hace con la Samaritana, ambos sentados junto al pozo de Jacob, en Sicar⁵.

¿Cuáles suelen ser esas necesidades? Múltiples y variadas. Desde el frecuentísimo fracaso escolar (el fracaso escolar suele ser el fracaso de la escuela, no el del alumno) hasta problemas con la Justicia, pasando por aburrimiento generalizado, familias desestructuradas, grupos de iguales que no enseñan nada bueno, contactos con el mundo de la droga, paro en los más mayores, etc. El educador de calle tiene que descubrir la problemática correspondiente y tratar de hacer que el joven o niño la descubra «por sí mismo», como la samaritana, y pida ayuda. En ese momento entrarán en juego otros voluntarios, no olvidemos el trabajo en equipo, para dar clases de apoyo, enseñar a hacer un currículo y a buscar trabajo, intentar que se matriculen en algún curso de búsqueda de empleo o de ciclos formativos..., a cada uno según sus necesidades.

En general es poco creíble el educador de calle que vive en otro barrio y «va por allí de vez en cuando». Lo ideal es que sea, sean, personas del propio barrio y realicen allí su tarea de acuerdo con el centro de acción social o con la parroquia o con la institución que sea, pero que esté enclavada en el propio barrio.

En la intervención educativa en casos de dificultad social, se suele hablar de tres niveles distintos:

- Intervención primaria o prevención.
- Intervención secundaria o frenar el posible deterioro.
- Intervención terciaria o rehabilitación.

Generalmente el voluntariado joven puede perfectamente intervenir en la prevención, que además es la más importante. Una buena prevención a tiempo evita llegar a las otras dos intervenciones, mucho más largas y costosas, en especial la rehabilitación. La intervención primaria es «evitar que se queme el bosque». Se suele decir que el bosque se apaga en invierno, es decir, en invierno hay que

5. Jn 4, 4-30.

mantener el bosque, los árboles limpios y los caminos sin hierbas, y mantener los cortafuegos. Así cuando en verano alguien tenga algún «descuido», no arderá nada. Mantener el bosque limpio no es caro y da trabajo a algunos jornaleros. Apagar el incendio forestal necesita grandes medios, bomberos, tal vez helicópteros, vidas humanas puestas en juego y cien años para que el bosque esté totalmente regenerado y como estaba antes del incendio. Prevenir el incendio es fácil y barato. Con jóvenes y niños es lo mismo, las tareas de prevención impiden males mayores y a veces problemas irresolubles. En cualquier sitio, pero sobre todo en barrios marginales, hacen falta jóvenes voluntarios que sean monitores de tiempo libre, animadores socioculturales e incluso educadores sociales para mantener ocupados a niños y jóvenes y para enseñarles qué hacer con su tiempo libre: deportes, actividades interesantes y útiles, actividades culturales y, sobre todo, recuperar el perdido asociacionismo juvenil. Todo esto es tarea de educadores de calle y de grupos de voluntarios que trabajen en equipo desde dentro del propio barrio, encarnados en la realidad. Insisto una vez más: denunciando las estructuras injustas que permiten la existencia de barrios marginales y excluyentes de la sociedad. El último paso, tal vez utópico, sería el fin de dichos barrios y la igualdad de todos los habitantes de la ciudad o pueblo. Al hablar de utopía, no puedo menos que recordar el mayo francés y su famosa frase: «Seamos realistas, pidamos lo imposible». Más arriba decía que el voluntario ha de ser educador y el educador, desde mi punto de vista, por definición ha de ser utópico.

Algo necesario es evitar el fracaso escolar. Es muy común que chavales que empiezan con absentismo escolar, conductas disruptivas que terminan con la ilegal expulsión de clase, no atender y por lo tanto no enterarse de nada, sobre todo de las asignaturas instrumentales, hace que el fracaso escolar llegue casi siempre, al no ser que algún maestro sea eso, maestro, y lo evite. Es en estos casos en los que se necesitan voluntarios que puedan poner al día a los chavales que se encuentren en esta situación. Es fácil conseguir que algunos universitarios voluntarios puedan dar clases a esos chavales y ponerles al día en las distintas materias. Un aviso, no se debe ser nunca como un espejo del colegio, es muy probable que el chaval tenga un auténtico rechazo a todo lo que le suene a escolar; repetir los mismos esquemas significará inevitablemente provocar el mismo rechazo. Aprender jugando, la cercanía con los chicos, saber «perder el tiempo» con ellos son claves para que aprendan con gusto.

La intervención secundaria y la terciaria necesitan profesionales de distintos campos: médicos, educadores sociales, pedagogos, psicólogos, terapeutas, etc., con ellos pueden trabajar también jóvenes voluntarios pero siempre a las órdenes de los profesionales de cada especialidad.

He hablado de jóvenes voluntarios en barrios marginales porque el trabajo que se me pide es precisamente ese: voluntariado joven en lugares de fron-

tera. No olvidemos, aunque no sea nuestra tarea en este trabajo, que, junto a los jóvenes y su voluntariado en barrios marginales, ha de haber un trabajo con familias desestructuradas de diversas maneras, con problemas de vivienda, paro estructural, etc. Yo solamente he querido tocar el posible trabajo de jóvenes con niños y con jóvenes, y en especial la figura del educador de calle, que repartirá juego entre otros voluntarios para paliar distintas necesidades y prevenir su aparición.

3. Marginación y exclusión social

El margen de un libro es lo que no vale, un trozo de papel en blanco que casi nadie utiliza, aunque algunos tengamos los márgenes de determinados libros llenos de notas muy útiles, pero en general lo que está al margen es lo que no vale, lo que no cuenta para nadie, o casi nadie.

En la sociedad hay muchas personas que están al margen, no cuentan, no valen para nada e incluso son molestas. Son los drogadictos, los que tienen enfermedades mentales, las prostitutas de la calle, los alcohólicos, a veces ancianos, enfermos crónicos, los sin techo, inmigrantes sin papeles abandonados a su mala suerte, exreclusos, etc. Hay barriadas chabolistas en las que estas personas ¿viven? sin las más mínimas condiciones de higiene, de servicios elementales, como puede ser la luz, el agua corriente, calefacción... A veces comen en comedores de servicios sociales o de alguna congregación religiosa, duermen cuando pueden en alguna casa de acogida y otras veces en la calle, en el exiguo espacio de un cajero automático o debajo de algún tejadillo que les cubra de la lluvia, aunque no del frío. Cuando pueden se meten en estaciones de ferrocarril o de autobuses, aunque casi siempre son expulsadas de estos sitios. Para protegerse de mala manera del frío están los cartones y alguna manta raída. Son personas que han llegado a esa situación por mil motivos diferentes, muchas veces, la mayoría, sin ser verdaderamente culpables: las estructuras sociales permiten y favorecen que existan estas personas que viven en esas situaciones de marginalidad y pobreza. En las circunstancias actuales el mundo de la marginación crece como consecuencia del paro estructural, de los desahucios y de una sociedad egoísta que mira cómo salvarse cada uno sin preocuparse de los demás.

En este mundo también se necesitan profesionales y voluntarios que luchen contra la exclusión social. De nuevo es necesaria la denuncia profética que haga ver a la sociedad que estas personas existen y no precisamente por casualidad. Lo primero que habrá que hacer es luchar para que puedan llevar una vida digna. Hacer ver a la sociedad, a instituciones y a ellos mismos que son personas con la misma dignidad que el que escribe estas líneas o que el que las lee. Ha-

blando a personas creyentes tendríamos que decir que estas personas son los Jesucristos con la cruz de la exclusión a costas a los que Dios ama infinitamente porque son sus hijos.

Los voluntarios, sería muy bueno que fuesen jóvenes, mientras no haya posibilidad de profesionales, se necesitan para pisos de acogida, habilitar edificios de administraciones locales o autonómicas, antiguas casas parroquiales y conventos en desuso, si la Iglesia es capaz de dejarlos... Lugares en los que se pueda vivir y tener unas mínimas condiciones de seguridad e higiene y un plato de comida caliente que llevarse a la boca. Voluntarios que les ayuden a organizarse para que sean ellos mismos los que hagan las tareas domésticas más sencillas y habituales, Voluntarios que ayuden a buscar nuevas soluciones que necesariamente tendrán que pasar por las soluciones colectivas para buscar un puesto de trabajo en el que sentirse útiles y ganarse un sustento pequeño o grande, pero que les haga creer en ellos mismos. Voluntarios que les ayuden a rehabilitarse, a tener autoestima, a salir a la calle limpios y sin llamar la atención, voluntarios que les acompañen en el durísimo trance de superar el síndrome de abstinencia, el «mono», como generalmente decimos. Voluntarios que sepan escuchar sin necesidad de dar soluciones, simplemente escuchar; estar; acompañar... Voluntarios que puedan solicitar en distintas entidades subvenciones y ayudas de todo tipo. Usando el manido tópico: voluntarios que no den el pez, sino que enseñen a pescarlo y hagan ver a todos que unos cuantos se están llevando todos los peces para que los que están al margen y en la exclusión sigan ahí y si es posible que nadie los vea para que no desentonen en la sociedad establecida. Voluntarios que puedan gritar con gargantas jóvenes y potentes en contra de la criminalización de la pobreza y se hagan oír en todos los foros posibles, incluida la aburguesada y generalmente carente de compromiso universidad y mundo universitario.

4. El increíble mundo de la prisión

En la actualidad este es mi mundo. Desde que me jubilé de la Universidad Pontificia, me ofrecí para trabajar como capellán en la prisión de Topas, en Salamanca, y a ella y al mundo de las cárceles en general dedico parte de mi tiempo.

Una experiencia personal: había trabajado con exreclusos y reclusos en tercer grado en la casa parroquial del barrio de Buenos Aires de Salamanca varios años, obligaciones con la Universidad Pontificia me hicieron dejar ese mundo hasta que, como decía más arriba, me jubilé. En aquel momento decidí que quería trabajar también dentro de la prisión, cosa que hasta entonces no había hecho. Conocía, por lo tanto, por lo que hablaba con reclusos y exreclusos el mundo del centro penitenciario por referencias muy directas. Ya intuía que ese mundo era

bastante absurdo y que no cumplía la expectativa de la rehabilitación de los reclusos, me contaban cosas increíbles que evidentemente no puedo reproducir aquí por muchos motivos. Ahora, visto desde dentro, creo que es más increíble de lo que me decían y yo intuía, aunque tenga que seguir sin contar muchas cosas.

Antes de seguir adelante: además de los muchos, muchísimos funcionarios que hay en la prisión, de los muchos guardias civiles, de los maestros, educadores, psicólogos, educadores sociales, de todos estos últimos pocos, personal de enfermería y algunos más que no cito, hacen falta personas voluntarias que vayan a los centros penitenciarios. Ahora mismo, al menos en pastoral penitenciaria, hay un voluntariado excelente, pero muy entrado en años, es necesario rejuvenecer ese voluntariado. ¿Para qué hacen falta los voluntarios, y en especial los voluntarios jóvenes? El lector atento será capaz de ir deduciendo lo que pueden hacer los voluntarios en las prisiones en las líneas que van a continuación, aunque no dé recetas concretas. En cualquier caso, quiero que quede claro desde el principio que se necesitan voluntarios jóvenes, y además bastantes.

¿Quiénes están en las cárceles españolas?⁶ Hay muchas personas con enfermedades mentales graves. Los psiquiátricos han desaparecido, algunas familias que tienen entre sus miembros enfermos mentales pueden atenderlos correctamente, preocuparse de ellos, darles la atención específica que necesitan. Otras familias ni quieren, ni saben ni pueden, y el enfermo mental acaba en la calle, donde antes o después comete algún delito... Es detenido, juzgado y encarcelado. ¡La sociedad ya respira tranquila! Se ha quitado de en medio una lacra. Hay inmigrantes con y sin papeles, sobre todo sin papeles. Vienen a España pensando que somos inmensamente ricos, que encontrarán fácilmente un trabajo. Aquí se encuentran sin nada y sin posibilidades, ni tan siquiera pueden volver a sus países de origen por falta de medios. Muchas veces en sus países se han endeudado con mafias que les han dejado el dinero para venir a España... En esa situación no es raro que «casualmente alguien» les ofrezca un dinero por llevar un paquete a algún sitio. Lo que tiene el paquete lo sabemos todos, el final también. Otras veces roban para vivir y pagar la deuda del viaje, el final es el mismo. Aunque parezca mentira, en la cárcel hay pobres, personas que han delinquido porque no tienen nada y tienen que vivir. Drogadictos que necesitan dinero para el consumo de drogas. Con el síndrome de abstinencia son capaces de cualquier cosa... Algunos pequeños constructores que no han podido hacer frente a pagos o terminar viviendas. Por último, y como es natural, también hay delincuentes, asesinos, violadores, ladrones,

6. GALLEGO, M.; CABRERA, P. J.; RÍOS, J. C., y Segovia, J. L. (2010): *Andar un kilómetro en línea recta. La cárcel del siglo XXI que vive el preso*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas. Recomiendo muy encarecidamente la lectura de este libro, que cuantifica cuanto yo expongo de una manera general a continuación y ayudará al lector interesado en el mundo de las prisiones a entender y conocer muchos aspectos que generalmente no salen en ningún medio de comunicación.

aunque no todos los que deberían estar dentro, extorsionadores, auténticos delincuentes a los que habría que rehabilitar para que puedan volver a la sociedad siendo personas útiles y responsables. Otros, por desgracia, no tendrán solución nunca, tendrían que estar siempre vigilados, reclusos, pero no precisamente en un módulo de cualquier cárcel sin nada que hacer:

En este mundo y para este mundo hacen falta voluntarios encuadrados en distintas organizaciones. Voluntarios que, como decía al principio, trabajen en equipo, tengan una formación continua y se apoyen mutuamente. Hay muchas organizaciones que así lo hacen con distintas motivaciones y también con distintos planteamientos. Sin querer juzgar a unos y otros, sí quiero decir que en el voluntariado, el voluntario es un educador; y en educación y en otras muchas cosas, no todo vale. Hablaré del voluntariado en capellanía penitenciaria, que está establecido en todo el Estado y en todas las cárceles.

Decía que los voluntarios de capellanía penitenciaria en general son bastante mayores y que hacen falta jóvenes. La mezcla de edades es muy buena, la experiencia de los mayores puede aportar mucho a los jóvenes, tanto como el entusiasmo y arrojo de los jóvenes a los mayores. Es un complemento perfecto y necesario.

5. Hacen falta voluntarios jóvenes

Voluntarios sin síndrome de Estocolmo. Hay una tentación natural a ponerse de parte de los reclusos sin ningún tipo de distinción. Cuidado, los que están en las cárceles, salvo algún error que existe, han cometido algún delito, no son santos. No es raro que intenten engañarnos para conseguir algún beneficio. Yo, en su caso, creo que también lo haría, pero hay que tenerlo en cuenta.

Voluntarios que sepan que la campana de Gauss suele tener razón. Lo mismo que tenemos tendencia a defender a la parte más débil, tenemos tendencia a minusvalorar a la parte más fuerte, es decir, a los funcionarios. La campana de Gauss nos dice que dentro de la campana, en la curva de normalidad, está la mayoría de cualquier colectivo. También del funcionariado de prisiones, la mayoría personas normales que se ganan la vida en ese puesto de trabajo. Gauss también nos dice que fuera de la campana hay un pequeño grupo de personas, sigma positivo, que destacan por sus especiales características positivas, personas magníficas, pero también hay un sigma negativo de personas que destacan por sus cualidades negativas, por su maldad. En todos los colectivos se cumple, en los funcionarios de prisiones también: la mayoría, la gran mayoría está en la curva de normalidad, no en las dos desviaciones, que son dos pequeños grupos.

Voluntarios que se sientan educadores, que tengan intención de educar. Que crean que las personas son capaces de cambiar para bien, recordemos lo del paso del ser al deber ser del principio. Voluntarios que pretendan llevar un proceso educativo pese a las dificultades que en las prisiones tiene todo lo que signifique proceso. Voluntarios que ayuden a los reclusos a insertarse en la sociedad y en la cultura dentro de la prisión, y sobre todo cuando salgan de ella. Voluntarios que trabajen la autoestima de los internos. Que les ayuden a saberse perdonar a sí mismos y a que se sientan personas, igual que cualquiera de nosotros.

Voluntarios que se apliquen la frase de Zenón de Citio: el hombre tiene dos orejas y una boca para escuchar más y hablar menos, es decir, voluntarios que sepan hacer de espejo, que dejen que el recluso hable, fácilmente al verbalizar conflictos él mismo, como nos pasa a todos, encuentre la solución.

Voluntarios que quieran ser compañeros de camino, no doctos profesores que lo saben todo y dan soluciones para todo. Compañeros de camino que estén dispuestos a acompañar, a «estar con», a buscar juntos el camino. Nunca a imponer. Eso sí, compañeros de camino que al andar dejen huella en la vida del recluso.

Voluntarios que no se intenten ganar a los reclusos ni con regalitos ni con demagogia barata. Que les valoren como personas únicas e irrepetibles y que les hagan comprender que son necesarios fuera y dentro de la prisión. Lo mismo que cada uno de los miembros de nuestro cuerpo⁷.

Voluntarios que no colaboren con el sistema, que sepan denunciar la inutilidad de las cárceles, sobre todo si siguen siendo colaboradoras de un sistema penal exclusivamente punitivo y no enfocado a la rehabilitación. Voluntarios que se opongan a la permanencia en las cárceles de enfermos mentales, enfermos graves o personas mayores (1.941 presos mayores de 70 años en el Estado español), lo mismo que drogodependientes, a todos los cuales habría que aplicar medidas alternativas a la prisión.

Voluntarios que, por medio del acompañamiento y la cercanía con las personas privadas de libertad, consigan la humanización y la atención de todas las dimensiones de la persona.

Voluntarios que sensibilicen a la sociedad en general y a la comunidad cristiana en particular sobre el mundo de los presos, aportando nuevos caminos que nos hagan crecer en humanidad y decrecer en castigo.

7. 1Cor 12, 12-30.

Voluntarios que quieran servir y acompañar a las personas privadas de libertad y a sus familiares, sobre todo en momentos tan difíciles como el de después de la salida de la cárcel.

Voluntarios que lleven a cabo espacios de formación y encuentro, distintos talleres y otras actividades en grupo, de los que se realizan a lo largo de toda la semana y en los sábados y domingos la celebración de la Eucaristía.

Voluntarios que se encarguen de dar apoyo personal para los permisos a presos que no tienen familiares en la misma ciudad de la prisión, o que son extranjeros. Este apoyo es imprescindible para conseguir permisos que les preparen para la posterior salida de la prisión.

Voluntarios que busquen recursos de todo tipo para cuando los presos salen en libertad. Recursos materiales, búsqueda de empleo, pisos de acogida donde también hacen falta voluntarios. Dar apoyo comunitario para que encuentren el camino de la autonomía y de la integración en la sociedad.

Esta es la tarea difícil, muy difícil que se ofrece para aquellos voluntarios jóvenes que quieran trabajar en lugares de frontera. Hay más voluntariados, también en la frontera, y voluntariados más sencillos y más asequibles. Terminó como empecé. Se trata de que cada uno encuentre su «nicho ecológico» en el voluntariado social: el lugar donde rinda un servicio a la sociedad y donde el voluntario pueda crecer y madurar como persona.

7. La evangelización de los jóvenes ante la «emergencia afectiva»

Mons. José Ignacio Munilla

Obispo de San Sebastián y responsable de Juventud de la Conferencia Episcopal

Reproducimos la Conferencia que Mons. José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián y responsable de juventud de la Conferencia Episcopal, presentó en el Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de Valencia el pasado 3 de noviembre de 2012.

Don Carlos Osoro abrió ayer la reflexión de este Primer Congreso Nacional de Pastoral Juvenil, centrando nuestra mirada en Cristo: «Para ti la vida es Cristo». Ciertamente, esa es la clave de nuestra implicación en la Pastoral Juvenil; y a partir de ahí, cualquier cosa que podamos decir los demás ponentes será un eco de la gran noticia de Cristo, libertador y sanador de los jóvenes.

Solemos repetir con frecuencia que para poder dirigirnos al joven de nuestros días, necesitamos primero conocerle. Pero ¿cómo le podemos llegar a conocer? La tentación sería recurrir exclusivamente al estudio sociológico o a las

encuestas: «¡Vamos a ver cómo están los jóvenes de hoy...!». Ciertamente, eso es necesario, y basta ver el vídeo precongresual producido por Juan Manuel Coteló, que se ha difundido con tanto éxito por las redes, con el título de «También vosotros daréis testimonio». En él se aborda con realismo y sin miedo a la verdad la situación de partida ante el hecho religioso del joven actual.

Pero si queremos conocer al joven de nuestros días, tenemos que ir más allá del dato sociológico. Necesitamos conocer en profundidad a Jesucristo, ya que solo en Cristo conoceremos en profundidad al joven. Esta clave teológica es importantísima para poder interpretar lo que nos dicen las encuestas. Y aunque soy consciente de que a quienes no tengan fe les costará entenderlo, conviene recordar que esta convicción enlaza con lo mejor de nuestra tradición espiritual. Por ejemplo, en el Siglo de Oro español decía la propia Santa Teresa de Jesús: «A mi parecer; jamás acabamos de conocernos si no procuramos conocer a Dios».

Hace cincuenta años, los padres conciliares, reunidos en el Concilio Vaticano II, proclamaban: «Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre» (*Gaudium et spes*, n.º 10). Pues bien, medio siglo después, este Congreso de Pastoral Juvenil reunido en Valencia vuelve a reconocer y a proclamar: ¡en Cristo, y solo en Él, se revela y se descubre el corazón del joven!

Uno de los motivos principales por el que nos está costando tanto que el Evangelio resuene en el corazón de los jóvenes es porque nosotros mismos tenemos todavía un déficit importante para llegar al Corazón de Cristo, y conocer en Él su designio de misericordia hacia todos nosotros, jóvenes evangelizadores y jóvenes evangelizados. Y es que verdaderamente necesitamos conocer la realidad joven desde Cristo y en Cristo, porque como decía San Bernardo: «El desconocimiento propio genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación».

Pues bien, partiendo de la convicción de que podemos conocer el corazón del joven a la luz del Corazón de Cristo, vamos a plantearnos en esta segunda ponencia cómo está ese corazón y cuáles son las heridas afectivas que sufre una buena parte de la juventud en España; y qué respuesta propone la Iglesia en su Nueva Evangelización, ante esta emergencia afectiva... No dudemos de que la emergencia afectiva que padece esta generación nos ofrece una oportunidad única para recordar a todos los jóvenes que «Dios es amor», y que hemos sido creados con una vocación a la comunión de amor, que necesitamos descubrir para alcanzar nuestra plenitud.

Por su parte, Mons. Stanisław Ryłko, presidente del Consejo Pontificio de Laicos, nos hablará mañana por la mañana, Dios mediante, de la evangelización de los jóvenes, desde el punto de vista del reto planteado por la emergencia edu-

cativa. Por la Revelación conocemos que «Dios es la Verdad»; por lo cual, la presente crisis educativa —hija y madre, al mismo tiempo, del actual relativismo— requiere de la fe para su sanación y superación. Pero no es mi intención la de pisarle el terreno al cardenal Rylko, sino simplemente la de mostrar la complementariedad de las dos ponencias. Tanto la voluntad como el entendimiento de muchos jóvenes y adultos contemporáneos padecen profundas heridas que les dificultan conocer el verdadero rostro de Cristo; y, paradójicamente, necesitan del mismo Jesucristo para ser sanadas. ¿Quién nos liberará de esta contradicción aparentemente irresoluble? Invocamos para ello a Santa María, Reina y Madre de los jóvenes.

¿Cuáles son los daños principales que la cultura moderna y posmoderna ha generado y genera en la afectividad de los jóvenes? ¿Cómo presentar el Evangelio liberador, en el marco de una Nueva Evangelización, para llegar a sanar esas heridas y volver a nacer en Cristo?

I. Primera herida: narcisismo

Definido sin tecnicismos psicológicos, en un lenguaje a medio camino entre la antropología, la moral y la teología espiritual, el narcisismo es el quedarse encerrado en la contemplación de uno mismo.

El conocido mito griego nos narra que una ninfa se enamora de Narciso, y este no le corresponde. Mientras huía de ella, se queda pasmado ante su propia imagen reflejada en las aguas de un río, y se enamora perdidamente de sí mismo, lo que le lleva a lanzarse al agua y morir ahogado.

En definitiva, el narcisismo es considerado como la incapacidad, o cuando menos una seria dificultad, de amar a un «tú» distinto de uno mismo. El narcisismo está ligado a la hipersensibilidad, a la absolutización de los sentimientos y temores, a la percepción errónea de que todo en la vida gira en torno a uno mismo...

Por el contrario, la Revelación judeo-cristiana nos ha mostrado en la práctica que amar es siempre un éxodo. La Historia de la Salvación es la historia de la llamada que Yahvé hace a su pueblo a vivir en plenitud; para lo cual es necesario salir de nuestro propio entorno, ir en busca de una tierra nueva, distinta, desconocida, caminando con la confianza propia de quien tiene la firme esperanza de que Dios quiere nuestra felicidad.

Difícilmente se podrá superar la herida del narcisismo si nos olvidamos del Dios que nos ha creado —hombre y mujer— a su imagen y semejanza, llamándo-

nos a la comunión en el amor. Hombres y mujeres somos distintos y complementarios. Y de esta forma llegamos a entender que amar es promover el bien que hay en el otro; siendo esto incompatible con la tendencia narcisista que pretende «poseer» al prójimo, asimilándolo a uno mismo, hasta el punto de hacerlo desaparecer.

Es muy interesante comprobar que en alguna de las distintas versiones de este mito griego se narra que la tragedia de Narciso comenzó a gestarse desde el mismo momento de su concepción, ya que fue fruto de una violación. Narciso arrastra esa herida —hoy en día diríamos que arrastra la herida de saberse un hijo no deseado— y a lo largo de toda su vida va dando tumbos, intentando inútilmente sobreponerse a su sufrimiento, con la táctica de huir hacia adelante. En efecto, se dedica a provocar a hombres y mujeres, mortales y dioses; a suscitar pasiones, a las cuales luego no consigue responder por su incapacidad de amar y de reconocer al otro.

¡Es sorprendente descubrir que en un mito de hace más de 2.000 años, anterior a la llegada de Jesucristo, se puedan reconocer con tanta exactitud las heridas del joven de nuestros días o, digámoslo con mayor precisión, del hombre y de la mujer de nuestros días!

Tal vez podríamos resumir el drama de la emergencia afectiva —en contraste con el avance vertiginoso de las tecnologías— con el siguiente hecho: en lo tocante a la búsqueda de la felicidad, no parece que avancemos mucho; y a veces incluso —así lo señalan nuestros mayores— parece como si retrocediésemos. El móvil del joven es de última generación, pero su corazón se asemeja a la tortuga de la aporía de Zenón («Aquiles y la tortuga»): esta no parece terminar nunca de llegar a la meta..., a la meta del amor.

El narcisismo suele tener dos manifestaciones que parecen —sin serlo— contradictorias. En los momentos de euforia, el Narciso actual tiene la ridícula pretensión de ocupar en cualquier escenario el puesto de la «novia de la boda» o del «niño del bautizo». Pero en los momentos de depresión —que cada vez son más frecuentes—, nuestro Narciso se consuela y hasta se complace con ser el «muerto del entierro».

Esto último es muy frecuente: considerar siempre como insuficiente lo que se recibe de los demás, ser un mendigo perpetuamente insatisfecho. Paradójicamente, se busca ansiosamente la realización personal por medio de la lamentación victimista... («¡Nadie me hace caso!», «¡Todo me toca a mí!», «¡Soy un incomprendido!», etc.).

Pero aunque las formulaciones sean diferentes en un momento de «subidón» o de «bajonazo», en un contexto de «boda» o de «entierro» se respira

siempre por la misma herida afectiva, buscando ansiosamente aprecio, reconocimiento, elogio, admiración...

Pues bien, sin la sanación del narcisismo es imposible conocer, amar y —sobre todo— seguir a Jesucristo, en profundidad y en coherencia; y, en último término, ser feliz. Sin la sanación del narcisismo es imposible la entrega generosa, que es un aspecto clave en el Evangelio. Cuando el mensaje de Cristo se recibe en su totalidad y no de una forma fragmentada, nos educa a no ser unos quejicas, a ser positivos y agradecidos, a no autocontemplarnos con una insana y excesiva preocupación por la imagen, a no pretender ser siempre especiales ante los demás, a no ser hipersensibles a las críticas...

Pues bien, ¿en qué deberíamos incidir especialmente en este momento, en el que dirigimos la Nueva Evangelización a los jóvenes, de forma que seamos efectivos en la sanación de la herida del narcisismo, y hagamos posible la generosidad en el seguimiento a Cristo? Vayamos por partes:

- a) *El anuncio del amor de Dios funda la autoestima*: en el pensamiento popular, con frecuencia se considera equivocadamente que el narcisismo es un exceso de autoestima. Pero no es así; como hemos señalado anteriormente, el autodesprecio no suele ser sino una manifestación más del narcisismo. En realidad, lo opuesto al narcisismo no es el autodesprecio, sino más bien una equilibrada autoestima. Lo cual quiere decir que la sanación del narcisismo pasa por una educación en un sano y equilibrado amor a uno mismo. Es más, dicho «amor a uno mismo» («autoestima», que diríamos hoy) es la medida indicada por Cristo para tomarla como referencia a la hora de amar al prójimo («Amarás al prójimo como a ti mismo»).

El Evangelio nos habla de la abnegación y del olvido de nosotros mismos, como condición para seguir a Cristo. Pero para poder ejercitar tal cosa es necesario estar fundado en una experiencia viva y actualizada del valor que tenemos ante los ojos de Dios. No olvidemos que la autoestima no proviene de hacer muchas cosas, ni de lograr éxitos, ni de la apariencia física, sino de saberse amado. Sin duda alguna, uno de los motivos principales de la falta de autoestima en nuestra cultura es la crisis de la familia, unida a la falta de conciencia del amor personal e incondicional que Dios nos tiene. Y por ello, el anuncio del infinito amor de Dios a cada persona está llamado a ser la columna vertebral de la Evangelización a los jóvenes.

El joven —o, mejor, ¡vamos a mirarnos todos en este espejo!—, cada uno de los aquí presentes, sufrimos mucho por la fluctuación de nuestros sentimientos. Tenemos el riesgo de valorarnos según el juicio

ajeno, de hundirnos por un comentario o por un fracaso, etc. ¡Es un auténtico drama que nuestro estado de ánimo se parezca a los vaivenes de la bolsa o a la montaña rusa! ¿Cómo encontrar un punto emocional estable, sólido y firme?

La respuesta, de nuevo, la tenemos en la Redención llevada a cabo por Jesucristo. El valor del hombre es grande, como el de la misma sangre de Cristo. Cuando nos encontremos ante la tentación de minusvalorarnos o de autodespreciarnos, es el momento de recordarnos que «Dios no hace basura», aunque a veces tengamos la tentación de vernos así cuando nos miramos al espejo. Dios ha entregado su vida por cada uno de nosotros; por ti, por mí..., que a veces nos creemos el centro del universo, y otras veces nos percibimos a nosotros mismos como puro desperdicio.

Nuestra autoestima no puede depender de que otros hablen bien o mal de nosotros, ni siquiera de que las cosas nos salgan mejor o peor... Es indudable que siempre estimaremos los comentarios positivos de los demás, y que nos alegrarán nuestros logros y pequeños triunfos; pero la consideración real y última del valor de nuestra vida no puede fundamentarse en ello. De lo contrario, seríamos —como tantas veces observamos en esta cultura narcisista— «mendigos de la afectividad», en lugar de «vocacionados al amor».

Cristo crucificado es la medida exacta de lo que cada uno de nosotros valemos para Dios. No se trata de entenderlo solo en la teoría, sino de interiorizarlo y personalizarlo, haciendo de ello nuestro carné de identidad. Sin esta fe, sería literalmente imposible la abnegación de uno mismo, y estaríamos condenados a la esclavitud del narcisismo. La abnegación y el olvido de sí, en el sentido en el que los predica Cristo en el Evangelio, presuponen el amor a uno mismo.

Quien tiene la experiencia de ser amado incondicionalmente por Dios se encuentra a sí mismo, y es entonces cuando puede olvidarse de sí mismo en cada relación con los demás; pero no por un afán de autodespreciarse, sino porque se siente sobrado de aprecio y conciencia del amor incondicional recibido de Dios.

- b) *Espiritualidad equilibrada (mística-ascética)*: el Evangelio de Jesucristo nos presenta y propone la mística del amor, que integra una ascética del olvido de nosotros mismos y la oblación generosa. Tal vez, en las últimas décadas no hayamos subrayado suficientemente esto último (de forma similar a como anteriormente pudimos caer en un moralismo que no subrayaba suficientemente la dimensión mística). Los pasajes evangélicos en que se resalta esta dimensión ascética son muchos

e importantes: «El que quiera seguirme, que cargue con su cruz y me siga», «El que no está conmigo, está contra mí», «No podéis servir a dos señores», «El que busque su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará»... Es decir, el Evangelio nos presenta la abnegación de uno mismo, como indispensable para la propia madurez y para poder abrirse al encuentro con Dios.

Me atrevería a decir que la mayoría de quienes asistimos a este Congreso de Pastoral Juvenil hemos sido educados desde nuestra infancia en una lectura del Evangelio caracterizada por la centralidad de la parábola del hijo pródigo. Sin duda alguna, la parábola del hijo pródigo nos ha ayudado a subrayar la iniciativa del amor de Dios, en la cual se fundamenta y se sostiene la posibilidad de nuestra conversión. En efecto, el amor incondicional de Dios es el que capacita al hombre para hacer de su vida una respuesta generosa.

Ahora bien, creo que en el contexto de esta crisis afectiva en la que nos encontramos no es suficiente proclamar el ideal del amor; sino que es necesario profundizar en los pasajes del Evangelio en los que la escuela del amor es el Corazón de Cristo: ¿cómo amar sin confundirlo con nuestro amor propio? ¿Cómo dejar de ser un quejica y un egoísta? ¿Cómo encaminarnos hacia el milagro del olvido de nosotros mismos —que nos parece más difícil que el de la sanación del ciego de nacimiento, la multiplicación de los panes o caminar sobre las aguas del lago de Tiberíades—?

En efecto, no hay mística sin ascética, ni ascética sin mística. Y en mi opinión, el lugar del Evangelio en el que la mística y la ascética se unen es la Cruz de Cristo. La Pasión de Cristo es pura mística y pura ascética, al mismo tiempo. Pienso que la mayor aportación que podemos hacer para sanar las heridas afectivas de los jóvenes de nuestra generación, de forma que estén capacitados para el amor; es presentarles la Pasión de Cristo, pero no solo como el lugar en el que se revela el amor divino, sino también como la escuela del amor humano.

Tal vez hayamos tenido en las últimas décadas un importante déficit en la predicación sobre la Cruz de Cristo. Y no me refiero únicamente a la predicación del *kerigma*, sino a su aplicación práctica en la pedagogía, en el acompañamiento espiritual, etc. Sin la escuela de la Cruz de Cristo, el anuncio de la Resurrección se reduce a un hermoso mensaje de consolación, que resulta incapaz de sanar nuestras heridas y de movernos al amor. No podemos olvidar que cuando hablamos de «resurrección», estamos hablando siempre de «Resurrección del Crucificado».

- c) *Entre el «idealismo» y el «realismo», «acompañamiento espiritual»:* también creo necesario hacer hincapié en un aspecto importante para la sanación de esta tendencia narcisista que en mayor o menor medida todos padecemos: «la aceptación humilde de la realidad». En efecto, a veces suele ocurrir que el narcisista tiende a refugiarse en la utopía, o tal vez deberíamos matizar que intenta escudarse en ella. ¡Es recurrente la pretensión de justificar una actitud de descontento y de queja permanente con un falso recurso a los sueños utópicos!

Pero el camino del Evangelio nos ha enseñado a aspirar más alto, sin despegar para ello los pies del suelo. El cristiano no puede permitirse perder tiempo y energías en quejas y lamentos estériles. La aceptación de la realidad con sentido cristiano no nos impide aspirar a cambiarla. Es más, la aceptación de la realidad es un presupuesto indispensable para poder aplicarnos en su transformación. Fue Unamuno quien, en medio de sus luchas de fe, dijo: «El que quiere todo lo que sucede, consigue que suceda cuanto quiere. ¡Omnipotencia humana por la aceptación!». En definitiva, el narcisista quiere cambiarlo todo, menos a sí mismo. Mientras que el cristiano aspira a cambiarlo todo, pero empezando por uno mismo.

Pues bien, el Sacramento de la Penitencia y el acompañamiento espiritual se nos muestran como especialmente importantes y necesarios para conjugar nuestros «ideales» con nuestra «realidad». En efecto, para que el idealismo del corazón del joven no se reduzca a unos sueños utópicos que concluyen bruscamente al afrontar las responsabilidades de la vida, es importante entender que no hay verdadero idealismo si no parte de la propia conversión. Esto es precisamente lo que le ocurrió a la generación utópica del Mayo del 68. Su idealismo se tradujo más en una queja contra el sistema político que en un esfuerzo por la propia renovación.

En el ideal cristiano, el máximo de utopía convive junto al máximo de realismo. No se trata de huir de nuestra vida cotidiana y rutinaria, sino de vivir lo ordinario de forma extraordinaria. Se trata de abrazar la propia realidad —nuestros estudios, las relaciones con la familia, el trabajo...—, esa que a veces nos parece demasiado material e inmediata, pero que es precisamente donde sale el Señor a nuestro encuentro: «Mirad mis manos y mis pies: soy yo mismo», dijo Jesús resucitado. «Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo» (cf. Lc 24, 39).

- d) *La presencia de Cristo en los pobres nos evangeliza:* en esta pedagogía evangélica para la sanación del narcisismo y para la educación en la entrega generosa, quisiera subrayar algo importante. Me refiero a la potencialidad sanadora que pueden tener en el corazón de los jóvenes las experiencias de acercamiento al sufrimiento del prójimo.

En efecto, una de las mejores formas de superar ese narcisismo que nos lleva a ser unos «victimillas» o unos «quejicas» es precisamente acercarse a conocer a las verdaderas víctimas, es decir, a los ancianos que viven en soledad, enfermos psíquicos que son esquivados e ignorados por la sociedad, usuarios de los comedores de emergencia, pobres del Tercer Mundo... Se trata de una auténtica terapia de choque, que puede llegar a ser muy efectiva para la sanación de nuestro narcisismo y para la educación en el amor generoso. En las últimas décadas hemos podido comprobar el gran bien recibido en el corazón de los jóvenes que han participado en experiencias como: campos de trabajo, grupos de apoyo a proyectos misioneros, voluntariado en África u otros lugares, etc. Es obvio que numéricamente se trata de una minoría en medio del conjunto de los jóvenes, pero su experiencia constituye un referente importante para la Pastoral Juvenil.

Por otra parte, la misma experiencia nos indica la conveniencia de acompañar adecuadamente estas inserciones en el mundo del dolor y de la marginación. No es la mera pobreza la que educa el corazón del joven, sino la posibilidad de descubrir a Cristo en toda situación de sufrimiento. Es Él quien sale al encuentro de los que salen al encuentro de los sufrientes. Es decir, si bien es plenamente cierta la expresión de que «los pobres nos evangelizan», no debemos olvidar la importancia de descubrir a Cristo presente en los pobres y marginados, para que pasemos de la teoría a la experiencia contrastada.

2. Segunda herida: pansexualismo

Una segunda característica de nuestro tiempo y de nuestra cultura es el fenómeno del pansexualismo o del hipererotismo ambiental que invade prácticamente todos los ámbitos y espacios. Parece como si viviéramos una «alerta sexual» permanente, que condiciona lo más cotidiano de la vida. El bombardeo de erotismo es tal que facilita las adicciones y conductas compulsivas, provoca innumerables desequilibrios y la falta de dominio de la propia voluntad, hasta el punto de hacernos incapaces para la donación. Es obvio que la fe y la religiosidad se ven seriamente comprometidas, en la medida en que jóvenes y adultos no sean capaces de mantener una capacidad crítica ante una visión fragmentada y desintegrada de la afectividad, la sexualidad y el amor: No es nada fácil vivir en coherencia los valores evangélicos en medio de una cultura dominada por el materialismo y el hipererotismo. Es más, ocurre que como hay muchos jóvenes que han nacido y crecido en este contexto cultural pansexualista, llegan a percibirlo como normal. Es lo que le ocurre a quien ha nacido y vivido a 6.000 metros de altura: se ha acostumbrado a esa pre-

sión atmosférica. Pero aunque él no lo perciba subjetivamente, la presión atmosférica en la que vive afecta objetivamente a su organismo y a su salud.

Por ello, para poder percibir la herida afectiva de nuestra generación, es necesario partir de un profundo conocimiento antropológico y teológico de la vocación al amor que todos hemos recibido y llevamos grabada en lo más hondo de nuestro corazón. Para ello os invito a leer los diversos documentos del Magisterio de la Iglesia; el más reciente de ellos, publicado por la CEE, se titula «La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar» (2012).

La Iglesia no se cansa de predicar que el origen del amor no se encuentra en el hombre, ya que la fuente originaria del amor es el misterio de Dios mismo, que se revela y sale al encuentro del hombre. A partir de ese amor originario entendemos que cada uno de nosotros hemos sido creados para amar; y que el amor humano es una respuesta al amor divino. Aprender a amar consiste, en primer lugar, en recibir el amor, en acogerlo, en experimentarlo y hacerlo propio. Creer en el amor divino es vivir con la esperanza de la victoria del amor. Al mismo tiempo, la Iglesia enseña que la verdad del amor está inscrita en el lenguaje de nuestro cuerpo. En efecto, el hombre es espíritu y materia, alma y cuerpo; en una unión sustancial, de forma que el sexo no es una especie de prótesis en la persona, sino que pertenece a su núcleo más íntimo. Es la persona misma la que siente y se expresa a través de la sexualidad, de forma que jugar con el sexo es jugar con la propia personalidad.

En consecuencia, la Iglesia no se ha limitado a predicar la belleza teológica de la vocación al amor, sino que también ha realizado una denuncia profética de las graves deformaciones que se han producido en torno a la llamada «revolución sexual» de Mayo del 68. Es especialmente interesante, en lo que a este punto se refiere, la Instrucción Pastoral de la CEE, que lleva el título de «La familia, santuario de la vida, esperanza de la sociedad» (2001). En nuestra cultura se ha perdido en buena parte el sentido y el valor de la sexualidad. ¿Cómo ha ocurrido esto? El documento lo describe de la siguiente forma:

En primer lugar se produjo un «divorcio» entre sexo y procreación: la difusión de la anticoncepción fue determinante para provocar este —digamos— «divorcio» entre sexo y procreación. En muy poco espacio de tiempo, la utilización masiva de los anticonceptivos terminó por cambiar la mentalidad de la sociedad frente a la sexualidad. La relación sexual ya no significa abrir la puerta a la vida. Se banaliza el gesto sexual, pasa a ser un gesto sin densidad y sin trascendencia, incluso llega a convertirse en una mera diversión, un juego. Más aún, con el tiempo, ni la relación sexual se identifica con la vida, ni tampoco la vida se identifica necesariamente con la relación sexual. La «fecundación in vitro» es la que termina de completar el desgaje entre sexo y procreación.

Después vino el «divorcio» entre amor y matrimonio: de la mano del primer «divorcio» entre sexo y procreación vino el segundo «divorcio» entre amor y matrimonio. Se argumentó diciendo que el amor es una realidad demasiado hermosa y grande como para encerrarla en el estrecho marco de la normativa jurídica. El Mayo del 68 llama «fríos papeles grises» a ese contexto legal que no hace otra cosa que proteger a los débiles: a la madre y, sobre todo, al niño. Sin embargo, la mentalidad liberal-anárquica de Mayo del 68 llega a presentar el matrimonio como la tumba del amor: ¿Por qué iba a ser necesario un contrato jurídico para vivir un encuentro sexual cuando dos se aman?

Finalmente se produjo un tercer «divorcio» entre sexo y amor: merece la pena detenerse un poco para percibir el cambio tan enorme que ha dado la sociedad española en no mucho tiempo. En el momento presente la gran mayoría de las parejas conviven antes del matrimonio. Y también cada vez son más numerosas las que conviven sin necesidad de casarse nunca. La mera convivencia ha llegado a ser una forma práctica de ahorrarse los trámites del divorcio. Pero, claro, con el paso del tiempo el divorcio entre amor y matrimonio ha terminado derivando en el divorcio entre sexo y amor. Parafraseando un título cinematográfico: «¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?».

Cuando yo era joven —¡que conste que no hace tanto tiempo!—, en lo que entonces era la reivindicación liberal de nuestra generación, se clamaba contra la moral católica, por su pretensión de retardar la relación sexual hasta después del matrimonio. El grito de guerra era: «Si se quieren, si su amor es sincero, ¿por qué tienen que esperar a casarse?». Pero, fijaos bien, que ahora hemos pasado del «si se quieren» al «aquí te pillo, aquí te mato», como una vivencia generalizada en las relaciones sexuales entre los jóvenes, y no tan jóvenes... La sexualidad ha dejado de ser la expresión de la entrega total de dos personas que se aman, para pasar a ser un instrumento de diversión, e incluso un instrumento para hacerse daño el uno al otro. Esto último, lo de utilizar el sexo para vengarse o hacerse daño, es muy frecuente: «Si él ha jugado conmigo, yo también sabré jugar con otros. No voy a volver a sufrir de esta manera, no me volverán a hacer daño. Simplemente me divertiré con ellos».

En resumen, la concatenación de «divorcios» o «rupturas» en la antropología del amor ha llevado a que el amor deje de informar la sexualidad desde dentro. El sexo tendría sentido por sí mismo, dejando ya de ser un vehículo del afecto y del amor. Esta ruptura entre el lenguaje sexual del cuerpo y el amor es una distorsión que incapacita claramente para la fidelidad. Toda esta deriva concluye en una gran dificultad psicológica y moral para vivir la vocación al amor en fidelidad, que —no lo dudemos— es lo único que puede hacernos felices.

Tenemos que reseñar todavía una dificultad añadida: según el Ministerio de Salud Pública, la edad de comienzo en el consumo del alcohol son los trece años.

Es obvio que el consumo del alcohol está directamente vinculado a eso que se llama «el rollo», «pillar cacho». El recurso al alcohol suele conllevar la anulación del sentido del pudor y la desinhibición de los principios morales.

Pero es que, además, la infidelidad no solo impide establecer relaciones de amor duraderas, sino que va más allá, ¡impide construir la propia personalidad! La cultura del «rollo» termina provocando una crisis muy grave, porque llega a sembrar la idea de que la libertad se identifica con no comprometerse; es decir: la fidelidad implicaría esclavitud, mientras que la infidelidad implicaría libertad.

Pues bien, volvemos a preguntarnos en esta «segunda herida», como hicimos en la primera del narcisismo: ¿en qué deberíamos incidir especialmente en este momento en el que queremos dirigir la Nueva Evangelización a los jóvenes, de forma que podamos ayudar en la sanación de la herida del pansexualismo o de la impureza, y contribuyamos a hacer posible la vivencia gozosa de la castidad en el seguimiento de Cristo? Vayamos por partes:

- a). *Rescatar la virtud de la castidad de su impopularidad*: el Bautismo nos configura con Jesucristo —Sacerdote, Profeta y Rey—, haciendo de nosotros un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes. La dimensión profética es la columna vertebral en este Congreso de Pastoral Juvenil («Id y proclamad»). La dimensión sacerdotal la estamos expresando en cada una de las celebraciones litúrgicas en las que todos, en plena expresión de comunión, glorificamos al Dios misericordioso («Alabad al Señor toda la tierra»). Y la dimensión «real» del Bautismo... ¿en qué consiste y cómo la expresamos?

La tesis que queremos exponer es que la virtud de la castidad es una de las virtudes decisivas para poder vivir en verdad la realeza bautismal. En efecto, el cristiano no es alguien arrastrado por sus pasiones, sino que participa del señorío de Cristo, lo cual le permite ser dueño de sí mismo; gobernar sus tendencias pasionales, poniéndolas al servicio de los demás, para gloria de Dios. Para poder «darse», primero hay que «poseerse». Nadie puede decir en verdad a Dios: «Señor, aquí me tienes, soy todo tuyo», si no se ha tomado en serio la batalla de la realeza cristiana, es decir, la batalla de la castidad, entre otras cosas. Es importante que transmitamos a los jóvenes que la conquista del mundo pasa por la conquista de uno mismo. Y en esta «batalla» interior, la castidad consiste en poner en orden y en sintonía lo que expresa el lenguaje corporal sexual con la autenticidad del afecto y del amor expresado. Por ello, alguien dijo que la castidad está muy ligada a la sinceridad. Es importante que la Pastoral Juvenil aborde la educación de la juventud en la transparencia en las relaciones afectivas; sin caer en el juego de la seducción, tan en boga hoy en día, como si la realización personal pasase por completar el álbum de cromos o por recontar las muescas del revólver.

La virtud de la castidad es liberadora, y totalmente necesaria para capacitarnos en las relaciones afectivas estables, maduras y verdaderas. Con muchísima frecuencia, los jóvenes que viven en impureza no lo hacen por una decisión libre y voluntaria, sino por la esclavitud que genera la dinámica de la lujuria. Incluso cuando un joven se decide a seguir a Cristo con todas las consecuencias, no le resulta tan fácil romper definitivamente con todos sus hábitos de impureza anteriores. La explicación es sencilla: el cuerpo tiene «memoria»; es decir, es una máquina registradora de sensaciones y pide su «tributo». La batalla por la castidad puede ser a veces una batalla larga. En estas ocasiones hay que aplicar la máxima: «No hacer las paces con la tentación, pero tampoco perder la paz por verse tentado». La batalla puede ser larga, pero merece la pena luchar; con la santa rebeldía de quienes no se conforman con menos que con la bienaventuranza de Cristo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

- b) *Cursos de formación afectivo-sexual*: la acción social de la Iglesia se ha ido adecuando a las necesidades de la sociedad en el correr de los siglos. En el Alto Medioevo se fundaron algunas órdenes religiosas para defender a los peregrinos de salteadores y bandidos. Se levantaron hospitales allí donde eran necesarios, entre otras cosas porque los reyes y poderosos estaban exclusivamente dedicados a las guerras, y olvidados de otras necesidades. En tiempos de la Reconquista, en la Iglesia surgieron algunos carismas destinados a rescatar a los cautivos (¡redimir a los cautivos en el sentido literal del término!). En la Baja Edad Media la Iglesia dio a luz las universidades (no olvidemos que las primeras universidades europeas eran eclesiales). ¡Qué decir de San Juan de Dios y de su carisma hospitalario! Y más reciente es la proliferación de la enseñanza en la marginalidad de los cinturones industriales (¡cómo olvidarnos de San Juan Bosco, auténtico hito en la Pastoral Juvenil!).

Y en el momento presente, ¿cuáles pueden ser las grandes aportaciones sociales de la Iglesia? Al igual que en toda su historia, la Iglesia dirige su acción social allá donde estén las carencias de cada momento histórico. Pues bien, una de las grandes carencias de nuestra España moderna es, sin duda, la educación en el amor humano. La felicidad de nuestros jóvenes depende en buena medida de ello, del descubrimiento del verdadero sentido del amor humano, y de la educación para la madurez afectivo-sexual. No voy a citar nombres de las diversas iniciativas que ya están en marcha, pero son muchas y bien orientadas. Tal vez no exista todavía la suficiente coordinación entre la Pastoral Familiar, la Pastoral Educativa y la Pastoral Juvenil, para vehicular una buena oferta de educación afectivo-sexual, pero es una tarea que debemos abordar y trabajar.

- c) *Educación en la belleza*: es obvio que la Iglesia en el momento presente ya no es la mecenas del arte que fue en el pasado. Así como en el Renacimiento los artistas rondaban los obispados, buscando encargos y encomiendas para expresar su arte, en la actualidad se acercan a los ministerios, consejerías y concejalías de cultura y arte... Sin embargo, también en este campo, creo que la Iglesia está llamada a realizar una labor subsidiaria muy importante: educar en el gusto por la belleza.

Uno de los dramas de nuestros días —muy unido a la herida de la impureza— consiste en reducir los cánones de la belleza a un modelo corporal erótico, que está muy lejos de ser expresión de la interioridad del ser humano y de su riqueza espiritual. (Los más «carrozas» recordaremos aquella canción de Ricardo Cocciante titulada «Bella sin alma»). El cuerpo deja de ser el icono del alma para pasar a ser una incitación de nuestras pasiones.

Ciertamente, la Iglesia ya no puede ejercer de mecenas del arte, en el sentido económico del término. Pero existe otro tipo de mecenazgo más determinante, que es la conjunción de los tres trascendentales: belleza, bondad y verdad. En efecto, estamos plenamente convencidos de que «la belleza es el esplendor de la verdad», al mismo tiempo que «la santidad es la belleza absoluta».

Junto con las tradicionales vías racionales para el conocimiento de Dios, la Iglesia siempre ha sostenido otro tipo de vías existenciales, como es el caso de la llamada *Via Pulchritudinis*, es decir, la belleza como camino para descubrir a Dios. Ciertamente, nosotros creemos que la belleza es «aparición» y no «apariciencia». En realidad, «lo primero que captamos del misterio de Dios no suele ser la verdad, sino la belleza» (Von Balthasar). La belleza es una clave fundamental para la comprensión del misterio de la existencia. Encierra una invitación a gustar la vida y a abrirse a la plenitud de la eternidad. La belleza es un destello del Espíritu de Dios que transfigura la materia, abriendo nuestras mentes al sentido de lo eterno.

Nuestro querido Papa, Benedicto XVI, está insistiendo especialmente en esta «vía de la belleza», como parte del camino de la Iglesia en esta Nueva Evangelización. También él parece convencido de la expresión de Dostoievski: «La belleza salvará al mundo». Pero nosotros no identificamos la belleza con la «guapura», con lo «atractivo», con lo «placentero»... En realidad, la belleza no es para nosotros una mera experiencia estética. En realidad, el concepto pleno y consumado de la belleza se identifica con la misma «santidad».

3. Tercera herida: desconfianza

¿En qué sentido la desconfianza puede calificarse de «herida afectiva»? Obviamente, en sí misma considerada, la desconfianza no tiene por qué ser una herida afectiva, sino más bien un pecado contra el primer mandamiento de la Ley de Dios, que nos dice: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser».

Pero una cosa es el pecado de desconfianza y otra muy distinta es el llamado «síndrome de desconfianza», el cual supone «inseguridad en uno mismo», acompañado de una notable dificultad para confiar en los otros y en Dios. La herida afectiva de la desconfianza supone la sensación de no pisar suelo firme y el temor por el futuro.

En este terreno también les puede ocurrir a las nuevas generaciones lo mismo que he señalado en referencia al pansexualismo: que no lleguen a percibir la dimensión del problema, porque han nacido inmersos en él. ¡Nos hemos acostumbrado a la presión atmosférica y ya no la notamos! ¡Pero no por ello dejamos de padecerla! Cuando hablamos con nuestros mayores y escuchamos el relato de su vida, nos impresiona comprobar hasta qué punto se han perdido las relaciones humanas de vecindad, de familia extensa, de amistades amplias, etc. No es extraño escucharles contar que nacieron y vivieron sin cerraduras en las puertas de sus hogares... En nuestra cultura existen muchísimas personas, muchísimos jóvenes aislados en su Twitter o en su Facebook. La soledad es uno de los grandes dramas de nuestro tiempo; y difícilmente podrá ser paliada por la comunicación en las redes sociales, en numerosas ocasiones en el anonimato, a través de un *nick* falso o inidentificable.

El paso de la vida rural a las grandes aglomeraciones urbanas habrá podido tener una influencia no desdeñable en este fenómeno, pero, sin lugar a dudas, las malas experiencias han sido más determinantes a la hora de generar el síndrome de desconfianza. La constatación del egoísmo a nuestro alrededor puede hacer que nos repleguemos en nosotros mismos, mostrando una desconfianza generalizada hacia el prójimo, y hasta hacia Dios mismo.

Uno de los fenómenos más determinantes en la extensión de esta herida afectiva de la desconfianza ha sido el divorcio y la falta de estabilidad familiar. Cuando un niño o un adolescente desde su habitación escucha a sus padres discutir, faltándose al respeto, llega a albergar dolorosas dudas sobre si su familia continuará unida al día siguiente o si se tomará la decisión de la separación... No dudemos de que así se están poniendo las bases del síndrome de desconfianza. Cuando se desmoronan los cimientos familiares sobre los que

debería sustentarse la estabilidad de la persona, las heridas afectivas son más que predecibles... Por otra parte, hay que añadir que la crisis del principio de autoridad y de referentes morales puede conllevar una dificultad a la hora de desarrollar la confianza en Dios. Muchos jóvenes han crecido sin modelos que les sirvan de referente y de los que sentirse orgullosos. Arrastramos numerosas heridas afectivas, que han generado en no pocos una especie de «orfandad moral».

Algo similar podríamos señalar en lo que se refiere a la crisis en las amistades y en los noviazgos. Las traiciones en las amistades, así como las infidelidades en las relaciones amorosas, pueden provocar una decepción y una desconfianza generalizada hacia todos y hacia todo. Se llega a desconfiar de la vida en sí misma, tal vez incluso se llega a desconfiar de Dios, autor de la vida.

Por otra parte, las consecuencias de ese síndrome de desconfianza son muchas y muy serias: erosión de las relaciones sociales, aislamiento personal, suspicacias e hipersensibilidades... Como decimos, la misma experiencia religiosa puede verse seriamente comprometida por este síndrome de desconfianza. A quien tiende a desconfiar de todos termina por costarle confiar en Dios mismo. No es cierta la suposición de que las experiencias decepcionantes en esta vida nos ayuden a refugiarnos en Dios, por lo menos no parece cierto en lo que a las generaciones actuales se refiere.

Pues bien, ¿en qué deberíamos incidir especialmente en este momento en el que queremos dirigir la Nueva Evangelización a los jóvenes, de forma que seamos efectivos en la sanación de la herida de la desconfianza? Vayamos por partes:

a) *Experiencia de comunión en el seno de la Iglesia*: el método pastoral de San Juan Bosco es un buen ejemplo de cómo puede sanarse el síndrome de desconfianza en los jóvenes, por medio de una actitud en la que el evangelizador apuesta por confiar en los jóvenes, sin asustarse de los riesgos que de tal confianza puedan derivarse. Cuando un joven comprueba que nos fiamos de él, que poco a poco vamos delegando en él pequeñas responsabilidades, que lo sentimos como miembro vivo de la Iglesia y no como mero cliente de ella, entonces empieza a superar su tendencia a la desconfianza. Es decir, el método podríamos resumirlo así: si quieres que alguien confíe en Dios, empieza tú por confiar en Él.

La experiencia de la comunión en el seno de la Iglesia también debe llegar al interés personal, y no meramente al pastoral. Es decir, al joven no podemos transmitirle la imagen de que le queremos interesadamente: exclusivamente para darle un sacramento. ¡No!, le queremos a él, nos interesa él, su vida, sus inquietudes, sus problemas... Y de ahí se deriva, obviamente, nuestro deseo de llevarle a

Cristo. Como decía San Juan Bosco: «Amad aquello que aman los jóvenes, y ellos aprenderán a amar lo que vosotros queréis que amen».

b) *Evangelio de la confianza y del abandono*: el Evangelio de Jesucristo es el Evangelio de la confianza. Son muchos los textos a los que podríamos referirnos: Pedro caminando sobre las aguas, la invitación de Jesús a que nos fijemos en el cuidado amoroso que Dios tiene de los lirios del campo, la tempestad calmada, etc. Un método eficaz para aprender a confiar es afrontar nuestros miedos, mirarlos a los ojos, y comprobar que cuando estamos unidos a Cristo los miedos se disipan como la nieve al sol.

Hay un texto paulino que tiene una fuerza muy especial para educarnos en la confianza. Se trata de Rm 8, 31-39: «Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía resucitó, y está a la derecha de Dios, y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»... He aquí el método de San Pablo para sanar el síndrome de desconfianza: mirar a nuestros miedos de frente, al mismo tiempo que permanecemos firmemente unidos a Cristo:

¿A qué temeremos? ¿A la oscuridad?

—Cristo es nuestra luz.

¿A la soledad?

—Cristo es compañero de camino.

¿A la pobreza?

—Cristo es nuestro tesoro.

¿A la burla?

—Cristo es nuestra honra.

¿A la propia incapacidad?

—El Espíritu Santo es dador de toda gracia.

¿A la enfermedad o a la muerte?

—Cristo es la Resurrección y la Vida.

La mejor escuela sobre la confianza en el Padre ciertamente la tenemos en Jesucristo: ¡al igual que le ocurre a Cristo, también nosotros «somos» en la medida que «recibimos» del Padre! Es verdad que a veces la vida nos resulta opaca más que transparente; pero hemos aprendido de Cristo, de aquel que dijo en la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», a decir también junto con Él «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Queridos asistentes a este Primer Congreso de Pastoral Juvenil en España, soy consciente de que todo resumen conlleva un peligro de simplificación. Y el hecho de que en esta ponencia nos hayamos atrevido a resumir las heridas afectivas de las nuevas generaciones en tres muy concretas no quiere decir que no haya otras muchas más. No obstante, las tres heridas diagnosticadas —narcisismo, pansexualismo y desconfianza— pueden ser de las que mayor incidencia tengan sobre los jóvenes —también sobre no pocos adultos— en el momento presente.

Será bueno recordar el axioma teológico que dice: «La gracia no suple la naturaleza, pero la eleva». Es decir, es posible que en muchas ocasiones nos encontremos con heridas afectivas tan graves que ya no sean plenamente superables desde el punto de vista psicológico. La gracia de Dios no suple a la naturaleza, a no ser que haga un milagro —cosa que es posible, aunque no frecuente—. Nuestro camino hacia la felicidad pasará en numerosas ocasiones por aceptar las heridas que no pueden ser sanadas instantáneamente ni totalmente, pero que, con la gracia de Cristo y a la luz de su Evangelio, pueden ser «acompañadas», «contrastadas» y «aliviadas».

Como he dicho al comienzo, no dudemos de que la emergencia afectiva que padece esta generación nos ofrece una oportunidad única para recordar a todos los jóvenes que «Dios es amor», que hemos sido creados en una vocación a la comunión de amor y que necesitamos descubrir la eterna novedad del Evangelio de Cristo para alcanzar nuestra plenitud. ¿Y sabéis una cosa?... ¡El corazón no es de quien lo rompe, sino de quien lo repara! Es decir, el corazón del joven es del Corazón de Cristo.

Grandes testigos de la Caridad

San Juan de Ávila: maestro para todo el pueblo

Miguel Anxo Pena González

Universidad Pontificia de Salamanca

La espiritualidad del siglo XVI sigue ofreciendo modelos y respuestas coherentes para nuestro presente. Un ejemplo de este hecho lo tenemos en la figura del maestro Ávila, que, el 7 de octubre de 2012, el Papa Benedicto XVI declaraba Doctor de la Iglesia. No cabe duda de que este hecho, de fuerte significatividad, supone también una llamada de atención respecto a la figura de un santo que vivió hace más de 500 años que, si hasta ahora era un modelo ubicado en el contexto del rico perfil de la espiritualidad hispánica del siglo XVI, ahora se ofrece como modelo de doctrina para la Iglesia universal.

Esta realidad, que se hacía oficial por medio del reconocimiento pontificio, era ya real en la vida del santo, especialmente en su relación con figuras de un profundo calado cristiano, con un compromiso social y apostólico inserto en su tiempo. Entre ellos se cuentan santos y maestros de espiritualidad: San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Juan de Dios, San Juan de Ribera, Santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, por citar a algunos de los más destacados.

Pero el maestro Ávila no puede ser visto exclusivamente como maestro de vida espiritual, sino como un hombre que fue capaz de impulsar la caridad cristiana, desde unas opciones personales y unas respuestas coherentes. En este sentido, es preciso tener muy presente su amplia actividad como fundador y promotor de instituciones educativas. Es cierto que San Juan de Ávila no es el único que hace esto, sino que, a lo largo de todo el siglo XVI, van surgiendo diversas fundaciones y proyectos, que intentan responder a las necesidades que vive la sociedad en un lugar determinado.

Por otra parte, el propio hecho de haber sido declarado Doctor de la Iglesia obliga a que sea estudiado y conocido de manera más amplia, más allá del clero secular español, que lo tiene como su patrono principal. Un santo y, por ende, un Doctor de la Iglesia más es un patrimonio de todos los cristianos, en el que tenemos la oportunidad de encontrar un modelo válido de vivir cristiano.

I. Sus primeros pasos por el mundo universitario

Juan de Ávila nace en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), el 6 de enero de 1499, en el contexto de una familia acomodada que regentaba una explotación minera, lo que llevará a su padre a dirigir al joven a estudiar Leyes en la Universidad de Salamanca. Como se intuye por su año de nacimiento —aun asumiendo que este pueda variar en un año—, se trataba de un momento de una amplia expansión política, económica, cultural y religiosa, pero también de límites

para una familia que provenía del judaísmo, y que no dejaría de ser mal vista, en razón del acomodo económico de que gozaban.

En 1513 marcha a la ciudad del Tormes para estudiar en su universidad lo que era más propio y característico de la misma: el Derecho. Era, no cabe duda, una oportunidad para lograr, más adelante, un puesto burocrático acomodado. Es esta una etapa poco conocida de la vida del maestro, pues, aunque se sabe que allí permaneció cuatro años, no tenemos datos precisos de qué estudió. La edad era la propia del tiempo para que un estudiante comenzara los estudios de Artes, después de haber demostrado ya su idoneidad, pues se entiende que en su propio pueblo habría realizado los estudios de primeras letras y de gramática.

Sí parece claro que vivió una fuerte crisis, que comenzó en el contexto universitario, posiblemente vinculada al objeto de estudio al que su padre le había encauzado. En este sentido, aunque la orientación salmantina de las leyes era la del *mos italicus*, que suponía la aplicación práctica de las mismas, Ávila no se debía, de sentir muy atraído por aquel mundo, un tanto distante de su sensibilidad personal, más dada al encuentro personal. Él mismo, años más tarde, afirmará: «Para qué se me daban a mí las negras leyes». No es muy difícil imaginar que el joven estudiante pudiera tener una visión del modelo de vida universitario, muy afín al de otros hombres de su época, que lo identificaban por su falta de disciplina, así como por la amoralidad de profesores y estudiantes que, como grupo corporativo que era, solo se preocupaban de sus privilegios y derechos. Se entiende así que, en 1517, regrese a Almodóvar del Campo, donde mantendrá vida retirada y de oración durante tres años. Aquí queda un profundo interrogante que no es posible solucionar; la pregunta acerca de qué leyó a lo largo de esos tres años de apartamiento. Es seguro que si pudiéramos conocer sus libros de cabecera, entenderíamos mejor los pasos dados con anterioridad y posterioridad.

En 1520, animado por un predicador franciscano, decide ir a la Universidad de Alcalá a estudiar Artes y Teología. Dicho religioso debió de mediar también con su padre para que este accediera al cambio de rumbo en la vida de su único vástago. No cabe duda de que el nuevo proyecto estaba en perfecta conformidad con su carácter particular. De esta manera, se traslada a una universidad con una marcada sensibilidad espiritual, donde solo era posible cursar estudios eclesiásticos y en la cual, por mandato expreso del cardenal Cisneros, no había estudios de Leyes. Por otra parte, el propio proyecto de un colegio-universidad gozaba de los derechos concedidos a las universidades de Salamanca y Valladolid, al tiempo que la estructura organizativa del colegio se vinculaba con los modelos del Colegio de San Bartolomé de Salamanca y de San Clemente de Bolonia. El hecho conjunto suponía el intento de superación de los errores de las universidades clásicas, por medio de un control y seguimiento permanente de profesores y alumnos, y que tendría como fruto una formación mucho más exhaustiva y concreta. Era, en defi-

nitiva, la oportunidad para un grupo de unos 30 privilegiados, que se formaban en un contexto privilegiado, con una espiritualidad vinculada directamente a la vida, así como la oportunidad de recibir la enseñanza de algunas de las figuras más significativas de su tiempo en el Reino de Castilla. Hacia esa realidad se dirigirá Juan de Ávila para estudiar Artes y Teología.

2. Alcalá: una etapa de profunda asimilación

El proyecto de colegio-universidad, más allá de su organización interna y formal, era también una llamada atenta a la vida interior; al seguimiento de Cristo y a la transformación del individuo; en definitiva, a la construcción de un hombre nuevo, capaz de abrir un camino diferente en medio de la sociedad castellana. Este hombre, al mismo tiempo, no estaba reñido con su pasado y con las corrientes de novedad de su momento histórico. Precisamente por ello, en esa vida interior se entrecruzaba el idealismo cristiano utópico y la ciencia teológica, que llevaba a la recuperación de la Sagrada Escritura, que debía ser estudiada con seriedad y convertida en el centro de la teología. En el proyecto de Cisneros, como fundador de la Universidad de Alcalá, estaba muy presente la intención de un proyecto formativo que fuera más allá de una simple instrucción. Era la oportunidad —y así lo será también para el santo manchego— de ampliar sus horizontes de comprensión. Otear diversas posibilidades y opciones. Formar a hombres cabales, que fueran capaces de responder a la acción evangelizadora de la Iglesia, en su propio entorno y con respuestas coherentes e, incluso, novedosas.

Fue esta una etapa fundante en la vida del maestro Ávila, que él supo aprovechar, tal y como luego se proyectará en su futuro. Un tiempo de interiorización y profundización, de estudio, de conocimiento de Dios, de amistad acrisolada en el proyecto evangélico. En aquella universidad, donde permeaba por todas partes un ansia y proyecto evangelizador, estará acompañado y dirigido por grandes figuras. Allí tendrá como compañero y amigo al futuro arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, siendo también coetáneas otras figuras significativas del momento, como es el caso de Juan de Valdés, Bartolomé Carranza, Ignacio de Loyola, Juan Ginés de Sepúlveda o el mismo doctor Constantino.

Fray Luis de Granada, que escribió una biografía sobre San Juan de Ávila, resalta la relación especial que tuvo con su maestro Domingo de Soto. El detalle tiene su importancia, ya que el dominico es una de las grandes figuras teológicas de la época; hombre de amplios y diversos intereses, que muestra especial atención a los problemas prácticos que se vivían en diversos lugares, así como también hacia

las cuestiones físicas o constructivas —algo que estará también presente en la vida de San Juan de Ávila—. Entre sus preocupaciones estaban los temas americanos: los derechos de los indios, el problema del dominio, las guerras de conquista o, en la misma línea, la preocupación por la situación que sufrían los pobres en Castilla. Es probable, por tanto, que la relación entre ambos no fuera solo fruto de una inquietud intelectual maestro-discípulo, sino que, en la misma, estuviera presente esa sensibilidad social que acompañará durante toda su vida al santo manchego.

Al mismo tiempo, sabemos también que otro de sus maestros será Juan de Medina, que explicaba en la catedral de nominales, que tendría en Alcalá una importancia singular, por la categoría que le confiere Cisneros. Este maestro explicaba a partir de Gabriel Biel, autor especialmente valorado por Juan de Ávila a lo largo de toda su vida y que tenía un carácter ecléctico, manteniéndose al margen de las disputas de escuelas. Tuvo una estrechísima vinculación con la *devotio moderna*, lo que le confería un carácter práctico e intimista, que resultaría atrayente al maestro Ávila. Al mismo tiempo, no se puede perder de vista la importancia que en la Universidad de Alcalá, a lo largo de estas décadas, va a tener Erasmo de Rotterdam. Precisamente, en 1525, las prensas de Alcalá de Miguel de Eguía estaban publicando ejemplares del *Enchiridion* en latín, del *De libero arbitrio* o de la *Paraphrasis* a los cuatro evangelios, a las epístolas de los apóstoles, entre otras. Un año más tarde le correspondía el turno a la edición castellana del *Enchiridion*. No es posible pensar que esta sensibilidad, tan viva y fresca, no tuviera una especial influencia en la configuración y formación del futuro presbítero. Por otra parte, sabemos cómo por medio de sus correspondencias recomendará a sus discípulos libros de Erasmo, al tiempo que le cita de manera directa e indirecta en su obra.

No cabe duda de que esta sensibilidad amplia, de corte intimista, con una clara proyección práctica, bebía también de la experiencia de estos y otros autores. Su maestro Juan de Medina, por otra parte, estaba vinculado con la teología escolástica, pero mostraba especial sensibilidad también hacia un hombre como imagen e hijo adoptivo de Dios, al cual era necesario ayudar y servir, para que viviera en su adecuada dignidad, abriéndose ya, de esta manera, a una metodología teológica práctica, que acompañará a Ávila toda su vida. Algo que él mismo reflejará atentamente, en diversos momentos y obras, pero que aparece singularmente expresado en el *Audi, filia* cuando afirma que «para lo mucho y para lo poco vuestra confianza primera sea en nuestro Señor; y la postrera los medios».

Cuando aún no había concluido su etapa alcalaína, después de seis años de estudio en Alcalá, vive la experiencia de la muerte de sus padres. El hecho debió de ser leído como una oportunidad para la entrega definitiva a la causa del Reino de Dios. Por eso mismo, antes de culminar los estudios de Teología —habiendo obtenido el grado de bachiller—, en 1526, se ordena de presbítero, volviendo a

su pueblo natal para celebrar su primera misa. El hecho muestra ya con mayor claridad su opción y destino: vende todos sus bienes —que eran cuantiosos— como consecuencia de la herencia de la explotación argentífera y los distribuye entre los pobres. No se trataba simplemente de un gesto, sino que era ya un claro proyecto de vida, que se irá concretando a lo largo de los días, los años y los proyectos que va llevando a la realidad.

Al mismo tiempo, el abandono del marco académico-universitario de Alcalá era una clara renuncia personal, máxime teniendo en cuenta que sus maestros lo consideraban como un estudiante dotado de unas cualidades especiales, como el mismo Domingo de Soto, que había afirmado «que, si siguiera escuelas, fuera de los más aventajados en letras que hubiere en España». Por ello su opción ha de ser vista también como una muestra de total desprendimiento, no solo de bienes materiales, sino también de posibilidades, entre las que con toda lógica se encontraría el *cursus honorum* universitario.

3. Un intento de vuelta a la Iglesia primitiva

Con todo empeño se dirige a Sevilla con la firme intención de embarcarse como misionero a Indias. A ello parece impulsarle el obispo dominico de Tlaxcala, fray Julián Garcés. No parece que sus preocupaciones sean las que se viven en el centro de Europa, como consecuencia de la Reforma; el suyo es un proyecto de vuelta a los orígenes del cristianismo, que venía identificado por la posibilidad de recuperar la frescura de las primeras comunidades cristianas; un proyecto que pretendía ubicarse en los márgenes de la fe, haciéndose real en la evangelización de los indios. Es, por ello, un proyecto utópico, sí, pero no solo ceñido en lo espiritual, sino que quería concretarse en la realidad. De esta manera, respondía a una argumentación teórica que era lo que había ido asimilando tanto en las aulas salmantinas como en las de Alcalá.

En Sevilla conocerá al sacerdote Francisco de Contreras, que pondrá todos los medios para que Ávila se quede evangelizando en Andalucía. Para ello se valdrá especialmente del arzobispo Alonso Manrique, que quedará fascinado de las cualidades que acompañan al neopresbítero. Tendrá la oportunidad de predicar su primer sermón ante el arzobispo y las autoridades locales en la Colegiata del Salvador de Sevilla, el 22 de julio. De esta manera, mientras espera a que concluyan los requisitos de su pase a Indias, se entrega a la tarea evangelizadora, mediante la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana al pueblo. En este detalle se muestra ya su afinidad con el proyecto paulino, puesto que aprovechará

todos los momentos y ninguno le parece inadecuado para la tarea de acercar a los hombres a Dios. Ya sea como consecuencia de sus orígenes conversos o por la intervención de Francisco Contreras, no logrará realizar su sueño, por lo que tendrá que replantearse el futuro, decidiendo entregarse a la tarea evangelizadora en aquellas tierras, también claramente necesitadas de la Palabra de Dios.

Ante estas circunstancias, comienza a vivir con el dicho presbítero, que lleva una vida austera y sobria y, desde una relación de amigo-guía, le va introduciendo en la predicación. Es posible que aprovechara estos años para completar sus estudios teológicos en el Colegio de Santo Tomás de Sevilla y, progresivamente, se irá entregando a la tarea de la predicación en diversos lugares de la diócesis hispalense. Con la protección del maestro de espiritualidad dominico Domingo de Valtanás, comenzará su tarea apostólica en Écija, Lebrija, Alcalá de Guadaíra y otros lugares. No cabe duda de que San Juan de Ávila tenía la capacidad de ir acomodándose, obteniendo lo mejor de aquellos que le guiaban e introducían en el ministerio apostólico. Precisamente en Écija, en 1530, tiene lugar la conversión de la joven Sancha Carrillo, a quien dirigirá espiritualmente por medio de sus escritos, que, con el tiempo, darían lugar a su obra más importante, el *Audi, filia*. En su vida se intuye que son estos años de una profunda novedad y frescura, de una entrega a la predicación de forma libre y total, pero que necesitan todavía pasar a través del crisol que suponen los límites y las dudas.

Un año más tarde es denunciado a la Inquisición de Sevilla por haber mantenido proposiciones sospechosas en sus predicaciones, de promover, en Écija y Alcalá de Guadaíra, reuniones de grupos para hacer oración... Aquí debía de estar también la mano de la envidia, hacia un hombre que obtenía fructíferos resultados de su predicación y dirección espiritual, pero que, al mismo tiempo, estaba dejando en evidencia a otros pastores por su falta de celo. Una vez concluido el proceso informativo, que tendrá lugar entre el otoño de 1531 y el verano de 1532, es confinado en las cárceles de la Inquisición hispalense. A finales de año, en el mes de diciembre, responde de los cargos que se le habían imputado. El 16 de junio de 1533 concluirá el proceso, con la sentencia absolutoria por parte de la Suprema, que se hará pública el 5 de julio. El propio proceso da muestras de la atención que el proceso había generado en el pueblo, lo que quedará de manifiesto por el amplio número de testigos que lo defenderán.

La etapa de la cárcel la vivirá como un momento de profunda vida interior y de purificación, que le llevará a tomar conciencia radical de su compromiso y servicio en el mundo y para la Iglesia. Será un verdadero crisol de aquello que él considere como esencial. En la prisión sevillana irá pergeñando alguno de sus grandes proyectos. Allí llevará a cabo la traducción de la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, y comenzará a escribir el *Audi, filia*. En este sentido, es interesante notar que el joven clérigo, al emprender la tarea de traducir la obra singular de la

Devotio moderna, estaba poniendo de relieve la importancia que tenía el ejemplo de vida, que necesariamente debía concretarse, evidenciando la conexión existente entre la relación personal con Dios y las acciones, como muestras activas de amor hacia Él. Se trataba así de un cristocentrismo práctico, que estará muy presente en gran parte de la espiritualidad moderna castellana. De esta manera, una experiencia de cruz él será capaz de convertirla en un momento de gracia, de donde su cuerpo pudo salir afectado, pero su espíritu fortalecido y ampliamente purificado.

De Sevilla se trasladará a Córdoba, hacia finales de 1534, donde el obispo era el dominico fray Juan Álvarez de Toledo, que solicitará su colaboración para estimular la vida cristiana de sus fieles. Será el momento en que conozca a fray Luis de Granada, que había culminado sus estudios en San Gregorio de Valladolid, al que le unirá desde entonces una estrecha amistad. En el otoño de 1536, se traslada a Granada a instancias del arzobispo don Gaspar de Ávalos, que lo hospeda en su casa, con el fin de poder beneficiarse de su sabiduría. Con la intención de lograr que su estancia se hiciera definitiva en la diócesis, le ofrecerá la canonjía magistral, que el rechazará, en conformidad con su proyecto personal de renuncia y entrega a la tarea evangelizadora. Por otra parte, no hubiera sido comprensible otro comportamiento, a la luz de los comentarios indirectos que hará acerca de los canónigos. En ellos, además de la crítica sutil, no deja de haber un talante fresco de ironía, como cuando les dice que madruguen para poder celebrar los oficios, ya que «toman buenas rentas». A comienzos de 1537, por medio de su predicación, convierte a un mercader y aventurero portugués, que luego será el fundador de la Orden Hospitalaria, San Juan de Dios. Son estos años de gran actividad, desplazándose de un lado para otro, con la intención de cumplir con los compromisos apostólicos, así como con los que tenían relación estrecha con aquellos que acompañaba y dirigía. Ejemplo de ello será cuando se traslade a Guadalcazar, para acompañar a doña Sancha Carrillo en sus últimos momentos, haciendo lo propio después con sus restos hasta Córdoba.

4. Un proyecto integral y sistemático: la creación de colegios

En marzo de 1538, el cabildo de la catedral de Granada le encomienda la predicación de la bula de Cruzada. El detalle da cuenta de la importancia que había logrado ya su figura, al tiempo que pone de manifiesto que, para ese momento, había obtenido ya el grado de doctor en Teología, por lo que comenzará a hacer uso del título de maestro. En este momento emerge también su preocupación y sensibilidad pedagógico-educativa de manera activa. Si hasta este momento,

en su proyecto vital, estaban presentes algunos planes a realizar; ahora comienzan a concretarse, en medio de una profunda actividad como predicador y director de conciencias. El primero de esos proyectos será la fundación de un colegio, que posteriormente se convertirá en el Seminario Conciliar de San Cecilio. Al mismo tiempo tendrá también una participación activa en la organización de los colegios de Santa Catalina, de los Abades y de San Miguel.

El maestro Ávila estaba convencido de que la educación era un medio adecuado y oportuno para expresar y compartir la fe. Precisamente, partiendo del modelo de Alcalá en el que se había formado, no se trataba solo de encontrar maestros y docentes que estuvieran intelectualmente preparados, sino que era preciso que gozaran también de un estilo propio y evangélico; que sintieran aquello como un ministerio, como un verdadero envío. Precisamente por ello, en diversos momentos, dejará caer, con gran sutileza, expresiones que denotan su sentido más profundo. Ejemplo de ello será cuando afirme que «los escolásticos no son buenos para el púlpito», pero se intuye que, según su criterio, tampoco lo eran para la docencia, si en la misma no eran capaces de intuir un proyecto misionero apostólico. En este sentido, entendía que era preciso educar desde lo cotidiano, mirando a lo práctico, para que la propuesta pudiera fraguar sin muchas dificultades. Si el proyecto tenía su fundamento en lo que él había vivido en las aulas de Alcalá, ahora era él quien lo modelaba y configuraba, a partir de sus propias intuiciones: entre ellas estaba la incorporación de la doctrina cristiana a todo el proceso de aprendizaje, mediante la técnica mnemotécnica del canto. Un pedagogía que aparece sustentada en lo positivo y creativo de cada uno, lo que habla de un proyecto personalizado. Este detalle evidencia en él un proyecto de masas —que sería el de la predicación— y uno de corte más personal, que estaría vinculado, de manera especial, a la dirección espiritual y a la educación de niños y jóvenes. Esa educación, basada en el contexto y lo cotidiano de cada uno, estaba dirigida a lo práctico, de tal suerte que el proyecto no se quedara en algo teórico.

Intervendrá significativamente en diversos procesos de conversión y cambio de vida, como el del futuro San Francisco de Borja, que había llegado a Granada acompañando los restos de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Poco tiempo después, posiblemente como fruto de sus oportunas y activas intervenciones en proyectos educativos, don Rodrigo López le otorga poderes para fundar un colegio en Baeza, que iría prosperando hasta convertirse en una peculiar institución universitaria. Esta tarea, así como el afianzamiento de algunas instituciones educativas y la propuesta de otras, le obligará a residir en Baeza; lo que no impedirá que su ámbito de preocupaciones sea más amplio. Reflejo de ello es también su propuesta para la creación de un Estudio General en Córdoba. Es una época de profundo activismo, llevado de la conciencia de salvar y ganar almas para Dios, por lo que las tareas más institucionales de afianzamiento de los colegios no le impedirá seguir dedicado a la predicación, así como a la tarea de recon-

ciliar a los enfrentados, algo que hará en Baeza, con la colaboración directa de San Pedro de Alcántara.

Con todo, no cabe duda de que su gran proyecto será el Baeza, construido a partir de la idea de Alcalá, pero donde la actividad apostólica quedaba integrada como tarea concreta en la asistencia espiritual del pueblo, de tal suerte que nadie podía graduarse si no había salido primero a misionar. Era, por tanto, un proyecto con una finalidad diversa al que tenían las universidades y colegios del momento. A este fin crea la primera cátedra de Positivo (Escritura), pues esta era la herramienta fundamental de los predicadores: saber explicar la Palabra de Dios. Esa enseñanza, por otra parte, estaba orientada al discernimiento de los misterios revelados, de las explicaciones escolásticas que ayudaban y confundían a la gente sencilla. Buscaba, por tanto, que los colegiales no solo alcanzaran unos conocimientos intelectuales, sino que fueran más allá, alcanzando una sabiduría identificada en el seguimiento de Cristo, que ayudaba más a mover los corazones que un simple sermón intelectual. Por ello, en su proceso habrá una particular atención a los pobres, considerando que el «príncipe cristiano prohíba los excesivos gastos que en comer y en vestir, y otros atavíos de camas y cosas, y en otras cosas demasiadas se hacen».

Llega incluso a ser sagaz al tomar conciencia de que la educación es una preocupación profunda, no solo como consecuencia de un mayor o menor acodo económico, donde se ha de buscar la enseñanza para todos, puesto «que hay no pocos muchachos que, o por no tener padres o por tenerlos negligentes, no van a aprender a leer y escribir aunque tengan desocupación y dineros que dar al maestro; y sería el remedio dar poder a alguna persona para que, rogando o compeliendo, los hiciera ir a las aulas». Al mismo tiempo considera que el método más eficaz está basado en las actitudes profundas y en los valores, de los que han de ir investidos los maestros, por lo que considerará que el método de enseñanza se debe realizar «por modo de diálogo», lo que muestra una capacidad de cercanía y de preocupación concreta.

Un último detalle es el poner a los colegiales ante el ejemplo práctico y las dudas, superando la dialéctica con la realidad que el predicador y apóstol se encontraría en su ministerio, buscando, al mismo tiempo, su motivación profunda para que se mantengan en tan sacrificado ministerio, no optando a otras prelacías. Así en el *Tratado sobre el sacerdocio* afirma:

«Educación ni aparejo para alcanzar virtud no la hay; y así, con la soltura que viven antes que sean ordenados, con esa viven después. Pues oír casos de conciencia, y de conciencia moral ¿dónde? Que en siete o más universidades que en estos reinos de Castilla hay, en ninguna de ellas se leen; y poco aprovecha para este intento que se lea en ellas Teología y Derecho canónico, pues los que admi-

nistran estos oficios no se quieren poner a estudiar tan largos, y a muchos falta la posibilidad para mantener en las dichas universidades; y, si alguno la tiene, no se quiere poner en esos trabajos; y, si quiere y sale con ello, pretende volar a ganancias mayores, y no se quiere abajar a trabajo de curas y de confesonario, salvo si no es para oponerse a algún curato de gruesa renta, con tan poco fruto de los parroquianos como se sigue de los otros que no tienen ciencia».

En 1541 se traslada a Jerez de la Frontera para la creación de un nuevo colegio, que llevará por titular la Santa Cruz. Su predicación por las provincias de Córdoba, Sevilla y Granada tendrá frutos significativos, especialmente en discípulos y prosélitos que seguirán sus pasos. En 1544 obtiene la aprobación pontificia del Colegio-Seminario de Baeza, lo que hará que aumente también el número de alumnos, y consolide un proyecto educativo peculiar, como servicio apostólico a su entorno, aplicando para ello la sensibilidad propia y aquella que él había ido desarrollando a lo largo de los años. De esta manera, no se trataba de la fundación de una universidad más, sino de un estudio general o colegio-seminario, donde había una implicación más directa en el seguimiento de los colegiales y, por otra parte, donde se proponía la teología tomista —como han señalado diversos autores—, y se insistía particularmente en un método de enseñanza que miraba con especial atención hacia la finalidad de esos futuros clérigos: la acción evangelizadora. En este sentido, la preocupación del maestro Ávila no era solo la asimilación de unos conocimientos intelectuales, sino de esa síntesis que tenía su origen en la *Devotio Moderna* y una mirada singular en el humanismo, y que llevaba a una asunción de un compromiso interior y también con el mundo.

Es bastante plausible que sus centros educativos fueran también una oportunidad para poder contar con aquellos que habían quedado excluidos por medio de su carácter de judeoconvertos, ya fueran docentes o discentes. Por otra parte, no se puede perder de vista, en este sentido, que las distintas obras estarán siempre creadas a partir del apoyo de personas concretas, nunca desde un respaldo oficial, ya fuera civil o eclesiástico, teniendo por lo mismo un carácter de algo alternativo. Al mismo tiempo, esos colegios que se vayan sumando no funcionarán bajo una cabeza y proyecto común, sino que gozarán de total autonomía, a modo de una federación. ¿Quizás huyendo del riesgo que lleva el paso del carisma a la institución? Es probable que la propia experiencia de cristiano nuevo le llevará a huir activamente de toda forma de institucionalización, que no dejaba de ser una pérdida de libertad, al tiempo que quitaba frescura y espontaneidad a los proyectos.

Esa sensibilidad del esfuerzo y el propio sacrificio es algo que reflejará en muchos momentos y que puede, además de la vinculación conversa, tener también un entronque paulino, que lo entiende como una necesidad de cambiar la sociedad, darle nuevas herramientas. No deja de ser algo profundamente nuevo y vivo también para el presente de todas las épocas. Un ejemplo de ello es su

preocupación por transmitir la dignidad del trabajo, en medio de una sociedad construida desde los títulos de hidalguía, que llevaban a no hacer nada. Sus palabras, en los *Tratados de reforma* —Advertencias necesarias para los reyes—, resultan elocuentes:

«El holgar es cosa muy usada en España, y el usar oficio muy desestimada; y muchos quieren más mantenerse de tener tablero de juego en su casa, o de cosa semejante, que de usar un oficio honesto. Porque dicen que por esto pierden el privilegio de la hidalguía y no por lo otro. Y yo no alcanzo la razón de esta ley. San Josef fue carpintero; y no estaría mal a quien no tiene de comer por vía lícita aprender un oficio y usarlo en su casa, pues, por muy alto que sea, no será tanto con san Josef ni como Jesucristo nuestro Señor; que también ayudaba al oficio a su Ayo».

5. El amor como centro de la vida

En 1545 regresa a Montilla, desde donde reclamaba su presencia la marquesa de Priego para la atención espiritual de sus hijos. El detalle muestra nuevamente la intuición singular del maestro Ávila, que, sin renunciar a su vida sobria y pobre, va introduciendo a los condes de Feria en el itinerario de la vida cristiana, consiguiendo que apoyaran diversas obras asistenciales y apostólicas, de tal suerte que su vida de fe se concretará también en prácticas de caridad. Un año más tarde, en 1546, dedica varios meses a predicar y misionar por la provincia de Badajoz, concretamente en Zafra y sus entornos, adonde había sido llamado por los dichos condes. Regresará nuevamente a Montilla, haciendo constantes salidas para predicar. En 1547 pone en marcha una misión popular en la que participarán también 24 amigos y discípulos sacerdotes; dicha iniciativa se extenderá por Andalucía y La Mancha. Era una oportunidad para atender a las grandes masas de población, haciendo que la fe no quedara desdibujada, sino que siguiera siendo algo asumido en un proyecto personal. Así, su mensaje tiene la posibilidad de llegar a todos, puesto que a todos —sin distinción social— va propuesto. Esto, además, lo llevará a cabo por medio de una predicación sencilla, distante de la retórica y de los ambages de la época, valiéndose para ello de una coherencia entre el discurso concreto a transmitir y sus obras concretas. El mensaje, de esta manera, resultaba comprensible y, al mismo tiempo, provocador del cambio.

El 21 de noviembre de 1549 otorga poderes para la colación de los primeros grados en el Colegio-Universidad de Baeza. Para finales de ese año lo encontramos nuevamente en Zafra. En enero de 1550 viaja a Córdoba para agilizar la fundación del colegio y, al tiempo que sigue dedicado a la predicación, funda también el Colegio de San Nicasio en Priego de Córdoba, en la que le ayuda la condesa de Feria. Son, al mismo tiempo, años de grandes resultados apostólicos;

ejemplo de estos frutos es el ingreso en la Compañía de Jesús de gran parte de sus discípulos y, al mismo tiempo, el que el propio Ignacio de Loyola se interesase por su entrada en su orden. Él, con todo, seguirá firme a su proyecto, posiblemente también como fruto de haber abandonado ya antes una orden religiosa, aunque no tenemos más datos de ello.

Desde el año 1551 comienzan a visitarle los achaques, como fruto de la edad y de una vida de profunda entrega y sacrificio. Esta será la causa que le impida acompañar al Concilio de Trento a su amigo y compañero en Alcalá, don Pedro Guerrero, que, en este momento, ocupa la sede arzobispal de Granada. Por este motivo y con el fin de colaborar activamente en la reforma de la Iglesia, escribe para uso del prelado un *Memorial de reforma*, en el que Ávila pone de manifiesto que el conocimiento y el encuentro con Cristo es una puerta que llevará luego a acciones concretas. De esta manera, combina una espiritualidad trinitaria y eclesial, que tiene su vértice en la caridad. Era una propuesta de reforma desde el mismo corazón de la Iglesia, que tenía así un acento peculiar y de interioridad. Algo en lo que él insistirá especialmente:

«Que se tenga en cuenta no solo que sepan la doctrina cristiana de coro, mas que la ponga en obra, pues va mucho en que se acostumbren a ser virtuosos... Si la Iglesia se ha de reformar por aquí ha de ser el principio y este bien fundado es más que la mitad de la obra».

Al mismo tiempo seguirá predicando y trabajando activamente para lograr la creación del Estudio General en Córdoba. En 1553 logra la fundación de dicha institución, que compartirá edificio con el nuevo colegio de la Compañía. Y, aunque su salud está ya mermada, continúa entregado a la predicación popular. El ejemplo más significativo de esta época es nuevamente una gran misión popular que se extenderá no solo a Andalucía, sino también a Castilla-La Mancha y Extremadura. Las insistencias de los jesuitas le llegan, desde diversos personajes y lugares, intentando poder contar con él para el gran proyecto de la Compañía. El mismo San Ignacio afirmará que su entrada «traería tras sí mucha cosa en Ávila».

Pero él se muestra ya como promotor de una vida cristiana y, por lo mismo, de una espiritualidad a la medida de una sociedad donde la población más numerosa y necesitada de atención son los laicos. A ellos, laicos y sacerdotes seculares, dedica una mirada y atención especial. Renueva de esta manera la oportunidad para un número creciente de cristianos que experimenta una posibilidad en medio de su vida y sus necesidades humanas. Muestra para ello un profundo conocimiento del hombre, que le lleva a proponer incluso un equilibrio en la ascesis, y este va de la mano de un modelo y sistema educativo. Así se explica que la mayoría de sus proyectos y obras educativas intenten la cualificación y coherencia de vida de un clero capaz de ofrecer sabiduría nueva en la sociedad. Es

necesario insistir: Quiere pastores, no simples académicos, que estén volcados en la tarea del apostolado como servicio al pueblo. Su propuesta es un constante equilibrio, llegará a afirmar que «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, conviene hacellos». Y, si realmente quiere hacerlos, «ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otro modo es grande necedad». Cuando está proponiendo esto al Concilio él ya cuenta con la experiencia de aquellos que se han ido formando en las diversas escuelas promovidas por él. Para ello había cuidado también de que los que se educaran en los colegios tuvieran vocación y fueran hombres maduros, capaces de asumir la tarea que les sería encomendada. Que no estuvieran muy preocupados por su estatuto, sino por el servicio que habrían de prestar.

Plantear las cosas desde estas claves, como ya hemos señalado, suponía ante todo una reforma desde el corazón de la propia Iglesia, interior y profunda, que implicaba en primer lugar a aquellos que iban a ocupar un papel público y visible que, en razón de sus propias actitudes, podría atraer o alejar a otros. Estaba convencido de que «el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer», pero, precisamente, su propuesta era hacerlo desde el sentido más auténtico del cristiano, a partir del amor; como expresión radical de toda la vida. Esa relación que él propone e intenta promover es de una profunda intimidad, una experiencia directa de estar con el Señor.

Mientras para otros la preocupación estaba en responder y atajar las herejías, la suya era llevar a los hombres al amor de Dios, a vivir esa experiencia. Por otra parte, hay que reconocer que no es una novedad el crear instituciones educativas, pero sí la gestión y proyecto educativo interno que él propone. Un proyecto que comentaba considerando que una «vida sin mendicidad y riquezas, que es la más segura para los que no son perfectos», precisamente porque en los dos extremos se encuentran límites.

Un año más tarde, en 1554, debido a su quebrantada salud, decide retirarse definitivamente a Montilla, en una sencilla casa que le habían cedido los marqueses de Priego, y en la que permanecerá ya hasta el final de su vida. Los ejes de su vida, a partir de este momento, serán la oración, el estudio, el confesonario y la predicación. Será el momento en que, con gran lucidez y discreción, se dedique a concluir algunas de sus obras, al tiempo que se consagra al ministerio epistolar. Desde la distancia mantiene una mirada constante hacia los quince colegios y obras educativas que había fundado, que gozarán de sus atinadas intuiciones y reflexiones.

Es interesante a este respecto poner en evidencia que su proyecto educativo, aun siendo paralelo al de San Ignacio, era algo claramente diverso. Si los colegios de la Compañía respondían a un proyecto que San Ignacio había descubierto

a partir del modelo fundado en Gandía, el maestro Ávila tenía plena conciencia de crear diversas estructuras educativas, que sirvieran de plataforma para la educación de los infantes y jóvenes, así como para el desarrollo social y ético de la población andaluza. Era, por tanto, un proyecto pensado, pero que no respondía a la tradicional y consabida institucionalización de las obras, por medio de un tronco común, sino que su proyecto educativo estaba construido a partir de instituciones independientes, que no estaban solo vinculadas con él, sino en relación con muchas otras personas que atendían al proyecto, ya fuera por medio de su dedicación académica o económica.

En 1556, se publica en Alcalá, sin su autorización, el *Audi, filia*, apareciendo recogida, tres años más tarde, en el catálogo de libros prohibidos promovido por el inquisidor general Valdés, por lo que San Juan de Ávila se dedicará atentamente a reformar el libro, que, por diversas causas, no verá la luz hasta 1574. En ese mismo contexto, en 1561, escribirá el *Segundo Memorial* para el arzobispo Guerrero, que prepara su viaje para la tercera y última etapa del Concilio de Trento. Dos años más tarde, como fruto directo del propio Concilio, el obispo de Córdoba celebra un sínodo diocesano y, ante la incapacidad de Ávila para desplazarse a Córdoba, se vale de un clérigo, el licenciado Gómez, para que se lea en el mismo una plática sacerdotal suya. Era, por tanto, una manera de hacerse presente.

En los años siguientes, el obispo de Córdoba vuelve a solicitar su colaboración científica, en esta ocasión para el sínodo provincial, que deberá convocar por la ausencia forzada del primado de las Españas, el arzobispo de Toledo, fray Bartolomé de Carranza. En dicha tarea contará con la ayuda del licenciado Gómez. Con este fin escribirá las *Advertencias para el concilio provincial de Toledo*, ahondando en las mismas ideas, siempre desde lo concreto.

6. Confirmación de su santidad y magisterio

Al tiempo que su salud se va viendo mermada, sigue haciéndose presente en múltiples acontecimientos de la vida social y religiosa por medio de su correspondencia. Ejemplo de ello es que el 12 de septiembre de 1568, en que escribe a Teresa de Jesús, le da cuenta de haber examinado su *Libro de la vida*. Ella se lo había enviado con la intención de que él, como un renombrado maestro de vida espiritual, sería capaz de discernir y valorar su obra, en razón de las discrepancias acerca del mismo. Ella experimentará un profundo gozo con la carta del maestro, en la que le muestra su parecer favorable: «El maestro Ávila me escribe largo y le contenta todo», dirá ella.

Un año más tarde, el 10 de mayo de 1569, fallece en Montilla. Después de múltiples intentos, el 6 de abril de 1894, el Papa León XIII lo declara Beato. Pío XII, por su parte, el 2 de julio de 1946, lo declara Patrono principal del clero secular español y, en medio de los esfuerzos de diversas instituciones del clero secular, el 31 de mayo de 1970, el Papa Pablo VI lo canoniza solemnemente en Roma. Un año más tarde, la Conferencia Episcopal Española crea la «Junta pro Doctorado de San Juan de Ávila», encomendando a diversos expertos la preparación de todo el proceso. Será un camino lento y difícil, que culminará el 7 de octubre de 2012, cuando el Papa Benedicto XVI lo proclame Doctor de la Iglesia, en la apertura del Sínodo de Obispos, para la nueva evangelización. Un entorno magnífico para un hombre que entregó su vida a la causa del Evangelio sin poner límite alguno.



Experiencias

«Apadrinar un avi» (apadrinar un abuelo)

Cáritas Diocesana de Girona

I. Fundamentación

Puede parecer extraña la inclusión de una experiencia con personas mayores en un número dedicado a los jóvenes. Sin embargo, la Iglesia, formada por creyentes de todas las edades, puede ser signo de amor entre generaciones, de enriquecimiento personal. Y de eso se trata el programa que se presenta a continuación.

«El amor se expresa también mediante la atención esmerada de los ancianos que viven en la familia: su presencia supone un gran valor: Son un ejemplo de vinculación entre generaciones, un recurso para el bienestar de la familia y de toda la sociedad: “no solo pueden dar testimonio de que hay aspectos de la vida, como los valores humanos y culturales, morales y sociales, que no se miden en términos económicos o funcionales, sino ofrecer también una aportación eficaz en el ámbito laboral y en el de la responsabilidad. Se trata, en fin, no solo de hacer algo por los ancianos, sino de aceptar también a estas personas como colaboradores responsables, con modalidades que lo hagan realmente posible, como agentes de proyectos compartidos, bien en fase de programación, de diálogo o de actuación” (Juan Pablo II, *Mensaje a los participantes en la II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento*, Madrid 3 de abril de 2002). Como dice la Sagrada Escritura, las personas “todavía en la vejez tienen fruto” (Sal 92, 15). Los ancianos constituyen una importante escuela de vida, capaz de transmitir valores y tradiciones y de favorecer el crecimiento de los más jóvenes: estos aprenden así a buscar no solo el propio bien, sino también el de los demás. Si los ancianos se hallan en una situación de sufrimiento y dependencia, no solo necesitan cuidados médicos y asistencia adecuada, sino, sobre todo, ser tratados con amor»¹.

Lo significativo aquí es que los que actualizan ese amor del que habla la DSI sean, en este caso, los jóvenes. Máxime cuando el colectivo de personas mayores parece «poco atrayente» a un cierto tipo de mentalidad joven superficial que busca la belleza y el placer y que no está muy dispuesto a encontrarse con las heridas y arrugas de la vida de los mayores.

Una sola familia humana es uno de los ejes de toda la Doctrina Social de la Iglesia. Por ello, más allá de los vínculos de sangre, la solidaridad y ayuda mutua, y la participación en la vida social y política se inscriben en este movimiento en clave de fraternidad que es el que sostiene el proyecto «Apadrina un abuelo». Así es recogido también en el Compendio:

«La subjetividad social de las familias, tanto individualmente como asociadas, se expresa también con manifestaciones de solidaridad y ayuda mutua, no solo en-

1. *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, 222.

tre las mismas familias, sino también mediante diversas formas de participación en la vida social y política. Se trata de la consecuencia de la realidad familiar fundada en el amor: naciendo del amor y creciendo en él, la solidaridad pertenece a la familia como elemento constitutivo y estructural.

Es una solidaridad que puede asumir el rostro del servicio y de la atención a cuantos viven en la pobreza y en la indigencia, a los huérfanos, a los minusválidos, a los enfermos, a los ancianos, a quien está de luto, a cuantos viven en la confusión, en la soledad o en el abandono; una solidaridad que se abre a la acogida, a la tutela o a la adopción; que sabe hacerse voz ante las instituciones de cualquier situación de carencia, para que intervengan según sus finalidades específicas»².

Por último, sin dejar de considerar a las administraciones públicas como garantes de los derechos de los mayores a una asistencia social y sanitaria digna, también el proyecto pone en valor la participación de la sociedad civil en ese «tejer redes» en el que está empeñado Cáritas. Redes de solidaridad y de gratuidad, que vayan extendiendo una cultura intergeneracional de fraternidad.

«Muchas experiencias de voluntariado constituyen un ulterior ejemplo de gran valor, que lleva a considerar la sociedad civil como el lugar donde siempre es posible recomponer una ética pública centrada en la solidaridad, la colaboración concreta y el diálogo fraterno. Todos deben mirar con confianza estas potencialidades y colaborar con su acción personal para el bien de la comunidad en general y en particular de los más débiles y necesitados. Es también así como se refuerza el principio de la “subjetividad de la sociedad”»³.

Es, por tanto, el valor de la relación interpersonal frente a la soledad, que señala Benedicto XVI, el que marca la salida al encuentro de los jóvenes a esos mayores que sufren la soledad. Lo cual redundará en beneficio de los mayores y también de la maduración de los jóvenes

«Una de las pobrezas más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. (...) La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal la relación con los otros y con Dios. Por tanto, la importancia de dichas relaciones es fundamental»⁴.

2. *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, 246.

3. *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia*, 420.

4. *Caritas in veritate*, 53.

2. Justificación

Cáritas trabaja con los sectores sociales más desfavorecidos buscando generar procesos que contribuyan al desarrollo y a la promoción de la persona y también a la promoción de la justicia social. Una de las problemáticas sociales en que se encuentra Cáritas es que muchas personas mayores viven o se sienten solas, con carencias socioeconómicas y con necesidades de atención para poder llevar una vida cotidiana mínimamente digna.

Quien padece soledad, aunque no suele padecer síntomas extremos de gravedad, afirma que se trata de una experiencia desagradable y estresante, asociada con un importante impacto emocional, nerviosismo y angustia, tristeza, malhumor, creencias de ser rechazado. Los sentimientos de soledad son un claro riesgo para la salud, y cuanto más sola está una persona, más aumenta este riesgo.

Por otra parte, hace tiempo que se va detectando la falta de implicación de jóvenes en proyectos solidarios, sobre todo dirigidos a población envejecida. De ahí la iniciativa del proyecto «APRADRINAR UN AV!» (APADRINAR UN ABUELO), que permite ofrecer un espacio de participación solidaria a la gente joven dentro del programa de «GENT GRAN» (PERSONAS MAYORES) de Cáritas Diocesana de Girona, que tiene como finalidad paliar la soledad de las personas mayores que están solas.

El envejecimiento de la población y sus consecuencias se ha convertido en una cuestión muy importante para los que se ocupan de la formulación de las políticas. Por eso, en junio de 2000 la Asamblea General de las Naciones Unidas decidió convocar la Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, en donde se aprobó una medida especialmente relevante: considerar que la solidaridad intergeneracional, tanto en las familias como en las comunidades y las naciones, es fundamental para conseguir que nuestras sociedades sean para todas las edades.

El 2012 ha sido el Año Europeo del Envejecimiento Activo y de la Solidaridad Intergeneracional. Una ocasión para todos de reflexionar sobre el hecho de que los europeos viven ahora más y con más salud que nunca y de asumir las oportunidades que eso representa. El envejecimiento activo puede dar a la generación del *baby boom* y a las demás personas mayores del futuro la oportunidad de permanecer en el mercado laboral y compartir su experiencia, seguir ejerciendo un papel activo en la sociedad y vivir una vida lo más saludable y satisfactoria posible. También es fundamental mantener la solidaridad intergeneracional en sociedades en las que aumenta rápidamente el número de personas mayores.

El contacto intergeneracional planteado en el proyecto, que no es un contacto puntual, sino que es un compromiso que adquiere el joven durante un curso escolar como mínimo, tiene un efecto de prevención para la persona mayor muy claro: ayuda a potenciar un envejecimiento digno y, lo más importante, que estas personas se sientan reconocidas y valoradas. Por otra parte, contrariamente a lo que se puede pensar,



que los jóvenes solo se preocupan por su imagen, por pasarlo bien y que no son solidarios, trabajar en este proyecto nos sirve para demostrar que no siempre es así. Hablamos de jóvenes que, aparte de estudiar, hacer deporte u otras actividades, han contraído el compromiso de llevar a cabo una importante labor social: dedicar parte de su tiempo, de manera desinteresada, al acompañamiento a personas mayores.

Esta iniciativa quiere favorecer la relación entre los dos colectivos, a partir de un proyecto vivencial. El acompañamiento a personas mayores tiene resultados tangibles que podrán percibir los jóvenes. Además, en estos últimos años se está apreciando una progresiva pérdida de la importancia social de los mayores y, cada vez más, se reducen los contactos intergeneracionales. El proyecto, pues, es una oportunidad para promover la participación social de los jóvenes en actividades de voluntariado y fomentar los valores cívicos entre los jóvenes y también las relaciones intergeneracionales entre voluntarios jóvenes (a partir de quince años) y personas mayores que padecen soledad.

La buena respuesta que está teniendo el proyecto (25 centros educativos implicados de nueve poblaciones de la provincia de Girona) es un buen aval para poner todos nuestros esfuerzos en consolidarlo e implementarlo en otras poblaciones y darle un impulso importante.

3. Objetivos del proyecto

Objetivos generales

1. Implicar a la población joven en el compromiso y participación social en la promoción de las personas mayores que están en centros residenciales y padecen, sobre todo, soledad.

2. Fomentar la relación intergeneracional a través de los valores de convivencia y respeto de los jóvenes hacia los mayores.
3. Articular el proyecto en el territorio.

Objetivos específicos

1. Dar a conocer el proyecto a través de la difusión.
2. Sensibilizar a la población joven de la problemática de la soledad que padecen muchas personas mayores y de implicarse en actividades de promoción de dicho colectivo.
3. Acoger a los jóvenes y acompañarlos en su servicio.
4. Capacitar y formar a los jóvenes voluntarios.
5. Ofrecer acompañamiento y soporte social de los jóvenes hacia las personas mayores.
6. Potenciar los valores de convivencia y respeto entre los jóvenes y las personas mayores.
7. Consolidación del proyecto en las Cáritas que lo están llevando a cabo (nueve poblaciones).
8. Coordinarse con los centros educativos y con las residencias de mayores.
9. Promover la implantación del proyecto en otras poblaciones.



4. Acciones principales

- Acogida y seguimiento de los jóvenes voluntarios nuevos.
- Acompañamiento de los jóvenes de los diferentes centros educativos (25 centros) en su voluntariado en las residencias de mayores.
- Establecimiento de convenios con las residencias de mayores colaboradoras (28 residencias).

- Realización de sesiones de formación.
- Reuniones de coordinación con los jóvenes, las residencias de mayores y los centros educativos que participan en el proyecto.
- Reuniones internas de coordinación del equipo de profesionales (comisión de siete técnicos).



- Seguimiento periódico de los servicios de acompañamiento (nueve poblaciones: Banyoles, Fornells, Girona, La Bisbal, Lloret, Olot, Palamós, Salt y Sant Feliu de Guíxols).
- Soporte social de jóvenes (352 jóvenes voluntarios) a personas mayores (249 personas mayores participantes) de centros residenciales.
- Acciones de sensibilización y difusión del proyecto.
- Elaboración de la memoria anual del proyecto.
- Implantación del proyecto a nuevas poblaciones.

5. Metodología de intervención

El proyecto «APADRINAR UN ABUELO» quiere contribuir a la promoción de la participación social de los jóvenes en un proyecto solidario, en este caso con personas mayores. La finalidad es facilitar la convivencia y el aprendizaje entre jóvenes estudiantes y personas mayores que padecen soledad, a través del acompañamiento periódico y continuado que ofrecen los jóvenes a los mayores, y con el soporte de una formación y un seguimiento que proporciona Cáritas a los jóvenes que participan en el proyecto.

Para llevar adelante el proyecto seguimos la siguiente *metodología*:

- *Acompañamiento y soporte social del joven hacia la persona mayor.*
 - Escuchar y dar apoyo afectivo.
 - Facilitar la conversación mediante temas que puedan ser de su interés: anécdotas de cuando eran jóvenes, temas actuales, etc.
 - Realizar actividades de forma conjunta: pasear, jugar al ajedrez, a las cartas, al bingo, al dominó...

Este acompañamiento se realiza semanalmente, lo hacen uno o dos jóvenes por abuelo o se realizan actividades grupales de jóvenes y personas mayores juntas.



El responsable del servicio de las personas mayores de Cáritas (el técnico o el voluntario de soporte al técnico) pacta previamente con el joven el día de la semana y la hora en que se hará el servicio y se pone en contacto con la residencia. El compromiso de participación mínima es de un curso escolar y deseable hasta el inicio del curso siguiente, y se ofrece la posibilidad de continuar en cursos posteriores.

El personal del centro residencial hace la selección de las personas mayores que reúnen las condiciones para recibir el servicio y que quieren participar del proyecto. Cuando un joven empieza, se le informa de la situación en que está la persona mayor a quien hará el acompañamiento, a quien se motivará para que participe en diversas actividades. En la residencia los jóvenes tienen un referente para cualquier incidencia o duda que pueda haber durante el servicio.

- *Soporte organizativo de Cáritas.*
 - Contactar previamente con los centros educativos y residencias para informarles del proyecto.
 - Coordinarse con los diferentes agentes implicados (residencia y centro educativo) para garantizar un buen funcionamiento del servicio.
 - Convocar las reuniones de seguimiento necesarias con los jóvenes voluntarios.
 - Hacer un seguimiento periódico del acompañamiento de los jóvenes a las personas mayores (a través de visitas a las residencias, del correo electrónico, Facebook...).

- Garantizar una formación básica y promover la formación continua de los jóvenes.
- Hacer la evaluación del proyecto a final de curso.
- Organizar la Fiesta Solidaria Apadrinar un Abuelo para celebrar el final de curso.

El responsable de mayores de Cáritas (técnico o voluntario de soporte al técnico) es la persona de referencia del joven durante su participación en el proyecto y quien se ocupa de acompañarlo y hacer el seguimiento.

Para visibilizar el proyecto damos mucho énfasis al plan de difusión: además de la coordinación y trabajo en red de las nueve Cáritas que desarrollan el proyecto, potenciamos y vamos consolidando la coordinación con los centros educativos (25) y las residencias de mayores (28) para experimentar, así, formas de trabajo concertado.

La difusión se realiza a través de la memoria anual; los medios de comunicación (prensa, radio, televisión); reuniones informativas, de seguimiento y coordinación con las residencias de mayores, los centros educativos y los jóvenes voluntarios; folletos, dípticos, carteles y DVD *Apadrinar un abuelo* (que se encuentra en la web de Cáritas Diocesana de Girona y en YouTube), Facebook y Twitter.

6. Personas destinatarias y perfil

- Personas mayores que están en centros residenciales y padecen soledad.
- Alumnos de los últimos cursos de ESO y BACHILLERATO de centros educativos que pertenecen a poblaciones donde Cáritas está llevando a cabo el programa de GENTE MAYOR.
- Alumnos de ciclos formativos y de universidad.
- Jóvenes de parroquias.

Criterios para la selección de los voluntarios: jóvenes a partir de quince años que se comprometan a hacer un acompañamiento a personas mayores durante un curso escolar como mínimo, que tengan la autorización de sus padres —en caso de tener menos de 18 años— y que asistan a la formación y a las reuniones de seguimiento del servicio.



7. Recursos humanos

- Siete técnicos de Cáritas.
- Siete personas voluntarias de soporte a los técnicos de Cáritas.
- 28 técnicos referentes de las residencias de mayores donde se lleva a cabo el proyecto.
- 25 tutores de los centros educativos donde estudian los jóvenes.
- 265 jóvenes voluntarios.

8. Evolución proyecto 2008-2013

Curso escolar Inicio proyecto: 3 ^{er} trimestre	Poblaciones	Centros residenciales de mayores	Centros educativos	Jóvenes
2007-2008	1	2	1	6
2008-2009	1	3	5	44
2009-2010	3	8	8	61
2010-2011	5	23	15	236
2011-2012	9	28	23	253
2012-2013	9	28	25	352

El proyecto «APADRINAR UN ABUELO» tiene muy buena acogida tanto por los centros educativos como por las residencias, y la demanda va en aumento

para que se implante en otras poblaciones. El proyecto pretende abordar dos temas muy importantes en nuestra sociedad actual: por un lado, el acompañamiento en centros residenciales a personas mayores que padecen soledad y, por otro lado, la implicación de jóvenes en un voluntariado dirigido a personas mayores. Esta iniciativa quiere favorecer la relación entre los dos colectivos. Se pretende fomentar una relación personal intergeneracional a través de un proyecto vivencial y anónimo: facilitar la convivencia y el aprendizaje entre personas mayores y jóvenes estudiantes, a través de un acompañamiento periódico y continuado, de una formación y de un seguimiento.

Relato de una joven voluntaria del proyecto

ES COMO SI TE DIERAN UNA INYECCIÓN DE VIDA

La experiencia de una larga vida y el cansancio del monótono día a día se reflejaban en los ojos de Montse, que desde hace poco más de un año forma parte del proyecto «APADRINAR UN ABUELO», una iniciativa que tiene como objetivo paliar la soledad que padecen muchas personas mayores.



Todo empezó en el año 2008, cuando Cáritas vio la necesidad de hacer algo para ayudar a las personas mayores que se sienten solas (...).

Aída Fuentes, de 17 años, encontró en esta actividad una oportunidad para poder hacer una perfecta simbiosis entre el mundo frenético de los jóvenes y el día a día pausado y tranquilo de las personas mayores que residen en centros geriátricos. Ella ve estas visitas como un intercambio. «Yo le doy vitalidad y energía, mientras que ella me da serenidad y experiencia», afirma la joven. Por otra parte, este colectivo reclama muy poco rato de las nuevas generaciones, es decir, se pide un mínimo seguimiento, una hora y media a la semana. Estos minutos resultan insignificantes en comparación con lo que realmente se merecen las personas mayores, ya que son vitales en nuestra sociedad; ellos en un pasado constituyeron el alma del país, lo que somos ahora.

Montse y Aída pasan horas juntas, toman el sol, meriendan, miran la televisión o charlan de lo que les pasa por la cabeza. Son amigas. La primera vez que

la fue a visitar; Montse dijo que «le había hecho gracia, ilusión»; así pues, desde el primer encuentro tanto la una como la otra se tienen siempre en mente porque las dos salen muy beneficiadas de esta relación. «Montse es una mujer llena de energía, cercana, agradable, que no pasa por su mejor momento, pero, no obstante, no pierde la esperanza de poder pasar un verano en la playa —dice Aída riendo—, como siempre le digo que podremos hacer un día, siempre le animo a tirar para adelante, juntas decimos: “¡Todo irá bien!” Y nos miramos con complicidad, realmente paso ratos muy agradables con ella, nos compenetramos muy bien», explicaba la voluntaria recordando el tiempo que pasan juntas. Son experiencias que tanto la una como la otra sienten de manera diferente. Para una es «como si me dieran una inyección de vida»; para la otra es «como si fuera a ver a mi abuela», recuerdos que las dos conservan en un marco de plata en las dos mesitas de noche.

Los testimonios transmiten que ha valido la pena subir en este tren y animan a jóvenes con ganas de participar en esta experiencia. Para probarlo tan solo hace falta ponerse en contacto con Cáritas, donde se les informará y guiará sobre este proyecto.

«APADRINAR UN ABUELO», una iniciativa que cambia el reflejo de tus ojos. AÍDA Fuentes, voluntaria del proyecto «Apadrinar un avi» de Cáritas Diocesana de Girona.



Documentos

Para los agentes de la caridad, y para todo el pueblo de Dios, dos mensajes de Benedicto XVI han tenido, en sus últimos meses de Pontificado, especial eco y relevancia para la teología y pastoral de la caridad. La relación entre la fe y la caridad y la construcción de la paz y la justicia han sido abordadas por Benedicto XVI en sendos mensajes.

Por ello, aunque la publicación de los documentos puede resultar fuera de tiempo litúrgico y cronológico, reproducimos dos mensajes del Papa Emérito: Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz (1 de enero) y el Mensaje para la Cuaresma 2013 (1 de febrero).

10. Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para celebrar la XLVI Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 2013)

Bienaventurados los que trabajan por la paz

1. Cada nuevo año trae consigo la esperanza de un mundo mejor. En esta perspectiva, pido a Dios, Padre de la humanidad, que nos conceda la concordia y la paz, para que se puedan cumplir las aspiraciones de una vida próspera y feliz para todos.

Trascurridos 50 años del Concilio Vaticano II, que ha contribuido a fortalecer la misión de la Iglesia en el mundo, es alentador constatar que los cristianos, como Pueblo de Dios en comunión con él y caminando con los hombres, se comprometen en la historia compartiendo las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias¹, anunciando la salvación de Cristo y promoviendo la paz para todos.

1. Cf. Conc. Ecum. Vat. II, cost. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, I.

En efecto, este tiempo nuestro, caracterizado por la globalización, con sus aspectos positivos y negativos, así como por sangrientos conflictos aún en curso, y por amenazas de guerra, reclama un compromiso renovado y concertado en la búsqueda del bien común, del desarrollo de todos los hombres y de todo el hombre.

Causan alarma los focos de tensión y contraposición provocados por la creciente desigualdad entre ricos y pobres, por el predominio de una mentalidad egoísta e individualista, que se expresa también en un capitalismo financiero no regulado. Aparte de las diversas formas de terrorismo y delincuencia internacional, representan un peligro para la paz los fundamentalismos y fanatismos que distorsionan la verdadera naturaleza de la religión, llamada a favorecer la comunión y la reconciliación entre los hombres.

Y, sin embargo, las numerosas iniciativas de paz que enriquecen el mundo atestiguan la vocación innata de la humanidad hacia la paz. El deseo de paz es una aspiración esencial de cada hombre, y coincide en cierto modo con el deseo de una vida humana plena, feliz y lograda. En otras palabras, el deseo de paz se corresponde con un principio moral fundamental, a saber, con el derecho y el deber a un desarrollo integral, social, comunitario, que forma parte del diseño de Dios sobre el hombre. El hombre está hecho para la paz, que es un don de Dios.

Todo esto me ha llevado a inspirarme para este mensaje en las palabras de Jesucristo: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

La bienaventuranza evangélica

2. Las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23) son promesas. En la tradición bíblica, en efecto, la bienaventuranza pertenece a un género literario que comporta siempre una buena noticia, es decir, un evangelio que culmina con una promesa. Por tanto, las bienaventuranzas no son meras recomendaciones morales, cuya observancia prevé que, a su debido tiempo —un tiempo situado normalmente en la otra vida—, se obtenga una recompensa, es decir, una situación de felicidad futura. La bienaventuranza consiste más bien en el cumplimiento de una promesa dirigida a todos los que se dejan guiar por las exigencias de la verdad, la justicia y el amor. Quienes se encomiendan a Dios y a sus promesas son considerados frecuentemente por el mundo como ingenuos o alejados de la realidad. Sin embargo, Jesús les declara que, no solo en la otra vida sino ya en esta, descubrirán que son hijos de Dios, y que, desde siempre y para siempre, Dios es totalmente solidario con ellos. Comprenderán que no

están solos, porque él está a favor de los que se comprometen con la verdad, la justicia y el amor: Jesús, revelación del amor del Padre, no duda en ofrecerse con el sacrificio de sí mismo. Cuando se acoge a Jesucristo, Hombre y Dios, se vive la experiencia gozosa de un don inmenso: compartir la vida misma de Dios, es decir, la vida de la gracia, prenda de una existencia plenamente bienaventurada. En particular, Jesucristo nos da la verdadera paz que nace del encuentro confiado del hombre con Dios.

La bienaventuranza de Jesús dice que la paz es al mismo tiempo un don mesiánico y una obra humana. En efecto, la paz presupone un humanismo abierto a la trascendencia. Es fruto del don recíproco, de un enriquecimiento mutuo, gracias al don que brota de Dios, y que permite vivir con los demás y para los demás. La ética de la paz es ética de la comunión y de la participación. Es indispensable, pues, que las diferentes culturas actuales superen antropologías y éticas basadas en presupuestos teórico-prácticos puramente subjetivistas y pragmáticos, en virtud de los cuales las relaciones de convivencia se inspiran en criterios de poder o de beneficio, los medios se convierten en fines, y viceversa, la cultura y la educación se centran únicamente en los instrumentos, en la tecnología y la eficiencia. Una condición previa para la paz es el desmantelamiento de la dictadura del relativismo moral y del presupuesto de una moral totalmente autónoma, que cierra las puertas al reconocimiento de la imprescindible ley moral natural inscrita por Dios en la conciencia de cada hombre. La paz es la construcción de la convivencia en términos racionales y morales, apoyándose sobre un fundamento cuya medida no la crea el hombre, sino Dios: «El Señor da fuerza a su pueblo, el Señor bendice a su pueblo con la paz», dice el Salmo 29 (v. 11).

La paz, don de Dios y obra del hombre

3. La paz concierne a la persona humana en su integridad e implica la participación de todo el hombre. Se trata de paz con Dios viviendo según su voluntad. Paz interior con uno mismo, y paz exterior con el prójimo y con toda la creación. Comporta principalmente, como escribió el beato Juan XXIII en la encíclica *Pacem in Terris*, de la que dentro de pocos meses se cumplirá el 50.º aniversario, la construcción de una convivencia basada en la verdad, la libertad, el amor y la justicia². La negación de lo que constituye la verdadera naturaleza del ser humano en sus dimensiones constitutivas, en su capacidad intrínseca de conocer la ver-

2. Cf. Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963): AAS 55 (1963), 265-266.

dad y el bien y, en última instancia, a Dios mismo, pone en peligro la construcción de la paz. Sin la verdad sobre el hombre, inscrita en su corazón por el Creador, se menoscaba la libertad y el amor; la justicia pierde el fundamento de su ejercicio.

Para llegar a ser un auténtico trabajador por la paz, es indispensable cuidar la dimensión trascendente y el diálogo constante con Dios, Padre misericordioso, mediante el cual se implora la redención que su Hijo Unigénito nos ha conquistado. Así podrá el hombre vencer ese germen de oscuridad y de negación de la paz que es el pecado en todas sus formas: el egoísmo y la violencia, la codicia y el deseo de poder y dominación, la intolerancia, el odio y las estructuras injustas.

La realización de la paz depende en gran medida del reconocimiento de que, en Dios, somos una sola familia humana. Como enseña la encíclica *Pacem in terris*, se estructura mediante relaciones interpersonales e instituciones apoyadas y animadas por un «nosotros» comunitario, que implica un orden moral interno y externo, en el que se reconocen sinceramente, de acuerdo con la verdad y la justicia, los derechos recíprocos y los deberes mutuos. La paz es un orden vivificado e integrado por el amor, capaz de hacer sentir como propias las necesidades y las exigencias del prójimo, de hacer partícipes a los demás de los propios bienes, y de tender a que sea cada vez más difundida en el mundo la comunión de los valores espirituales. Es un orden llevado a cabo en la libertad, es decir, en el modo que corresponde a la dignidad de las personas, que por su propia naturaleza racional asumen la responsabilidad de sus propias obras³.

La paz no es un sueño, no es una utopía: la paz es posible. Nuestros ojos deben ver con mayor profundidad, bajo la superficie de las apariencias y las manifestaciones, para descubrir una realidad positiva que existe en nuestros corazones, porque todo hombre ha sido creado a imagen de Dios y llamado a crecer, contribuyendo a la construcción de un mundo nuevo. En efecto, Dios mismo, mediante la encarnación del Hijo, y la redención que él llevó a cabo, ha entrado en la historia, haciendo surgir una nueva creación y una alianza nueva entre Dios y el hombre (cf. Jr 31,31-34), y dándonos la posibilidad de tener «un corazón nuevo» y «un espíritu nuevo» (cf. Ez 36,26).

Precisamente por eso, la Iglesia está convencida de la urgencia de un nuevo anuncio de Jesucristo, el primer y principal factor del desarrollo integral de los pueblos, y también de la paz. En efecto, Jesús es nuestra paz, nuestra justicia, nuestra reconciliación (cf. Ef 2,14; 2Co 5,18). El que trabaja por la paz, según la bienaventuranza de Jesús, es aquel que busca el bien del otro, el bien total del alma y el cuerpo, hoy y mañana.

3. Cf. *ibíd.*: AAS 55 (1963), 266.

A partir de esta enseñanza se puede deducir que toda persona y toda comunidad —religiosa, civil, educativa y cultural— está llamada a trabajar por la paz. La paz es principalmente la realización del bien común de las diversas sociedades, primarias e intermedias, nacionales, internacionales y de alcance mundial. Precisamente por esta razón se puede afirmar que las vías para construir el bien común son también las vías a seguir para obtener la paz.

Los que trabajan por la paz son quienes aman, defienden y promueven la vida en su integridad

4. El camino para la realización del bien común y de la paz pasa ante todo por el respeto de la vida humana, considerada en sus múltiples aspectos, desde su concepción, en su desarrollo y hasta su fin natural. Auténticos trabajadores por la paz son, entonces, los que aman, defienden y promueven la vida humana en todas sus dimensiones: personal, comunitaria y trascendente. La vida en plenitud es el culmen de la paz. Quien quiere la paz no puede tolerar atentados y delitos contra la vida.

Quienes no aprecian suficientemente el valor de la vida humana y, en consecuencia, sostienen, por ejemplo, la liberación del aborto tal vez no se dan cuenta que, de este modo, proponen la búsqueda de una paz ilusoria. La huida de las responsabilidades, que envilece a la persona humana, y mucho más la muerte de un ser inerme e inocente, nunca podrán traer felicidad o paz. En efecto, ¿cómo es posible pretender conseguir la paz, el desarrollo integral de los pueblos o la misma salvaguardia del ambiente, sin que sea tutelado el derecho a la vida de los más débiles, empezando por los que aún no han nacido? Cada agresión a la vida, especialmente en su origen, provoca inevitablemente daños irreparables al desarrollo, a la paz, al ambiente. Tampoco es justo codificar de manera subrepticia falsos derechos o libertades, que, basados en una visión reductiva y relativista del ser humano, y mediante el uso hábil de expresiones ambiguas encaminadas a favorecer un pretendido derecho al aborto y a la eutanasia, amenazan el derecho fundamental a la vida.

También la estructura natural del matrimonio debe ser reconocida y promovida como la unión de un hombre y una mujer; frente a los intentos de equipararla desde un punto de vista jurídico con formas radicalmente distintas de unión que, en realidad, dañan y contribuyen a su desestabilización, oscureciendo su carácter particular y su papel insustituible en la sociedad.

Estos principios no son verdades de fe, ni una mera derivación del derecho a la libertad religiosa. Están inscritos en la misma naturaleza humana, se pueden conocer por la razón, y por tanto son comunes a toda la humanidad. La acción de la Iglesia al promoverlos no tiene un carácter confesional, sino que se dirige a todas las personas, prescindiendo de su afiliación religiosa. Esta acción se hace tanto más necesaria cuanto más se niegan o no se comprenden estos principios, lo que es una ofensa a la verdad de la persona humana, una herida grave infligida a la justicia y a la paz.

Por tanto, constituye también una importante cooperación a la paz el reconocimiento del derecho al uso del principio de la objeción de conciencia con respecto a leyes y medidas gubernativas que atentan contra la dignidad humana, como el aborto y la eutanasia, por parte de los ordenamientos jurídicos y la administración de la justicia.

Entre los derechos humanos fundamentales, también para la vida pacífica de los pueblos, está el de la libertad religiosa de las personas y las comunidades. En este momento histórico, es cada vez más importante que este derecho sea promovido no solo desde un punto de vista negativo, como *libertad frente* —por ejemplo, frente a obligaciones o constricciones de la libertad de elegir la propia religión—, sino también desde un punto de vista positivo, en sus varias articulaciones, como *libertad de*, por ejemplo, testimoniar la propia religión, anunciar y comunicar su enseñanza, organizar actividades educativas, benéficas o asistenciales que permitan aplicar los preceptos religiosos, ser y actuar como organismos sociales, estructurados según los principios doctrinales y los fines institucionales que les son propios. Lamentablemente, incluso en países con una antigua tradición cristiana, se están multiplicando los episodios de intolerancia religiosa, especialmente en relación con el cristianismo o de quienes simplemente llevan signos de identidad de su religión.

El que trabaja por la paz debe tener presente que, en sectores cada vez mayores de la opinión pública, la ideología del liberalismo radical y de la tecnocracia insinúan la convicción de que el crecimiento económico se ha de conseguir incluso a costa de erosionar la función social del Estado y de las redes de solidaridad de la sociedad civil, así como de los derechos y deberes sociales. Estos derechos y deberes han de ser considerados fundamentales para la plena realización de otros, empezando por los civiles y políticos.

Uno de los derechos y deberes sociales más amenazados actualmente es el derecho al trabajo. Esto se debe a que, cada vez más, el trabajo y el justo reconocimiento del estatuto jurídico de los trabajadores no están adecuadamente valorizados, porque el desarrollo económico se hace depender sobre todo de la absoluta libertad de los mercados. El trabajo es considerado una mera varia-

ble dependiente de los mecanismos económicos y financieros. A este propósito, reitero que la dignidad del hombre, así como las razones económicas, sociales y políticas, exigen que «se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos, o lo mantengan»⁴. La condición previa para la realización de este ambicioso proyecto es una renovada consideración del trabajo, basada en los principios éticos y valores espirituales, que robustezca la concepción del mismo como bien fundamental para la persona, la familia y la sociedad. A este bien corresponde un deber y un derecho que exigen nuevas y valientes políticas de trabajo para todos.

Construir el bien de la paz mediante un nuevo modelo de desarrollo y de economía

5. Actualmente son muchos los que reconocen que es necesario un nuevo modelo de desarrollo, así como una nueva visión de la economía. Tanto el desarrollo integral, solidario y sostenible, como el bien común exigen una correcta escala de valores y bienes, que se pueden estructurar teniendo a Dios como referencia última. No basta con disposiciones de muchos medios y una amplia gama de opciones, aunque sean de apreciar. Tanto los múltiples bienes necesarios para el desarrollo como las opciones posibles deben ser usados según la perspectiva de una vida buena, de una conducta recta que reconozca el primado de la dimensión espiritual y la llamada a la consecución del bien común. De otro modo, pierden su justa valencia, acabando por ensalzar nuevos ídolos.

Para salir de la actual crisis financiera y económica —que tiene como efecto un aumento de las desigualdades— se necesitan personas, grupos e instituciones que promuevan la vida, favoreciendo la creatividad humana para aprovechar incluso la crisis como una ocasión de discernimiento y un nuevo modelo económico. El que ha prevalecido en los últimos decenios postulaba la maximización del provecho y del consumo, en una óptica individualista y egoísta, dirigida a valorar a las personas solo por su capacidad de responder a las exigencias de la competitividad. Desde otra perspectiva, sin embargo, el éxito auténtico y duradero se obtiene con el don de uno mismo, de las propias capacidades intelectuales, de la propia iniciativa, puesto que un desarrollo económico sostenible, es decir, auténticamente humano, necesita del principio de gratuidad como manifestación

4. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 32: AAS 101 (2009), 666-667.

de fraternidad y de la lógica del don⁵. En concreto, dentro de la actividad económica, el que trabaja por la paz se configura como aquel que instaura con sus colaboradores y compañeros, con los clientes y los usuarios, relaciones de lealtad y de reciprocidad. Realiza la actividad económica por el bien común, vive su esfuerzo como algo que va más allá de su propio interés, para beneficio de las generaciones presentes y futuras. Se encuentra así trabajando no solo para sí mismo, sino también para dar a los demás un futuro y un trabajo digno.

En el ámbito económico, se necesitan, especialmente por parte de los Estados, políticas de desarrollo industrial y agrícola que se preocupen del progreso social y la universalización de un Estado de derecho y democrático. Es fundamental e imprescindible, además, la estructuración ética de los mercados monetarios, financieros y comerciales; estos han de ser estabilizados y mejor coordinados y controlados, de modo que no se cause daño a los más pobres. La solicitud de los muchos que trabajan por la paz se debe dirigir además —con una mayor resolución respecto a lo que se ha hecho hasta ahora— a atender la crisis alimentaria, mucho más grave que la financiera. La seguridad de los aprovisionamientos de alimentos ha vuelto a ser un tema central en la agenda política internacional, a causa de crisis relacionadas, entre otras cosas, con las oscilaciones repentinas de los precios de las materias primas agrícolas, los comportamientos irresponsables por parte de algunos agentes económicos y con un insuficiente control por parte de los gobiernos y la comunidad internacional. Para hacer frente a esta crisis, los que trabajan por la paz están llamados a actuar juntos con espíritu de solidaridad, desde el ámbito local hasta el internacional, con el objetivo de poner a los agricultores, en particular en las pequeñas realidades rurales, en condiciones de poder desarrollar su actividad de modo digno y sostenible desde un punto de vista social, ambiental y económico.

La educación a una cultura de la paz: el papel de la familia y de las instituciones

6. Deseo reiterar con fuerza que todos los que trabajan por la paz están llamados a cultivar la pasión por el bien común de la familia y la justicia social, así como el compromiso por una educación social idónea.

Ninguno puede ignorar o minimizar el papel decisivo de la familia, célula base de la sociedad desde el punto de vista demográfico, ético, pedagógico, eco-

5. Cf. *ibíd.*, 34. 36: AAS 101 (2009), 668-670; 671-672.

nómico y político. Esta tiene como vocación natural promover la vida: acompaña a las personas en su crecimiento y las anima a potenciarse mutuamente mediante el cuidado recíproco. En concreto, la familia cristiana lleva consigo el germen del proyecto de educación de las personas según la medida del amor divino. La familia es uno de los sujetos sociales indispensables en la realización de una cultura de la paz. Es necesario tutelar el derecho de los padres y su papel primario en la educación de los hijos, en primer lugar en el ámbito moral y religioso. En la familia nacen y crecen los que trabajan por la paz, los futuros promotores de una cultura de la vida y del amor⁶.

En esta inmensa tarea de educación a la paz están implicadas en particular las comunidades religiosas. La Iglesia se siente partícipe en esta gran responsabilidad a través de la nueva evangelización, que tiene como pilares la conversión a la verdad y al amor de Cristo y, consecuentemente, un nuevo nacimiento espiritual y moral de las personas y las sociedades. El encuentro con Jesucristo plasma a los que trabajan por la paz, comprometiéndoles en la comunión y la superación de la injusticia.

Las instituciones culturales, escolares y universitarias desempeñan una misión especial en relación con la paz. A ellas se les pide una contribución significativa no solo en la formación de nuevas generaciones de líderes, sino también en la renovación de las instituciones públicas, nacionales e internacionales. También pueden contribuir a una reflexión científica que asiente las actividades económicas y financieras en un sólido fundamento antropológico y ético. El mundo actual, particularmente el político, necesita del soporte de un pensamiento nuevo, de una nueva síntesis cultural, para superar tecnicismos y armonizar las múltiples tendencias políticas con vistas al bien común. Este, considerado como un conjunto de relaciones interpersonales e institucionales positivas al servicio del crecimiento integral de los individuos y los grupos, es la base de cualquier educación a la auténtica paz.

Una pedagogía del que trabaja por la paz

7. Como conclusión, aparece la necesidad de proponer y promover una pedagogía de la paz. Esta pide una rica vida interior; claros y válidos referentes morales, actitudes y estilos de vida apropiados. En efecto, las iniciativas por la paz contribuyen al bien común y crean interés por la paz y educan para ella. Pensamientos,

6. Cf. JUAN PABLO II: *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1994* (8 diciembre 1993), 2: AAS 86 (1994), 156-162.

palabras y gestos de paz crean una mentalidad y una cultura de la paz, una atmósfera de respeto, honestidad y cordialidad. Es necesario enseñar a los hombres a amarse y educarse a la paz, y a vivir con benevolencia, más que con simple tolerancia. Es fundamental que se cree el convencimiento de que «hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas, aceptar las disculpas sin exigir las y, en fin, perdonar»⁷ de modo que los errores y las ofensas puedan ser en verdad reconocidos para avanzar juntos hacia la reconciliación. Esto supone la difusión de una pedagogía del perdón. El mal, en efecto, se vence con el bien, y la justicia se busca imitando a Dios Padre que ama a todos sus hijos (cf. Mt 5,21-48). Es un trabajo lento, porque supone una evolución espiritual, una educación a los más altos valores, una visión nueva de la historia humana. Es necesario renunciar a la falsa paz que prometen los ídolos de este mundo y a los peligros que la acompañan; a esta falsa paz que hace las conciencias cada vez más insensibles, que lleva a encerrarse en uno mismo, a una existencia atrofiada, vivida en la indiferencia. Por el contrario, la pedagogía de la paz implica acción, compasión, solidaridad, valentía y perseverancia.

Jesús encarna el conjunto de estas actitudes en su existencia, hasta el don total de sí mismo, hasta «perder la vida» (cf. Mt 10,39; Lc 17,33; Jn 12,35). Promete a sus discípulos que, antes o después, harán el extraordinario descubrimiento del que hemos hablado al inicio, es decir, que en el mundo está Dios, el Dios de Jesús, completamente solidario con los hombres. En este contexto, quisiera recordar la oración con la que se pide a Dios que nos haga instrumentos de su paz, para llevar su amor donde hubiese odio, su perdón donde hubiese ofensa, la verdadera fe donde hubiese duda. Por nuestra parte, junto al beato Juan XXIII, pidamos a Dios que ilumine también con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que, al mismo tiempo que se esfuerzan por el justo bienestar de sus ciudadanos, aseguren y defiendan el don hermosísimo de la paz; que encienda las voluntades de todos los hombres para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la recíproca comprensión, para perdonar, en fin, a cuantos nos hayan injuriado. De esta manera, bajo su auspicio y amparo, todos los pueblos se abracen como hermanos y florezca y reine siempre entre ellos la tan anhelada paz⁸.

Con esta invocación, pido que todos sean verdaderos trabajadores y constructores de paz, de modo que la ciudad del hombre crezca en fraterna concordia, en prosperidad y paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 2012

7. «Discurso a los miembros del gobierno, de las instituciones de la república, el cuerpo diplomático, los responsables religiosos y los representantes del mundo de la cultura, Baabda-Líbano» (15 septiembre 2012), *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española, 23 septiembre 2012, p. 6.
8. Cf. Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963): AAS 55 (1963), 304.

II. Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Cuaresma 2013

**Creer en la caridad suscita caridad
«Hemos conocido el amor que Dios tiene
y hemos creído en él» (1Jn 4,16)**

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la *Cuaresma*, en el marco del Año de la Fe, nos ofrece una ocasión preciosa para meditar sobre la relación entre fe y caridad: entre creer en Dios, el Dios de Jesucristo, y el amor, que es fruto de la acción del Espíritu Santo y nos guía por un camino de entrega a Dios y a los demás.

I. La fe como respuesta al amor de Dios

En mi primera encíclica expuse ya algunos elementos para comprender el estrecho vínculo entre estas dos virtudes teologales, la fe y la caridad. Partiendo

de la afirmación fundamental del apóstol Juan: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1Jn 4,16), recordaba que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,10), ahora el amor ya no es solo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro (*Deus caritas est*, 1). La fe constituye la adhesión personal —que incluye todas nuestras facultades— a la revelación del amor gratuito y «apasionado» que Dios tiene por nosotros y que se manifiesta plenamente en Jesucristo. El encuentro con Dios Amor no solo comprende el corazón, sino también el entendimiento: «El reconocimiento del Dios vivo es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor».

Sin embargo, este es un proceso que siempre está en camino: «el amor nunca se da por “concluido” y completado» (ibíd., 17). De aquí deriva para todos los cristianos y, en particular, para los «agentes de la caridad», la necesidad de la fe, del «encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad» (ibíd., 31a).

El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por este amor —«*caritas Christi urget nos*» (2Co 5,14)—, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo (cf. ibíd., 33). Esta actitud nace ante todo de la conciencia de que el Señor nos ama, nos perdona, incluso nos sirve, se inclina a lavar los pies de los apóstoles y se entrega a sí mismo en la cruz para atraer a la humanidad al amor de Dios.

«La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor... La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar» (ib., 39). Todo esto nos lleva a comprender que la principal actitud característica de los cristianos es precisamente «el amor fundado en la fe y plasmado por ella» (ibíd., 7).

2. La caridad como vida en la fe

Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita

iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el «sí» de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor; que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido.

Sin embargo, Dios no se contenta con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí, transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con San Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (cf. Ga 2,20).

Cuando dejamos espacio al amor de Dios, nos hace semejantes a él, partícipes de su misma caridad.

Abrirnos a su amor significa dejar que él viva en nosotros y nos lleve a amar con él, en él y como él; solo entonces nuestra fe llega verdaderamente «a actuar por la caridad» (Ga 5,6) y él mora en nosotros (cf. 1Jn 4,12).

La fe es conocer la verdad y adherirse a ella (cf. 1Tm 2,4); la caridad es «caminar» en la verdad (cf. Ef 4,15). Con la fe se entra en la amistad con el Señor; con la caridad se vive y se cultiva esta amistad (cf. Jn 15,14s). La fe nos hace acoger el mandamiento del Señor y Maestro; la caridad nos da la dicha de ponerlo en práctica (cf. Jn 13,13-17).

En la fe somos engendrados como hijos de Dios (cf. Jn 1,12s); la caridad nos hace perseverar concretamente en este vínculo divino y dar el fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22). La fe nos lleva a reconocer los dones que el Dios bueno y generoso nos encomienda; la caridad hace que fructifiquen (cf. Mt 25,14-30).

3. El lazo indisoluble entre fe y caridad

A la luz de cuanto hemos dicho, resulta claro que nunca podemos separar, o incluso oponer, fe y caridad. Estas dos virtudes teologales están íntimamente unidas, por lo que es equivocado ver en ellas un contraste o una «dialéctica».

Por un lado, en efecto, representa una limitación la actitud de quien hace fuerte hincapié en la prioridad y el carácter decisivo de la fe, subestimando y casi despreciando las obras concretas de caridad y reduciéndolas a un humanitarismo genérico. Por otro, sin embargo, también es limitado sostener una supremacía exagerada de la caridad y de su laboriosidad, pensando que las obras puedan sustituir a la fe. Para una vida espiritual sana es necesario rehuir tanto el fideísmo como el activismo moralista.

La existencia cristiana consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar; trayendo el amor y la fuerza que derivan de este, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios.

En la Sagrada Escritura vemos que el celo de los apóstoles en el anuncio del Evangelio que suscita la fe está estrechamente vinculado a la solicitud caritativa respecto al servicio de los pobres (cf. Hch 6,1-4). En la Iglesia, contemplación y acción, simbolizadas de alguna manera por las figuras evangélicas de las hermanas Marta y María, deben coexistir e integrarse (cf. Le 10,38-42).

La prioridad corresponde siempre a la relación con Dios, y el verdadero compartir evangélico debe estar arraigado en la fe (cf. Audiencia General 25 abril 2012). A veces, de hecho, se tiene la tendencia a reducir el término *caridad* a la solidaridad o a la simple ayuda humanitaria.

En cambio, es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el «servicio de la Palabra». Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana.

Como escribe el siervo de Dios el Papa Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, es el anuncio de Cristo el primer y principal factor de desarrollo (cf. n. 16).

La verdad originaria del amor de Dios por nosotros, vivida y anunciada, abre nuestra existencia a aceptar este amor haciendo posible el desarrollo integral de la humanidad y de cada hombre (cf. *Caritas in veritate*, 8).

En definitiva, todo parte del amor y tiende al amor: Conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto —indispensable— con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás.

A propósito de la relación entre fe y obras de caridad, unas palabras de la Carta de San Pablo a los Efesios resumen quizá muy bien su correlación: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicaríamos» (2,8-10).

Aquí se percibe que toda la iniciativa salvífica viene de Dios, de su gracia, de su perdón acogido en la fe; pero esta iniciativa, lejos de limitar nuestra libertad y

nuestra responsabilidad, más bien hace que sean auténticas y las orienta hacia las obras de la caridad.

Estas no son principalmente fruto del esfuerzo humano, del cual gloriarse, sino que nacen de la fe, brotan de la gracia que Dios concede abundantemente. Una fe sin obras es como un árbol sin frutos: estas dos virtudes se necesitan recíprocamente.

La Cuaresma, con las tradicionales indicaciones para la vida cristiana, nos invita precisamente a alimentar la fe a través de una escucha más atenta y prolongada de la Palabra de Dios y la participación en los sacramentos y, al mismo tiempo, a crecer en la caridad, en el amor a Dios y al prójimo, también a través de las indicaciones concretas del ayuno, de la penitencia y de la limosna.

4. Prioridad de la fe, primado de la caridad

Como todo don de Dios, fe y caridad se atribuyen a la acción del único Espíritu Santo (cf. 1 Co 13), ese Espíritu que grita en nosotros: «¡Abbá, Padre!» (Ga 4,6), y que nos hace decir: «¡Jesús es el Señor!» (1 Co 12,3) y «¡Maranatha!» (1 Co 16,22; Ap 22,20).

La fe, don y respuesta, nos da a conocer la verdad de Cristo como Amor encarnado y crucificado, adhesión plena y perfecta a la voluntad del Padre e infinita misericordia divina para con el prójimo; la fe graba en el corazón y la mente la firme convicción de que precisamente este Amor es la única realidad que vence el mal y la muerte. La fe nos invita a mirar hacia el futuro con la virtud de la esperanza, esperando confiadamente que la victoria del amor de Cristo alcance su plenitud.

Por su parte, la caridad nos hace entrar en el amor de Dios que se manifiesta en Cristo, nos hace adherir de modo personal y existencial a la entrega total y sin reservas de Jesús al Padre y a sus hermanos. Infundiendo en nosotros la caridad, el Espíritu Santo nos hace partícipes de la abnegación propia de Jesús: filial para con Dios y fraterna para con todo hombre (cf. Rm 5,5).

La relación entre estas dos virtudes es análoga a la que existe entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: el bautismo y la Eucaristía. El bautismo (*sacramentum fidei*) precede a la Eucaristía (*sacramentum caritatis*), pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano.

Análogamente, la fe precede a la caridad, pero germina solo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe («saber que Dios nos ama»), pero debe llegar a la verdad de la caridad («saber amar a Dios y al prójimo»), que permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes (cf. I Co 13,13).

Queridos hermanos y hermanas, en este tiempo de Cuaresma, durante el cual nos preparamos a celebrar el acontecimiento de la cruz y la resurrección, mediante el cual el amor de Dios redimió al mundo e iluminó la historia, os deseo a todos que viváis este tiempo precioso reavivando la fe en Jesucristo, para entrar en su mismo torrente de amor por el Padre y por cada hermano y hermana que encontramos en nuestra vida. Por esto, elevo mi oración a Dios, a la vez que invoco sobre cada uno y cada comunidad la Bendición del Señor.

Vaticano, 15 de octubre de 2012

Últimos títulos publicados

EUROS

■ Comentarios al Documento «Reflexión sobre la identidad de Cáritas» (Enero-marzo 2000) N.º 93	9,91
■ La Trinidad (Abril-junio 2000) N.º 94	9,91
■ Cuestiones actuales de Teología de la Caridad (Julio-septiembre 2000) N.º 95	9,91
■ La economía mundial. Desafíos y contribuciones éticas (Octubre-diciembre 2000) N.º 96	9,91
■ Por una pastoral de justicia y libertad. VI Congreso Nacional de Pastoral Penitenciaria (Enero-junio 2001) N.ºs 97-98	13,22
■ La Acción Caritativa y Social de la Iglesia. Del dicho al hecho (Julio-septiembre 2001) N.º 99	10,16
■ Teología de la caridad: cien números de CORINTIOS XIII (Octubre-diciembre 2001) N.º 100	10,22
■ Retos y caminos de actuación ante la problemática social de la España actual. XI Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Enero-marzo 2002) N.º 101	10,46
■ Inmigrantes: Vivencias, reflexión y experiencias. XIII Jornadas sobre Teología de la Caridad (Abril-junio 2002) N.º 102	10,46
■ Migraciones, pluralismo social e interculturalidad. Retos para la Doctrina Social de la Iglesia (Julio-diciembre 2002) N.ºs 103-104	10,46

■ Coordinación de la acción caritativa y social de la Iglesia. Encuentro Nacional de delegados episcopales y responsables de la acción caritativa en la diócesis (Enero-marzo 2003) N.º 105	10,82
■ Una nueva imaginación de la caridad (Abril-junio 2003) N.º 106	10,82
■ Desarrollo de los pueblos y caridad (Julio-diciembre 2003) N.º 107-108	10,82
■ Modelo de vida: consumo, consumismo y caridad (Enero-marzo 2004) N.º 109.....	10,82
■ Cultura de la solidaridad y caridad política (Abril-junio 2004) N.º 110	10,82
■ La Iglesia en Europa desde la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II (Julio-septiembre 2004) N.º 111	10,82
■ ¿Hacia dónde va el Estado de Bienestar? Debate sobre el bien común y sus mediaciones. XIII Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre 2004-marzo 2005) N.ºs 112-113	10,82
■ Mediación-reconciliación «por una pastoral de justicia penitenciaria» (Abril-septiembre 2005) N.ºs 114-115	10,82
■ «La presencia de la Iglesia en una sociedad plural». XIV Curso de formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-diciembre 2005) N.º 116	10,82
■ De Camino hacia «Deus caritas est» (Enero-junio 2006) N.ºs 117-118	10,82
■ El compartir fraterno (Julio-septiembre 2006) N.º 119	10,82

■ «El amor como propuesta cristiana a la sociedad de hoy». Reflexiones a partir de la Encíclica <i>Deus caritas est</i> . XV Curso de formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-diciembre 2006) N.º 120	10,82
■ Testigos de la dignidad del pobre en un nuevo mundo (Enero-marzo 2007) N.º 121	11,50
■ La actual situación democrática en España. Su base moral (Abril-junio 2007) N.º 122	11,50
■ La caridad crece por el amor (Julio-septiembre 2007) N.º 123	11,50
■ Ecumenismo unidad en la caridad (Octubre 2007) N.º 124	11,50
■ Esperanza y Salvación. Lectura de la encíclica <i>Spe Salvi</i> (Enero-marzo 2008) N.º 125	12,00
■ El desarrollo de los pueblos (Abril-junio 2008) N.º 126	12,00
■ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Julio-diciembre 2008) N.os 127-128	12,00
■ San Pablo, testigo de la caridad (Enero-marzo 2009) N.º 129	12,50
■ Conciencia individual y conciencia pública ante la situación social y política (Abril-junio 2009) N.º 130	12,50
■ Acogida y solidaridad con el emigrante (Julio-septiembre 2009) N.º 131	12,50
■ <i>Cáritas in veritate</i> : una propuesta humanista (Octubre-diciembre 2009) N.º 132	12,50

■ Construir un nuevo modelo social: provocación y respuesta cristiana (Enero-marzo 2010) N.º 133	12,60
■ La crisis, un desafío cultural y ético (Abril-junio 2010) N.º 134	12,60
■ Celebrar desde la caridad el año europeo contra la pobreza y la exclusión social (Julio-septiembre 2010) N.º 135	12,60
■ La crisis ecológica, un reto ético, cultural y social. XIX Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia (Octubre-diciembre 2010) N.º 136	12,60
■ Iglesia, colectivos vulnerables y justicia restaurativa. «Por una pastoral de justicia y libertad» (Enero-junio 2011) N.ºs 137-38	18,00
■ Voluntariado y ciudadanía activa: la institucionalización de una utopía (Julio-septiembre 2011) N.º 139	12,85
■ VII Congreso Hispano-Latinoamericano y del Caribe de Teología sobre la Caridad (Octubre-diciembre 2011) N.º 140	12,85
■ ¿Qué propuestas de evangelización para la vida pública en España? (Enero-marzo 2012) N.º 141	12,85
■ La familia: fuente y espacio de caridad (Abril-junio 2012) N.º 142	12,85
■ “La Iglesia y los pobres” (1994) (Julio-septiembre 2012) N.º 143	12,85
■ Los nuevos escenarios de la Iglesia en la evangelización de lo social (Octubre-diciembre 2012) N.º 144	12,85
■ Jóvenes hoy. Cambio social, caridad y evangelización (Enero-Marzo 2013) N.º 145	13,30



Boletín de suscripción anual a Corintios XIII

Datos personales:

D./D.ª/Entidad _____

Domicilio _____ n.º _____ piso _____ C.P. _____

Localidad _____ Provincia _____

Teléfono _____ E-mail _____ NIF/CIF _____

Precio de suscripción 2013: España 33,35 € Europa: 45,50 € América: 74 \$

Forma de pago:

- Por domiciliación bancaria: Titular de la cuenta:
 - Adjunto cheque
 - Realizo transferencia a la cuenta de la Caixa
- Número: 2100-2208-33-0200255098

Código cuenta cliente:

Entidad	Oficina	D.C.	Número
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□
□	□	□	□

Firma _____



Caixas Española, de acuerdo a la legalidad vigente, incorpora sus datos personales a nuestros ficheros garantizando su confidencialidad. Si lo desea puede acceder a ellos, rectificar o cancelarlos escribiendonos a Embajadores, 162. 28045 Madrid.



El presente número de *Corintios XIII* ofrece una reflexión sobre la juventud en la sociedad española actual. Siendo un colectivo especialmente castigado por la crisis —social, económica, ética y religiosa—, nos acercamos a ellas y ellos para vislumbrar qué caminos de maduración y de solidaridad puede ofrecerles la sociedad y la Iglesia.

¿Cómo construir proyectos vitales que doten de sentido a los jóvenes? ¿Cómo hacer viable el camino de la solidaridad como horizonte de sentido?, se pregunta Luis Aranguren. Óscar Mateos analiza los nuevos movimientos sociales que surgen en las calles y en las redes, sus oportunidades y sus limitaciones desde la perspectiva de la justicia y la evangelización.

Tres artículos están escritos desde la perspectiva educativa. Julio Rogero aporta una visión crítica del sistema educativo español actual, postulando que la educación y la acción social no son ámbitos distintos, sino dos caras de una misma moneda. La experiencia de vida y de fe del compromiso solidario de los jóvenes universitarios es presentada por Carlos Prieto (Universidad Pontificia de Comillas) y Yolanda Ruiz (Universidad Católica de Valencia), poniendo énfasis en la vivencia de la solidaridad desde la caridad de Cristo.

Alfonso de Maruri explora campos de voluntariado juvenil en barrios marginales, en la exclusión social y la pobreza y en las cárceles, sin dejar de insistir en la necesidad de denunciar las estructuras sociales que generan pobreza y exclusión.

El número recoge también la conferencia que Mons. José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián, pronunció en el Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de Valencia en noviembre del pasado año, en Valencia, sobre la evangelización de los jóvenes ante lo que llama «la emergencia afectiva».

Como «testigo de la Caridad», presentamos a San Juan de Ávila, recientemente proclamado Doctor de la Iglesia.

En la sección Cáritas Girona presenta un proyecto que pone a los jóvenes al servicio del acompañamiento de las personas mayores solas.

Dos últimos mensajes del pontificado de Benedicto XVI sobre fe y caridad son incluidos en la sección «Documentos».

 **Caritas**
Española

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID

Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882

publicaciones@caritas.es

www.caritas.es

